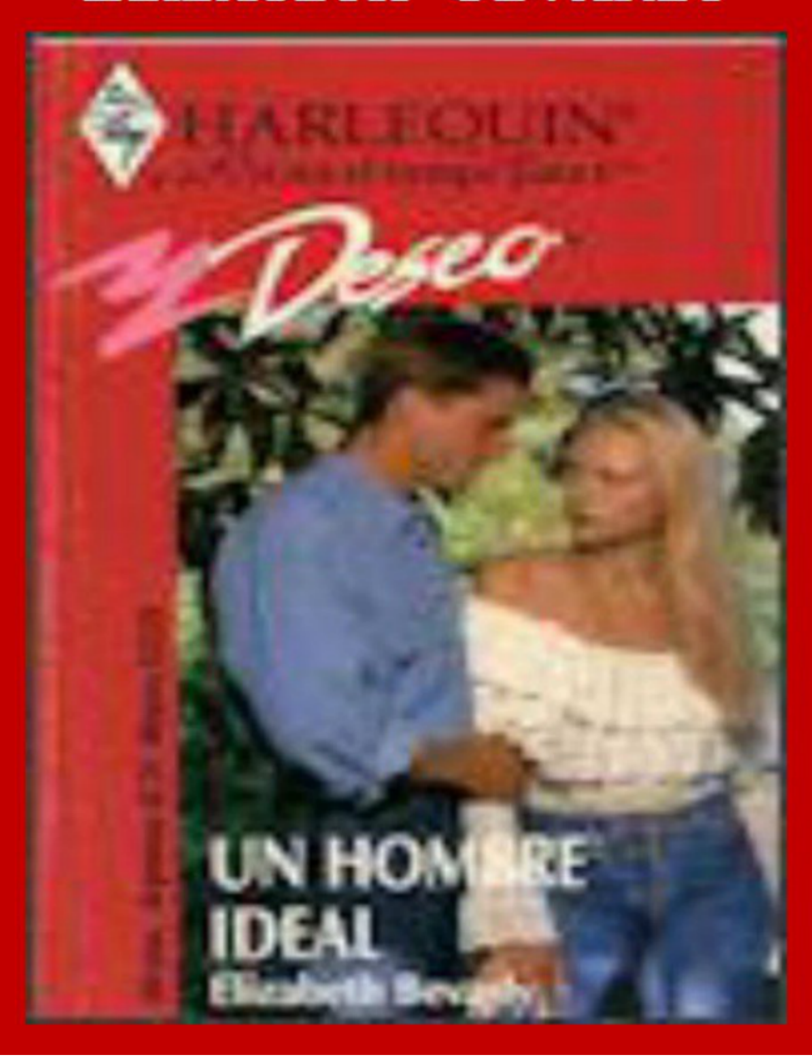
Un hombre ideal

Elizabeth Bevarly



Un hombre ideal

Kirby Connaught había decidido reservarse para el matrimonio o en todo caso, esperar a encontrar al hombre adecuado. Un hombre capaz de ser un buen marido y un buen padre, un hombre, en fin, que no fuera tan arrogante, sexy y playboy como el que llamó a su puerta ¿por que, sin embargo, le costaba tanto resistirse a él? James Nash, soltero trotamundos encontró en un rincón perdido del país a alguien muy atrayente, Sabía que Kirby solo deseaba un matrimonio feliz con alguien del lugar pero…

¿Qué mal podría causarle ampliar ligeramente sus miras?

Prólogo

—Me reservo para el matrimonio —declaró Kirby casi sin pensar.

Aquellas palabras eran ya habituales en su conversación. Kirby Connaught, con una sonrisa angelical y satisfecha, pinchó un trozo de patata y se la llevó a la boca. Su amiga Angie Ellison, sentada frente a ella en la mesa de picnic de Goldenrod Park, miró al cielo y comentó:

—Bueno, y ahora cuéntanos algo que no sepamos, Kirb.

Rosemary March, la tercera de las quinceañeras que formaba el trío de amigas, añadió apoyándose sobre la mesa:

—Es cierto, Kirby, ésa no es ninguna novedad.

—Lo es para Stewart Hogan —musitó Kirby mirando de reojo una cabeza rubia unas cuantas mesas más allá—. No podríais creer lo que intentó hacer la otra noche cuando salimos.

Angie y Rosemary intercambiaron una mirada cómplice. Kirby se ruborizó. Sus dos amigas tenían novio, y ambas se habían citado con chicos desde los trece años. Kirby conocía de oídas lo que ocurría cuando dos adolescentes salían juntos: el brazo por encima del hombro, las manos en los bolsillos del otro, las caricias, los besos… Estaba segura de que sus amigas pensaban que era una mojigata. La única razón por la que Stewart le había pedido que salieran era porque era nuevo en la ciudad y no conocía su reputación, pensó.

Pero la falta de experiencia de Kirby con el sexo opuesto no tenía relación alguna con ningún código moral ni con una naturaleza sexual fría. Al contrario, a menudo yacía despierta por la noche preguntándose qué se sentiría, tratando de imaginar el contacto masculino sobre sus labios y su cuerpo, fantaseando sobre todas aquellas cosas escandalosas que había leído en sus libros favoritos. Y cuando finalmente se quedaba dormida a menudo se veía embargada por sueños ardientes, sueños que la dejaban dolorosamente vacía al despertar.

A pesar de lo que sus amigas y vecinos de Endicott, Indiana, pensaran de ella, Kirby tenía una curiosidad sexual y una libido perfectamente sanas. Simplemente quería estar segura del chico antes de llegar demasiado lejos, recapacitó. En una palabra, quería estar enamorada. Quizá aquello hiciera de ella una chica chapada a la antigua, pero desde luego no una mojigata, pensó.

—Sí, pero Stewart Hogan acaba de mudarse aquí —dijo Angie encogiéndose de hombros—, no sabe que eres una buena chica. Dale tiempo y verás cómo te deja en paz, igual que el resto de los chicos de Endicott.

—Sí, con un vistazo a tus dulces vestidos se olvidará de sus intenciones de tomarse libertades contigo. Y cuando descubra que eres la presidenta de Future Homemakers of America saldrá corriendo.

—No creo que sea malo pertenecer a una asociación de futuras amas de casa —afirmó Kirby molesta.

—Nunca he dicho que lo sea —señaló Rosemary—, ¿pero qué chico piensa en fundar una familia a los diecisiete años?

—No te preocupes, Kirby —intervino Angie—, algún día encontrarás al hombre adecuado. Me parece fantástico que hayas decidido esperar.

—Sí, eres más valiente que yo —confirmó Rosemary.

Kirby sonrió, pero en su interior estaba tensa. Sabía que el hombre de sus sueños existía, que tenía que estar en alguna parte, pero se preguntaba cómo llegaría a Endicott, Indiana, una pequeña ciudad de América en la que nunca ocurría nada.

Habían asistido al tradicional Farsee Picnic Park, una fiesta que formaba parte del Bob Comet Festival, el festival dedicado al cometa Bob. En realidad el cometa tenía un nombre científico mucho más formal, Bobrzynyckolonycki, pero como la gente era incapaz de pronunciarlo lo llamaban simplemente Bob.

Bob era un visitante habitual, siempre pasaba exactamente por encima de Endicott, Indiana, y los ciudadanos habían llegado a considerarlo suyo. A pesar de ser extraño que un cometa hiciera su aparición en los cielos con regularidad en términos de tiempo, longitud y latitud, Bob lo hacía. Cada quince años, como un reloj, volvía a la Tierra en el mes de septiembre. Y siempre lo hacía por encima de Endicott. De ahí que se celebrara el festival.

Por alguna razón Bob se comportaba con una regularidad que confundía a la comunidad científica desde su descubrimiento, doscientos años atrás. Más aún, esa regularidad era la causa de que el cometa se hubiera convertido en algo mítico, algo mágico. Endicott había creado todo un inmenso folklore alrededor del cometa. Mucha gente decía que su retorno periódico era la causa del extraño comportamiento de los habitantes de la ciudad por esas fechas. Personas que por lo general tenían un comportamiento lógico de pronto hacían cosas extravagantes, extrañas. Las mujeres mayores se ponían minifaldas de cuero, los maridos se ofrecían para

cocinar o, con frecuencia, gente que ni se miraba al cruzarse por la calle caía profunda e irrevocablemente enamorada.

Y, por supuesto, todos aquellos que gustaban del folklore local y consideraban mágico al cometa creían en el mito de los deseos. Era una idea ampliamente aceptada en la ciudad: todo aquél que naciera en el año del cometa tenía ventaja sobre el resto de los ciudadanos. Se decía que si esas personas formulaban un deseo durante la segunda visita de Bob, al cumplir los quince años, entonces ese deseo se haría realidad en la siguiente aparición.

Kirby, Rosemary y Angie habían nacido en el año del cometa. Y a los quince años, tumbadas sobre la hierba del jardín de la casa de Angie, habían formulado su deseo. Angie había deseado que ocurriera algo excitante, algo fuera de lo normal. La vida rutinaria de la ciudad, en el medio oeste, le aburría. Kirby, en cambio, se sentía satisfecha de que en Endicott nada cambiara. Le gustaba su lentitud y su paz, y creía que era un lugar perfecto para fundar una familia. Rosemary había deseado que algún día su compañero de laboratorio, Willis Random, tuviera su merecido. Era un deseo muy apropiado teniendo en cuenta que ambos se pasaban la vida peleándose, pensó Kirby.

También ella había formulado un deseo, un deseo largamente acariciado. Le había pedido a Bob que le concediera un amor verdadero, de ésos que duran toda la eternidad. Deseaba encontrar algún día a un hombre que la amara para siempre, un hombre al que amar con todo su corazón. Formarían una familia y compartirían sus sueños.

Kirby estaba segura de que Bob concedía siempre todos los deseos, y pensaba que, al ser el suyo tan noble, el cometa respondería a sus plegarias.

Después de todo Bob era constante, se decía a sí misma, se podía confiar en él. Kirby celebraría su treinta cumpleaños casada y con hijos, estaba segura. Bob, pensaba, nunca había defraudado a nadie, siempre hacía los sueños realidad.

Capítulo 1

Era septiembre, y los días eran largos y el cielo azul. La gente sentía que engañaba al mundo disfrutando de los últimos rayos de sol del verano mientras los días se iban acortando y las noches alargando. El brillo dorado de la luz del sol hacía relucir los cuerpos desnudos de los bañistas.

James Nash dirigió el telescopio hacia un cuerpo desnudo sobre una tumbona en lugar de hacia el cuerpo suspendido en el cielo. La tumbona estaba en el jardín trasero de una casa, a kilómetro y medio más o menos de la suite del hotel en el que había instalado su observatorio. La providencia le había sorprendido con aquella magnífica vista mientras observaba los alrededores, de modo que aprovechó.

Había estado estudiando el terreno, echando un vistazo a la pequeña ciudad de Endicott, Indiana, en la que pensaba pasar unas semanas. A distancia, naturalmente. Sin embargo de pronto sentía la necesidad de inspeccionar algo de cerca.

En principio la única razón por la que había viajado hasta aquella ciudad perdida era observar al cometa. Era la oportunidad que había estado esperando toda su vida. Para decirlo en pocas palabras, James amaba los cometas. Le fascinaban sus trayectorias, sus leyendas, sus mitos. Los cometas nunca dejaban de moverse, y siempre iban a la misma velocidad. Eran como vagabundos, pensó emocionado.

En realidad sólo había una cosa que le gustara más que los cometas, y eran las mujeres. Por eso sonreía mientras observaba sin pudor aquel cuerpo femenino desnudo bajo el sol del atardecer. Era una vista celestial, de una perfección inigualable, pensó. Tumbada boca abajo y con la cara vuelta hacia el otro lado, tenía el cabello de un rubio platino, casi blanco. Y una espalda y un trasero dorados sin marcas de bikini en el bronceado. Y las piernas, suspiró… Eran largas, delgadas y morenas, posiblemente las más bellas que hubiera visto jamás.

Y eso que James Canover Nash IV había visto muchas piernas femeninas, de todas las nacionalidades. Tras escapar de la universidad de Harvard diez años atrás había dado la vuelta al mundo al menos dos docenas de veces. Después de la muerte de su padre, seis años atrás, nada le había impedido vivir una vida libertina y sin tapujos. Siempre había saciado sus apetitos sin

inhibiciones, sin importarle que crecieran y se hicieran más voraces con el tiempo. Y en aquel momento no deseaba otra cosa que ver aquellas piernas de cerca. Además del trasero, la espalda, el pelo… en resumidas cuentas, a la mujer entera, pensó.

—¡Begley! —gritó apartándose del telescopio.

Antes de que tuviera tiempo ni de parpadear el mayordomo, heredado de su padre igual que el resto de su fortuna, apareció ante su vista perfectamente disciplinado.

—¿Sí, señor Nash?

—¿Quieres por favor llamarme James? —objetó haciendo un gesto de cansancio con los ojos, como hacía a diario—. ¡Sólo tengo treinta años, por el, amor de Dios!

Begley, como siempre, en lugar rectificar preguntó:

—¿Me llamaba, señor?

—Voy a salir.

Aquel anuncio era más importante de lo que pudiera parecer, porque James nunca salía a la calle exponiéndose a que lo arrollaran las multitudes. Y menos aún sin disfrazarse. Un hombre de fama mundial como él no podía permitirse el lujo de acercarse a las masas que, aún con buenas intenciones, daban rienda suelta a sus deseos de llevarse un recuerdo de su persona.

—¿Y qué va usted a ponerse? —preguntó Begley.

—El traje color berenjena de Hugo Boss, creo —decidió tras una pausa—. No, espera, mejor algo más de sport —añadió mientras el mayordomo se dirigía hacia los armarios, en el otro extremo de la habitación—. Después de todo la mujer a la que voy a visitar no lleva nada encima.

—¿Puedo sugerirle el traje de Armani? —intervino el mayordomo sin inmutarse.

—Perfecto. El gris concuerda con el color de mis ojos.

—Muy bien.

Mientras el mayordomo buscaba la ropa, James se volvió hacia el telescopio, aún enfocado sobre el cuerpo desnudo. La cara seguía vuelta hacia el otro lado, pero había metido un brazo bajo la cabeza y se estaba estirando como una bailarina. James se puso tenso y se sintió volver a la vida.

—Calma, chico —se dijo a sí mismo en voz alta—. Hay tiempo, mucho tiempo si es que depende de mí.

Y, por supuesto, James Nash estaba seguro de que era así. Para él era fácil suponer qué haría una mujer en cuanto lo viera, porque todas ellas, invariablemente, reaccionaban igual. Se enamoraban locamente, desfallecían al instante por él, y por lo general lo hacían

a montones en una sola semana.

No había ninguna razón para suponer que la mujer del telescopio no reaccionaría igual, se dijo.

_¿Quiere que traiga el coche Omar? —preguntó Begley.

—Por supuesto.

—¿Ya dónde le digo que van?

James apartó molesto el telescopio del cuerpo terrestre para buscar una indicación con el nombre de la calle.

—Dile que vamos a una casa de estuco rosa cerca de la esquina de Oak Street y Mapple Street —contestó James sonriendo y dando un sorbo de whisky escocés—. ¡Qué gracia, qué nombres tan típicos del medio oeste!

—Sí señor. Llamaré a Omar.

—Sí, dile que bajaré en quince minutos —añadió James echando un último vistazo al cuerpo de mujer y comenzando a vestirse—. Y dile que se lleve una novela, voy a tardar.

Kirby Connaught estaba al borde de la somnolencia, disfrutando de los rayos de sol sobre la piel desnuda, cuando sintió un cosquilleo en la nuca. Abrió los ojos. Era extraño, se dijo. Tenía la sensación de que alguien la observaba. Pero era imposible. La valla que rodeaba el jardín era alta, y además los vecinos estaban trabajando.

Ella misma habría estado trabajando si tuviera algo que hacer, pensó. Por desgracia estaba descubriendo que levantar un negocio en una pequeña ciudad era casi imposible. Sobre todo cuando el negocio era de diseño de interiores. En pocas palabras: en Endicott, Indiana, nadie deseaba ningún cambio. Nunca. Ni cultural, ni económico, ni en sus casas. En aquella ciudad nunca ocurría nada, recapacitó.

Hubo un tiempo, recordó, en el que adoraba Endicott precisamente por eso. Le gustaba la paz y los placeres sencillos, y no deseaba otra cosa que casarse con un chico del lugar y fundar una familia. En realidad aún lo deseaba, se confesó, y quizá por eso precisamente la ciudad la defraudara. Todo en Endicott le recordaba las cosas que tanto había deseado y nunca había conseguido.

Cerró los ojos, pero aquella extraña sensación persistía. Era una tontería, pensó. Sólo podrían verla desde el Almiralty Inn, el edificio más alto de la localidad, a kilómetro y medio por lo menos. Y desde allí sería como una mancha en mitad de la hierba. Nadie

podía verla, ni nadie de Endicott, nunca, podría afirmar que la hubiera visto desnuda, reflexionó.

Pero no porque ella no lo hubiera intentado. De hecho Kirby llevaba dos años tratando de que algún hombre la viera desnuda, pero ninguno se había interesado. Ella era una buena chica, la chica más buena, inocente y virginal de Endicott… demasiado virginal para que un hombre quisiera siquiera intentarlo, reflexionó.

Lo cierto era que nadie tenía la culpa sino ella, reconoció. Siempre había escogido el camino de la inocencia. Había sido la mejor scout, la niñera más responsable, la mejor estudiante. Tras la muerte de su padre, a los doce años, había cuidado a su madre, enferma del corazón. Y entonces se había ganado la fama de santa, recordó. Poco después de cumplir los dieciocho, al fallecer su madre, toda la cuidad la miraba compadecida. Se había convertido en la hermanita de la caridad de Endicott, y ningún hombre quería intimar con ella.

Además Kirby siempre había insistido en reservarse para el matrimonio. Por supuesto, pensó, al cumplir treinta años y descubrir que no iba a encontrar compañero había cambiado de filosofía. Ya a los veintiocho, al ver que Bob se acercaba, había hecho los primeros intentos. Si de verdad quería que el corneta cumpliera su deseo, había pensado, iba a tener que ayudarlo.

Por desgracia había sido demasiado tarde. Casi todos los hombres de Endicott estaban emparejados, y todos con mujeres que no habían compartido su filosofía sobre el sexo. Los que quedaban, pensó, no la miraban como a una mujer. Igual que los otros, para el caso.

Kirby suspiró y pensó en mudarse de ciudad. Lo había pensado muchas veces, y siempre había rechazado la idea. Endicott era su casa, tenía amigos, y nunca había viajado. Sencillamente no tenía ganas de moverse. La idea de volver a comenzar de nuevo, sola, en algún lugar desconocido, le resultaba poco atractiva.

Abrió un ojo y miró al cielo.

—Muchas gracias, Bob —musitó maldiciendo al cometa en silencio.

Y lo mismo hizo con el mito de los deseos. Bob había fallado con las tres amigas. Angie no había tenido oportunidad de vivir ningún gran acontecimiento, Rosemary aún seguía esperando que Willis recibiera su merecido, y Kirby apenas tenía esperanzas de encontrar un amor eterno.

—Eres un cometa muy poco fiable —añadió en voz alta cerrando los ojos.

Entonces escuchó el timbre de la puerta y se sobresaltó. Se puso un kimono y se apresuró a entrar en la casa.

—¡Ya voy! —gritó mientras el timbre seguía sonando impaciente —. ¿Quiere por favor dejar ya de tocar? No estoy sorda —añadió mientras abría la puerta.

—No, sorda no, pero sí es usted increíble.

Aquella voz masculina y profunda penetró cálida en sus oídos. Por un momento Kirby no pudo responder, estaba demasiado sorprendida. Se quedó mirando al hombre en silencio y preguntándose si no estaría aún en la tumbona, sufriendo uno de aquellos sueños eróticos que la invadían de vez en cuando.

El visitante era, sencillamente, muy guapo. El pelo, liso y negro, le caía por la nuca recogido en una coleta. Llevaba una camisa blanca de manga corta e indudable elegancia que se ajustaba sólo ligeramente al musculoso torso. Y los pantalones, de corte caro, marcaban su escueta cintura para soltarse por las estrechas caderas y piernas. Kirby hubiera dado cualquier cosa por ver un poco más.

Sin embargo lo que más llamaba su atención era la rosa color melocotón y la botella de champán que llevaba. Se fijó entonces en el rostro, observó sus preciosos rasgos uno a uno y sintió que la tierra se tambaleaba. Tenía los ojos tan claros como oscuro era su cabello, y estaban enmarcados místicamente por largas pestañas y elegantes cejas negras. La nariz era estrecha, los labios, sensuales, y los pómulos, de mármol. El esbozó una ligera sonrisa y sacudió la cabeza a modo de saludo.

—Hola —dijo sencillamente.

—Ah, hola —contestó Kirby poco elocuente cerrando por fin la boca.

—Me llamo James, ¿y tú? —continuó él con una sonrisa pícara.

—Kirby —contestó ella sin pensar.

—¿Quieres salir conmigo?

Kirby parpadeó tres veces, como si un flash la hubiera cegado.

—¿Q… qué? —tartamudeó.

—Está bien, si prefieres podemos quedarnos aquí y disfrutar. Por mí mejor.

Kirby zarandeó la cabeza tratando de despejar la confusión. Quizá hubiera estado demasiado tiempo al sol, pensó. Aparte de aquel atractivo hombre todo permanecía igual: los crisantemos amarillos, las primeras hojas otoñales caídas en el césped, todo estaba en orden. Excepto, por supuesto, el Rolls Royce plateado con chofer aparcado en la esquina. Eso era poco habitual en el vecindario, pensó.

—Y tú, ¿quién eres? —consiguió al fin preguntar.

Aquella pícara sonrisa se desvaneció de pronto, como si el hombre no pudiera creer que le hicieran esa pregunta.

—¿Que quién soy yo? —repitió respirando atónito—. Soy James Nash.

Kirby no dijo nada, se quedó esperando a que se explicara. Pero cuando vio que él tampoco hablaba, añadió:

—¿Y qué vendes?

—¿Vender? —volvió a repetir el hombre con un gesto de incredulidad—. ¿Que qué vendo?

Kirby asintió agarrando el picaporte de la puerta con fuerza, preparándose para cerrarla. No le importaba que fuera guapo ni que hubiera llegado en un Rolls Royce. Estaba cansada y le dolía la cabeza. De pronto recordó que estaba casi desnuda, y la sugerencia de «disfrutar» cobró un nuevo sentido para ella, un sentido algo siniestro. Endicott era una ciudad segura, pero nunca se sabía, se dijo.

—Sea lo que sea lo que vende no me interesa —añadió comenzando a cerrar la puerta.

Antes de que pudiera cerrar del todo, no obstante, el visitante metió el pie, con su caro zapato de piel italiana, entre la puerta y la jamba. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Creo que no comprendes… soy James Nash —repitió el hombre pronunciando lentamente—. Nash.

Seguramente me has visto en la portada del Tattle Tales hace unos meses. Me han nombrado el hombre más deseable de América del año.

Aunque un hombre tan atractivo como él era digno de aquel nombramiento, pensó Kirby, no se iba a dejar engañar.

—Ah, enhorabuena, pero creo que me has tomado por la mujer más crédula de América —contestó ella—. Y la mujer más crédula de Endicott es Angie, una amiga mía. Vive al otro lado de la ciudad. Y ahora, si me disculpas… adiós.

Kirby trató de cerrar la puerta, pero James Nash permaneció inmóvil, impidiéndoselo con el pie. Volvió a sonreír y ella tuvo que reconocer que era cierto, que sus labios eran deseables. Un rayo de vida pareció hacer palpitar la parte inferior de su cuerpo. Tenía que estar verdaderamente desesperada, se dijo Kirby, para que un simple extraño le afectara de ese modo.

—¿Pero es cierto que no sabes quién soy? —preguntó él—. ¿Puedes decir honestamente que no conoces mi nombre?

Kirby suspiró impaciente, abrió ligeramente la puerta y contestó:

—No, lo siento. ¿Acaso debería?

—¿De verdad no me has visto nunca antes? —rió él sinceramente desconcertado Kirby sacudió la cabeza—. ¿Ni en televisión, ni en las revistas, ni en Internet? Me sacan todas las semanas en el programa Cámara al descubierto, y hay una página web dedicada a mí —añadió inclinándose sobre ella para hacer la confidencia.

Kirby permaneció en silencio, profundamente molesta por las palabras de aquel hombre y reacia a dejarse llevar por su tono de voz. Cuando logró calmarse sacudió la cabeza de nuevo y repitió:

—Lo siento, pero no tengo ni idea de quién eres.

James la observó en silencio, como si no pudiera creer que aquello fuera cierto.

—¡Qué maravilla! —murmuró—. Piénsalo un minuto. Seguro que has oído mi nombre en alguna parte. James Nash, el ídolo de América.

—Bueno, supongo que eso lo explica todo —contestó Kirby sonriendo indulgente—. Yo no sigo muy de cerca a los ídolos, no tengo televisión ni acceso a Internet, y las únicas revistas que leo son de decoración.

—Bien, entonces habrás visto dos de mis casas. Salieron en el Architectural Disgest el año pasado. Y el último número de la Metropolitan Home estaba dedicado en exclusividad a mi casa de Central Park.

Kirby se mordió el labio mientras trataba de recordar y observó al extraño con cautela.

—No me digas que el sofá de leopardo y las sillas con rayas de cebra eran tuyas.

—¡Lo ves! Lo recuerdas.

—Sí, pero necesitas un nuevo decorador —contestó ella con un gesto de desagrado—. Ese ambiente era horrible.

—Pues a mí me encanta ese sofá —añadió James mientras su sonrisa se desvanecía.

—Escucha, hace tiempo que no se lleva la moda africana. Hoy en día los decoradores están volviendo a las formas sencillas. Líneas simples, colores brillantes, mucha luz y espacio. No animales muertos.

—Pues a mí me gustan los animales muertos.

—Bueno, chico, a Ernest Hemingwáy también le gustaban, pero eso no le convertía en un experto en decoración —contestó Kirby cerrándose las solapas del kimono—: Escucha, ha sido… mm… muy entretenido hablar contigo, señor… ah, sí, Nash, ¿no es eso?

—Por favor, llámame James —asintió él sonriendo.

—Está bien, adiós, James. Tengo que marcharme —terminó Kirby tratando de cerrar la puerta sin éxito.

—¿Marcharte? —repitió él mirando por la rendija incrédulo—, ¡pero si acabo de llegar! He traído champán —añadió elevando la botella.

—Sigo sin comprender —contestó Kirby.

—He traído champán —repitió lenta y pacientemente, como si aquello lo explicara todo.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

James curvó los labios de nuevo esbozando una sonrisa devastadora y encendiendo una llama ardiente en el pecho de Kirby.

—Significa que cuando terminemos de cenar tendremos ganas de retozar.

La llama ardiente del pecho de Kirby estalló con aquella declaración. No era posible que estuviera insinuando lo que estaba insinuando, se dijo en silencio. ¿O sí?, se preguntó.

—Mm…

Kirby no pudo articular palabra, y James interpretó su silencio como una aceptación. Sonrió pícaramente y añadió:

—Ni siquiera tienes que cambiarte de ropa. Da la casualidad de que me gustan las mujeres desnudas. Sobre todo cuando no tienen la señal de bikini en el bronceado.

Kirby estuvo a punto de gritar. De pronto comprendía que la sensación de sentirse observada respondía a algo real. No sabía cómo, pero el deseable señor Nash se las había apañado para verla desnuda, y era el primer hombre de Endicott en hacerlo. Y ella ni siquiera había tenido que hacer nada, pensó.

—¿Qué?

—No te preocupes —contestó James sonriendo e ignorando su creciente ira—, no voy a contarle a tus vecinos lo hedonista que eres. Y no sé si lo sabes, pero sólo hay una cosa que iguale al placer de tomar el sol desnudo: tomar el sol desnudo con un amigo James levantó de nuevo la botella en el aire, y Kirby observó las refrescantes gotas de agua que caían por los lados. Aquello le produjo un desasosiego interior—. Bueno, tomar el sol desnudo con un amigo y con una botella de champán —rectificó —. Nunca se sabe cómo acabará la combinación pero, ¿no te apetece descubrirlo? El instinto le decía que debía cerrar la puerta de un portazo y romperle los dedos del pie, gritar con toda la intensidad de que fueran capaces sus pulmones y rogar para que algún vecino

llamara a la policía, pero Kirby no hizo ninguna de las dos cosas. En lugar de ello alargó una mano, agarró la botella y empujó a James con todas sus fuerzas. No consiguió tirarlo, pero sí que se tambaleara. James, sorprendido, retiró el pie, y entonces ella cerró la puerta.

Entonces Kirby abrió la amplia mirilla y añadió:

—Gracias, señor Nash, pero creo que me basta con el champán.

James sólo pudo gruñir. Le habían cerrado la puerta en las narices, recapacitó atónito. Una mujer le había cerrado la puerta en las narices y le había robado el champán, comprendió perplejo. Aquello era una afrenta, la guerra. Airado, levantó el puño para volver a llamar, pero luego vaciló y se dio cuenta de que aquello era una nueva experiencia para él.

Tras años de vagar por el mundo había llegado a pensar que no quedaban experiencias nuevas que vivir. Había estado en todas partes, lo había hecho todo. ¿Un safari en globo? ¿Visitar al Dalai Lama? ¿Tomar el té con la reina de Inglaterra? Lo había hecho todo. Dos veces. El mundo resultaba cada día más aburrido, recapacitó.

Y de pronto aquella tal Kirby le procuraba una experiencia nueva. No sólo no tenía ni idea de quién era, cosa a la que nunca había tenido que enfrentarse, sino que además no tenía mayor interés por saberlo. Las mujeres siempre querían saber quién era él, se dijo convencido, siempre querían conocerlo mejor. Algunas, incluso, habían formado un club de fans cuyo único objetivo era acostarse con él. No era que aprobara tal comportamiento, se dijo. No era tan promiscuo como los medios de comunicación querían hacer creer. Adoraba a las mujeres, pero tenía sus normas. James miró el buzón. 231 Oak Street. Connaught.

—Kirby Connaught —musitó.

No sería difícil descubrir los secretos de su vida, pensó. Aquella era una ciudad pequeña, y tenía todo el tiempo del mundo. O mejor aún, Begley tenía tiempo. Él no podía arriesgarse a quedar atrapado por una multitud de admiradoras. Metió la rosa en el buzón y se marchó.

Una experiencia nueva, repitió en silencio. Aquello era extraordinario. Sacudió la cabeza sorprendido y pensó. Kirby Connaught era una mujer media americana, el prototipo de mujer americana. Excepto, quizá, porque tomaba el sol desnuda, reflexionó. Bajo su aspecto de chica provinciana se escondía un alma hedonista que rivalizaba con la suya. Sólo tenía que hacer una cosa, pensó: tratar de hacérselo comprender.

No sería difícil, se dijo. Al fin y al cabo él era el hombre más deseado de América, y ninguna mujer se le resistía. James entró en el coche sonriendo. Tenía un propósito que cumplir, y eso era algo que no le ocurría a menudo. Una nueva experiencia, una nueva aventura… Kirby Connaught le iba a proporcionar ambas cosas, decidió.

Kirby retiró las cortinas del salón y observó a James Nash subir al coche. Era simple curiosidad, se dijo a sí misma. Aquél sí que era un tipo curioso, pensó. Creía que simplemente con presentarse ella iba a caer rendida a sus pies. Era evidente que no la conocía, que no sabía los requisitos que ella exigía a los hombres, pensó. Tenían que ser decentes, de fiar, y a ser posible de Endicott. ¿Qué podía desear que él le pudiera dar?, se preguntó.

Aparte de horas de satisfacción sexual, por supuesto. Cerró los ojos tratando de olvidar aquella idea, pero por desgracia sólo consiguió avivar su imaginación. Se había resistido durante demasiado tiempo, se confesó, había estado demasiado tiempo sin experimentar ninguna satisfacción sexual. Más de lo que ningún ser humano pudiera soportar. Se había reservado toda la vida para la unión perfecta, y de pronto aquel sueño parecía inalcanzable. Acabaría siendo una vieja solterona, se lamentó.

Kirby suspiró. Si necesitaba tanto dejar de ser virgen, pensó, si sabía, además, que no lograría el matrimonio perfecto, ¿por qué no conformarse con una unión imperfecta?, se preguntó. No era la primera vez que se hacía esa pregunta. ¿Por qué no se había arrojado en brazos de James Nash, por qué no había aprovechado aquella oferta?, volvió a preguntarse.

Pero conocía la respuesta. En lo más profundo de su corazón aún conservaba la esperanza de que Bob le concediera su deseo, y deseaba que todo fuera especial cuando el hombre de su vida apareciera. James Nash, se dijo convencida, no era ese hombre.

Aunque fuera el hombre más deseado de Amé_ rica, cosa que dudaba, era tan engreído que sería incapaz de dar nada a una mujer, pensó. Su fama era razón suficiente para evitarlo, si es que era cierta. Ninguna celebridad estaría dispuesta a vivir en Endicott, reflexionó.

El ruido del motor le hizo volver la vista hacia la ventana. Observó el vehículo y pensó que se le estaba escapando su última oportunidad. Luego trató de desechar esa idea y decidió no volver a pensar en James Nash. Al fin y al cabo, se dijo, tenía cosas que

hacer. Era miembro del comité de bienvenida al Bob Comet Festival, y eso iba a ocuparle todo el mes de septiembre. Tenía que darle la bienvenida al cometa, le concediera su deseo o no, reflexionó.

Capítulo 2

Horas más tarde, recién duchada y sin haber vuelto a pensar en James Nash, Kirby entró en la Endicott Free Public Library, donde tenía que reunirse con el resto de miembros del comité para el festival. Nada más entrar, sin embargo, vio de reojo la sección de prensa de la biblioteca, y su mente volvió a recordar.

Kirby maldijo en silencio. Con una simple ojeada averiguaría la verdad sobre su fama mundial, se dijo. Miró el reloj y comprendió que llegaba pronto. Sin pensar en los motivos, caminó a grandes pasos hacia los estantes en los que estaban las revistas y buscó el Tattle Tales. Luego rebuscó entre los números atrasados y encontró uno en cuya portada aparecía un rostro ya familiar.

De modo que había dicho la verdad, reflexionó. Atónita, alcanzó una silla y se sentó a examinar la revista. El titular, en letras rojas, rezaba: Nash, El Travieso. Luego, en distinto tipo de letra, añadía: ¡Pero Tan Atractivo…!

Kirby buscó el artículo que se refería a él no sin cierta sensación de culpabilidad. Otra foto de su rostro la asaltó, haciendo que la llama volviera a arder en su corazón.

Playboy, paladín, parásito, paria. Todos estos calificativos se le han dado al Hombre Más Deseado de América de este año. Y muchos más. Pero a pesar de su terrible reputación hay algo que nadie puede negar de James Nash: es perfecto.

Kirby siguió leyendo, incapaz de levantar la vista del artículo:

Es inmensamente rico, increíblemente inteligente y muy aventurero. Galante, atractivo, y por supuesto, sensual y sexy. ¿ Qué más podría desear ninguna mujer?

Estabilidad, pensó Kirby. Honor, afecto, ese tipo de cosas, reflexionó. Sin embargo era rico y famoso, recordó sin poder dejar de leer:

James Nash lo ha visto todo, lo ha hecho todo, se ha citado con todas las mujeres. Se le ha emparejado con la realeza y con la nobleza, con las mujeres de más glamour y brillo, con modelos y famosas. Tiene toda una lista de relaciones pasadas, y sin embargo ninguna mujer dice una sola palabra negativa de él. «Toda mujer debería de conocer a un hombre como James», nos cuenta Ashley Evanston en su reciente entrevista. Sissy Devane, la hija del millonario Russell Devane, confiesa que «ningún hombre sabe más sobre cómo dar placer a una mujer James es un hombre de

experiencia».

Aquello era increíble, pensó Kirby cerrando la revista. ¿Es que no quedaba nada sagrado en el mundo?, se preguntó. ¿Por qué la gente aireaba su vida sexual en público como si fueran recetas de cocina? Tenía que dejar la revista en el estante y olvidar que James Nash había llamado a su puerta, se dijo. Por alguna razón, sin embargo, no podía dejar de pensar en él. De todos modos no había nada de malo en leer aquel artículo, reflexionó. Agarró la revista y se dirigió hacia el mostrador. Al otro lado la señorita Winslow sonrió.

—Buenas tardes, Kirby.

Kirby sonrió fingiendo desinterés.

—Hola, señorita Winslow.

—Creo que el comité te está esperando. ¿Tenéis planes interesantes para este año?

—Sí, puedes apostar a que sí.

—¿Y has encontrado a alguien para sustituir a Rufus Laidlaw como maestro de ceremonias del Parallax Parade?

—No, aún no.

—Bueno, te va a costar encontrar a alguien de la talla de Rufus —asintió la bibliotecaria—. No hay mucha gente en Endicott que haya alcanzado tanta fama como él.

—No, pero no te preocupes, lo encontraremos.

—Estoy segura —contestó la señorita Winslow mirando la revista que Kirby había escogido—. Lo siento, querida, pero las revistas no se prestan.

—¿No?

—No, pero tenemos sala de lectura.

—Bien, me sobran unos minutos, así que aprovecharé —contestó Kirby volviéndose y viendo de pronto afames de pis, delante dé ella.

La sonrisa de la foto era tan pícara como la real, y sus ojos tenían la misma expresión traviesa en la revista que en persona. Kirby había estado tan inmersa en el examen de esa sonrisa y de ese rostro en la fotografía que se sobresaltó cuando escuchó su voz masculina decir:

—Pero bueno, ¿para qué quieres una copia cuando puedes tener el original?

Kirby trató de buscar una respuesta, pero se sintió abrumada por la intensidad de la mirada de aquellos ojos grises. James Nash se había cambiado de ropa, pero seguía llevando coleta. Kirby no dejaba de preguntarse hasta dónde le llegaría el pelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó creyendo de nuevo que estaba soñando.

—Seguirte —contestó él con sinceridad.

La inquietud que había comenzado a embargarla nada más verlo se transformó en un temblor que recorrió todo su cuerpo al oír aquella respuesta.

—¿Por qué? —consiguió preguntar.

James se encogió de hombros con naturalidad, como si la respuesta fuera evidente, y luego dio unos pasos hacia ella sin dejar de mirarla.

—Porque sea a donde sea a donde vayas, quiero ir contigo.

—¿Por qué? —repitió Kirby.

—Porque siento mucha curiosidad. Quiero conocerte.

—¿Por qué?

—¿Qué pasa? ¿Es que perteneces a la generación de las preguntas? —preguntó James a su vez ampliando la sonrisa—. Creo que la respuesta es evidente.

—Bueno, pues no.

—¿Y por qué no? —preguntó él en esa ocasión. Porque nunca ningún hombre se había interesado por ella, contestó Kirby en silencio. Hubiera deseado gritárselo, pero en lugar de ello calló—. Bueno —suspiró James desilusionado ante su silencio—, da igual. ¿Sabes? No me ha sorprendido nada verte entrar en la biblioteca.

—¿Y qué se supone que significa eso? —exigió saber Kirby elevando la voz.

—Simplemente que después de lo que he averiguado no me sorprende que entres aquí.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—¿Sabes? La mayor parte de la gente no se avergüenza de leer revistas como ésa, tiene una tirada tremenda. Y casi nadie la escondería debajo del brazo.

Kirby se ruborizó. La había estado observado, pensó, y eso la molestó.

—No pretendo esconderla.

—Eso no te lo crees ni tú —sonrió James seductor.

—Señor Nash…

—Por favor, Kirby, no me llames así. Creía que esa etapa ya la habíamos superado. Llámame James. Después de todo —te he visto desnuda.

Kirby se quedó muy quieta, pero a pesar de todo supo que la señorita Winslow había levantado los ojos atónita al escuchar aquella declaración. Cerró los ojos y trató de tragarse la

humillación.

—¡Sólo porque eres un… un promiscuo, un playboy… un fisgón! —declaró apretando los dientes y volviéndole la espalda—. Señorita Winslow, en realidad no ha querido decir.. es decir, él y yo no… lo que quiero decir es que yo nunca… sobre todo con alguien como él… tú conoces mi reputación… —se interrumpió de pronto al comprender que no lograba terminar ni una sola frase.

La señorita Winslow, sin embargo, levantó una mano con calma y sacudió la cabeza diciendo:

—No me debes ninguna explicación. Bob está aquí, no somos responsables de nuestro comportamiento. Hagas lo que hagas nadie te culpará.

—¡Pero si yo no estoy haciendo nada! —insistió Kirby—. ¡Y menos aún… eso! ¡Sobre todo con alguien como… él!

—Lo que tú digas, cariño —aseguró la bibliotecaria poco convencida.

—La verdad es que me ha estado espiando —reiteró Kirby.

—Kirby, no te avergüences, yo también he sucumbido al cometa —declaró volviendo la vista sobre lo que estaba haciendo sin prestar más atención.

—Dejemos claras unas cuantas cosas —añadió Kirby volviéndose hacia James.

—Encantado —sonrió él.

—En primer lugar no es cierto que me vieras desnuda.

—Oh, sí, sí que te vi. Y era una vista preciosa, además.

—No tenías permiso para mirarme, así que eso no cuenta. Y en segundo lugar —se apresuró a añadir levantando la revista en el aire—, no he escogido esta revista porque hubiera un artículo sobre ti.

—Ah, ¿no?

—No —aseguró Kirby señalando una esquina de la portada—. ¿Ves esto? Hay un artículo sobre Joe Piscopo. Siempre, siempre he sido una gran admiradora de Joe Piscopo, pero a ti no te conozco.

—¿En serio?

—Desde luego. Incluso tuve un gato que se llamaba Joe.

—Cuéntamelo.

—Y eso no es todo —continuó Kirby pasando las páginas. Luego, poniendo un dedo sobre un recuadro al azar, señaló lo primero que vio—. Mira esto.

Nash se inclinó para ver lo que ella señalaba.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es un artículo sobre… sobre… —Kirby volvió los ojos hacia la

revista y tragó al ver lo que había escogido. Luego añadió tratando de resultar convincente—: Un artículo sobre… los músculos de las piernas. Creo que… que realmente .me hace falta leerlo.

—¿De verdad? Eso nunca se sabe hasta que no se examina uno bien. Y, por si no te acuerdas, yo te he examinado. Muy bien —Kirby se ruborizó, y James se inclinó hacia ella extendiendo la mano para agarrar el borde de su vestido mientras añadía en tono juguetón—: Pero supongo que si insistes, no me hará daño echarte otro vistazo.

—Señor Nash —lo reprendió Kirby agarrando la mano antes de que pudiera tocarla.

James —intervino él apartándose.

—No sé por qué sigues molestándome, pero te aseguro que…

—Estaré encantado de explicártelo —volvió a interrumpirla James—. Durante la cena. En mi suite. Esta noche. ¿Qué te parece?

—No lo creo —contestó Kirby tras un breve suspiro de incredulidad—. Y ahora, si me disculpas, tengo una cita.

—Está bien, esperaré —contestó James tratando de quitarle la revista—. Mientras tanto leeré ese artículo.

Kirby cerró la revista de golpe en lugar de ofrecérsela, y luego se volvió para dejarla sobre el estante en el que la había encontrado diciendo:

—No te lo recomiendo.

—¿El qué? ¿Que lo lea, o que te espere? —preguntó James siguiéndola de cerca.

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ningún interés, a mí no me interesas, ésa es la razón.

—Bueno, pero quizá quieras escuchar mi oferta.

Kirby lo miró vacilando, sintiendo ardor en su pecho, y apartó los ojos de él rápidamente.

—Creo que has dejado bien clara la oferta, y como te dije antes, no me interesa lo que vendas.

—¿Y quién dice que lo vendo?

—Lo dice aquí, en el artículo, ilustrado a todo color —explicó ella tendiéndole la revista.

—Ahí no dice que venda nada —argumentó él—. Al contrario, pone de relieve lo generoso que soy.

—Sí, ése es el problema, que eres demasiado generoso con cualquiera que lleve faldas.

—No necesariamente. A veces llevan pantalones, bañadores,

equipos de ski, artículos de lencería, o sencillamente nada.

Kirby juró en silencio. Prefería no escuchar los detalles. El interés de James por ella era demasiado manifiesto. Parecía capaz de perseguir a cualquier ser humano que liberara estrógeno.

—No hace falta que me lo expliques —musitó—. Sé qué clase de hombre eres, sé que has estado con muchas otras mujeres.

—¿Otras? —preguntó James sonriendo—. Pero Kirby, se diría que estás celosa.

Kirby hizo un gesto de desesperación con los ojos y comprendió que era así precisamente como se sentía. Sin embargo no lo reconoció.

—Vamos, por favor. Si hay algo de lo que no estoy celosa es de la gente que se acerca a ti.

—Tus labios lo niegan mientras que tus ojos…

James no terminó la frase, sólo sonrió con presunción. Kirby deseó abofetearlo, pero se esforzó por calmarse y no romper la revista allí mismo . Después de todo era propiedad de la biblioteca, se dijo dejándola de golpe sobre la estantería.

—Vete —contestó alto y claro—. Déjame en paz. No quiero volver a verte.

James rió en voz alta y con ganas, sugerente. Kirby tenía la sensación de que deseaba tocarla, pero en lugar de alargar la mano James se las metió en los bolsillos sin apartar la vista de ella.

—Eres una mujer tan interesante —comentó—, tan excitante, tan estimulante… tan… —respiró hondo y soltó el aire despacio, como si estuviera tratando de controlarse—… tan sexy —murmuró.

Aquello atrajo la atención de Kirby. Nunca nadie le había dicho que era excitante, y menos aún sexy, pensó. Y por supuesto nadie la había mirado como si fuera una Venus desnuda lista para el amor. Con sólo una mirada y unos cuantos halagos James parecía capaz de resarcirla por toda la falta de atención que había padecido durante años. Se sentía asaltada por una emoción que jamás había experimentado, por una sensación cálida y urgente que bullía en ella, por un hambre voraz e indescifrable que sólo James podía saciar.

—Yo…yo… —tartamudeó incapaz de pronunciar palabra.

James dio un paso adelante, deteniéndose a sólo unos centímetros de ella. Kirby sintió que su calor la invadía, y cuando inhaló sus pulmones se llenaron de la fragancia de él, de un aroma oscuro, masculino y excitante. Los ojos de James permanecían fijos sobre sus labios. Luego él abrió la boca ligeramente, como si fuera a abalanzarse sobre ella y a tragársela.

No obstante, mientras Kirby se repetía una y otra vez que besar a un hombre como él era lo último que deseaba, cuando al fin él no lo hizo se sintió desilusionada. James levantó los brazos y se apoyó sobre la estantería que Kirby tenía a la espalda. Su rostro estaba a escasos milímetros del de ella. Kirby respiró hondo y contuvo el aliento. Su fragancia la intoxicó hasta el mareo. Miró para abajo, tratando de escabullirse, pero luego los abrió y respiró. Sus, miradas se encontraron. Su pulso no dejaba de acelerarse. La forma en que James la observaba era escandalosa, pensó.

—Cena conmigo esta noche —ordenó él sin vacilar.

—Es que… es que… —Kirby trató de ordenar sus ideas, pero enseguida comprendió que todos sus impulsos la dirigían en una sola dirección: aceptar. Sin embargo luchó contra ellos y dijo—: No puedo.

Aquella respuesta, no obstante, no tuvo el efecto esperado. James sencillamente la ignoró. Continuó observándola con aquella sugestiva y enloquecedora mirada mientras levantaba una mano para acariciar su rostro. Kirby apartó la cara, pero él curvó el dedo índice para tocar su barbilla y, sin esfuerzo apenas, volvió sus ojos hacia él. Y entonces preguntó en voz baja y dulce:

—¿Por qué no?

La sangre le hervía, corría por sus venas a una velocidad acelerada. Por un momento sólo pudo mirarlo y preguntarse cómo diablos era posible que se encontrara en aquella situación. Deseaba arrojar la toalla y tomar todo lo que él tuviera que ofrecerle, pero recordó el tipo de hombre que era.

—Mm… tengo otros planes —tartamudeó—. Tengo que ir… a un sitio. Ahora mismo, en realidad.

Sus palabras seguían sin causar el efecto deseado en James, que la tomó de la barbilla y deslizó el pulgar sobre su pómulo, prendiendo una llama inextinguible en ella.

—Como ya te he dicho, puedo esperar.

Cuando James levantó la otra mano para apartar el pelo y acariciar su nuca el corazón de Kirby palpitó.

—Ah… —respiró ella cerrando los ojos mientras se sentía arder en su interior.

Aquel dedo continuó su sensual camino a un ritmo muy erótico mientras la otra mano tiraba de ella para acercarla a él. Por un delicioso, delirante instante, Kirby se dejó llevar, se dejó raptar por su contacto, por su fragancia, por su poder. Entonces, cuando comprendió la rapidez con la que estaba sucumbiendo a sus deseos, abrió los ojos y se apartó para decir:

—Es que… puede que tarde.

James esbozó aquella sonrisa sexy de nuevo mientras sus ojos, grises, se oscurecían haciéndola temblar.

—Está bien —contestó él en un murmullo mientras su pulgar descendía desde el pómulo hasta el labio inferior en una exploración inquietante—, no me importa. Merece la pena esperar.

Aquella era definitivamente una nueva experiencia para Kirby. Ningún hombre le había hablado así. James, un ejemplar de hombre atractivo y excitante hasta la médula, estaba interesado en ella, reflexionó. Estaba de hecho abalanzándose sobre ella, tratando de… De pronto un pensamiento la asaltó: estaba tratando de seducirla.

No, se dijo, cualquiera menos él. James era el último hombre sobre la faz de la Tierra al que sucumbiría. Kirby se repitió esa advertencia una y otra vez hasta que finalmente consiguió hacerle un hueco en su cerebro. Entonces comprendió lo escasas que eran sus posibilidades estando tan cerca, y supo que lo único que podía hacer era escapar.

—¡No! —gritó de pronto cerrando los puños y empujándolo para alejarse de él.

Entonces recordó, aunque tarde, que estaban en una biblioteca. En una silenciosa biblioteca. El eco de su grito reverberó volviendo a sus oídos junto con un montón de ojos que se quedaron fijos en ella. La señorita Winslow los mandó callar:

—¡Sshush!

Cuando Kirby se dio cuenta de que la mayor parte de las miradas provenían de los miembros del comité del festival, que subían las escaleras para la reunión, se volvió y, sin decir palabra y sin mirar atrás, corrió.

Mientras observaba a Kirby correr James sintió algo muy profundo en su corazón, algo que no recordaba haber sentido jamás. Pena. Sincera y honesta pena por que se le negara el placer de la compañía de Kirby aunque sólo fuera por un momento. Nunca había sentido algo así, reflexionó. Y menos aún por una amante. Y sin embargo una perfecta extraña, una simple rubia se lo hacía sentir. Pena, soledad.

Era asombroso, recapacitó. Aunque lo cierto era que Kirby no era una completa extraña. No del todo, se dijo. Begley había descubierto toda clase de cosas sobre ella, cosas que le hacían sentirse como si la conociera. James sacudió la cabeza mientras la observaba subir las escaleras. La gente que subía con ella lo miraba a escondidas, por encima del hombro. Sólo cuando desaparecieron se relajó, recordando la suavidad, la excitación y calidez del breve

encuentro y sopesando la información que su mayordomo le había dado sobre ella.

De acuerdo con la empleada de la taberna local, Kirby Connaught era una buena chica, un crisol de virtud, inocencia y decencia moral. Nunca hablaba mal de nadie ni hacía nada inmoral. Excepto, pensó James, hablar mal de él y de robarle el champán. Era un huérfana de escasos recursos que seguía viviendo en el domicilio familiar, una decoradora que trataba de lanzar su negocio con dudoso éxito. Iba a la iglesia con regularidad, era amante del arte, habilidosa jardinera y siempre voluntaria para lo que se terciara en la ciudad. Había sido la primera en los estudios, la mejor scout… Y, según juraba la empleada, seguía siendo virgen.

Aquello rizaba el rizo, pensó James. Seguramente no sería verdad, tenía que ser un rumor. Era imposible que los hombres de la ciudad fueran tan estúpidos como para no desear a semejante tentadora, deseable, suculenta, lasciva… rubia, reflexionó respirando hondo. Kirby era un ejemplar supremo de Venus en toda su gloria. Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, James sabía que era cierto. La respuesta de Kirby había sido demasiado rápida, demasiado clara, demasiado sensible, demasiado inocente como para provenir de alguien que no fuera virgen.

¿Cómo podía ocurrir una cosa así?, se preguntó.

Por supuesto, se dijo, siempre cabía la posibilidad de que ella misma fuera la responsable de aquel estado de cosas. Quizá ahuyentara a todos los hombres que se le acercaran, pensó. Al fin y al cabo acababa de hacerlo con él. Quizá fuera frígida, reflexionó. Quizá no le interesara el sexo, o los hombres.

Pero eso no podía ser cierto, se dijo a sí mismo convencido. Era evidente que no era así por la forma en que le había respondido a él. Había visto el deseo en ella, un deseo intenso y profundo. Kirby estaba hambrienta sexualmente hablando, pensó. Y sin embargo no se dejaba llevar.

James volvió la vista hacia la revista. En realidad no había leído el artículo, ni le importaba lo que dijera. Hasta no ver a Kirby leyéndolo, por supuesto. Sentía curiosidad por las conclusiones a las que ella hubiera llegado. Lo más probable, se dijo, era que no fueran peores que los insultos que le había dirigido. Un crisol de inocencia y pureza como ella no podía ver en él sino lo peor. Observó su foto con indiferencia y leyó el titular. Era algo exagerado, pensó. Miró las escaleras y comprendió que había sido sincero con Kirby: merecía la pena esperarla. Se sentó en la silla que ella había ocupado y comenzó a leer.

Capítulo 3

Casi una hora después Kirby salió temerosa y excitada de la sala en la que se había celebrado la reunión del comité. Por un lado deseaba que James se hubiera cansado, pero por otro, más sinceramente, se confesó, deseaba ansiosamente que estuviera esperándola.

Y estaba. Sentado, inmerso en la lectura de la revista, Kirby no pudo evitar fijarse en sus brazos y en sus manos. Nunca hubiera imaginado que los brazos de un hombre pudieran ser tan sexys, pensó. James Nash sería un playboy, pero tenía unas manos grandes, bronceadas y preciosas. Parecían las manos de un trabajador, pero Kirby estaba segura de que jamás había trabajado.

¿Qué se sentiría al contacto de esas manos?, se preguntó sorprendida y fascinada por la idea. Entonces recordó que esos dedos la habían acariciado la cara, las mejillas, la nuca. ¿Pero qué sentiría si tocara otras partes más sensibles de su cuerpo?, volvió a preguntarse.

Kirby se ruborizó sólo de pensarlo. Trató de olvidar ese pensamiento y se aseguró a sí misma que nunca conocería la respuesta. Se mantendría a distancia de James Nash, juró en silencio. Entonces, contrariando todas sus intenciones, caminó hacia él con paso vacilante.

¿Por qué se habría fijado precisamente en ella?, se preguntó. Había miles de chicas en Endicott veinte veces más capaces que ella de manejar a un hombre como él, pensó. Pero entonces recordó su reputación de excéntrico, reputación de la que había tenido noticia a través del comité. Aquella tarde, en lugar de discutir sobre él festival, los miembros del comité de bienvenida a Bob habían estado charlando precisamente de él, de su nuevo e íntimo amigo.

A pesar de haberles asegurado que acababa de conocerlo todos habían insistido en que fuera a ella quien le hiciera la gran pregunta. Y esa gran pregunta era si le interesaría ser el maestro de ceremonias del Parallax Parade. Aquélla no era una buena idea, pensó Kirby. La forzaría a permanecer a su lado más tiempo de lo que hubiera deseado. Su cometido en el festival era ocuparse de los extranjeros, asegurarse de que tenían todo lo que necesitaban y enseñarles Endicott. Era una especie de relaciones públicas. Pero con James Nash esas relaciones más que públicas serían personales, recapacitó.

Kirby se acercó vacilante. Sabía que no podía dejar de temblar, aún a diez pasos de él. No después del reciente incidente, que mantenía aún vivo en su imaginación. Enfrentarse a él de nuevo la asustaba. Kirby se dijo a sí misma que no era sino la víctima de su propia libido. Cualquier hombre que le hubiera hablado como él, que la hubiera mirado como él, la habría hecho reaccionar exactamente igual, razonó. No era James Nash quien le causaba aquellas sensaciones, aquel deseo, aquel anhelo. No era él quien la excitaba, sino su comportamiento. Tras su atractivo, tras su aspecto sexy y su erótico cuerpo no había más que un playboy promiscuo y fisgón, pensó.

James alzó la vista y sonrió. Kirby se detuvo a unos pasos, y él se levantó.

—Es cierto —comentó él—, no se puede creer en todo lo que se lee. No tenía ni idea de que hubiera tantos errores en este artículo.

—¿Quieres decir que no lo habías leído?

—No, ¿por qué iba a leer nada sobre mí? Lo sé todo, y de todos modos no me fascina la prensa. Me gusta más la literatura de ficción. Aunque lo cierto es que este artículo es casi de ficción.

—¿Qué? ¿Quieres decir que es sensacionalista? No tenía ni idea. ¡Qué vergüenza!

—¿Sensacionalista? —repitió él airado, sin notar su sarcasmo—. ¿Estás de broma? Está lleno de mentiras.

—¿En serio? —preguntó ella sin atreverse a creerlo.

—Sí. No puedo creer que Sissy Devane haya dicho eso sobre mí. Sólo nos citamos un par de veces, y nunca nos acostamos juntos.

—¿Ah, no? —preguntó ella vacilando.

—No, por supuesto que no, ella no era lo suficientemente discreta. ¿Y qué me dices de Ashley Evanston? Por favor, si no es más que una niña. Sólo estuve con ella media hora. Si está tratando de convencer a la prensa de que ha sido mi primera novia merece el premio de la Academia.

—¿Estás sugiriendo que tu reputación es inmerecida? —preguntó Kirby mirándolo escéptica.

—Bueno, no —sonrió James—, yo no he dicho eso. Sólo mi reputación en relación a esas dos damas en particular. Ya otra docena más que sale en el artículo.

Kirby no pudo evitar acercarse a él para señalar una columna de la revista en la que se editaba la «Lista de Amantes de James hasta el momento…»

—¿Así que esta lista de mujeres con las que te has acostado no es correcta?

—Por supuesto que no. Pero mira esto, si han incluido a la princesa Fátima, ¡por el amor de Dios! ¡Como si alguien tuviera la llave de su cinturón de castidad!

—¿Es que las princesas árabes aún llevan cinturón de castidad? —preguntó Kirby desconcertada e incrédula.

J-Bueno, sólo era un forma de hablar —explicó ames—. En el caso de Fátima el cinturón de castidad es su señorita de compañía, Lyudmila —añadió revisando la lista—. Espera un momento. ¡Por Dios!, si han incluido también a Lyudmila.

Kirby no podía creer que estuviera en una biblioteca pública con James Nash discutiendo sobre el número de sus conquistas. Era increíble descubrir que el incidente anterior no había tenido sobre él ningún efecto cuando para ella, en cambio, y a pesar de su brevedad, era algo inolvidable y jamás experimentado. Para James, pensó, debía de ser algo habitual. Con multitud de mujeres. Había llegado a pensar que la había tocado de un modo especial, pero era evidente que se equivocaba. Ella era, sencillamente, la mujer que tenía más a mano, comprendió. En su mirada no había nada de especial. Cualquiera le habría causado un efecto similar. James dejó la revista y se volvió hacia ella.

—Cena conmigo —rogó insistente y con confianza en sí mismo.

Kirby se dijo a sí misma que debía de rechazarlo, que no tenía sentido prolongar ni promover ningún tipo de relación entre los dos. Pero entonces recordó las palabras de sus colegas del comité. Endicott alcanzaría notoriedad mundial, habían asegurado al hacer su petición. Habían hecho todo un despliegue de ruegos y súplicas, y lo habían hecho personas a las que ella admiraba y conocía. Bien, se dijo, nada se perdía por intentarlo. Al fin y al cabo James se negaría, pensó.

—Está bien. De todos modos tengo que pedirte algo, un favor.

—¿De verdad? —preguntó él elevando las cejas sorprendido—. ¿Quieres que te haga un favor? ¿Que te lo haga yo? —Kirby asintió —. ¿Es un favor muy grande? —Kirby volvió a asentir. James sonrió —. Y si acepto, ¿te sentirás en deuda conmigo? —Kirby vaciló y luego asintió sin mucho convencimiento—. ¿En serio? ¿Te sentirás realmente en deuda, o sólo ligeramente en deuda? Porque si es un favor grande entonces creo que deberías de sentirte muy, pero que muy en…

—James, por favor.

—Vaya, pero si hasta te muestras educada y cortés. Debe de ser un favor muy, muy grande. Y en ese caso, si acepto, te sentirás de verdad en deuda conmigo.

—¿Cenamos? —preguntó ella ignorando su entusiasmo.
—Vaya, Kirby, creí que nunca me lo pedirías —sonrió James.

Horas más tarde Kirby seguía sin comprender cómo era posible que James la hubiese convencido para que cenaran en la suite de su hotel. Debía de haberlo hecho al hablarle de las multitudes abalanzándose sobre él hasta dejarlo desnudo, pensó. Aquella visión era algo que no quería imaginar.

La razón por la que se había rendido al final no tenía nada que ver con la increíble belleza del hombre que estaba sentado frente a ella en la mesa a la luz de las velas, se dijo Kirby. Ni tampoco con sus miradas ni caricias de la biblioteca, caricias que la habían hecho consciente por primera vez de la existencia de ciertas partes de su cuerpo. No tenía relación alguna con el hecho de que, por primera vez en la vida, alguien la tratara como a una mujer.

No, reflexionó. La razón por la que estaba sentada en la suite de James en la semioscuridad, rodeada de música y flores, bebiendo vino y cenando un plato exquisito con el pulso acelerado era mucho más noble. Estaba allí por Endicott, por su ciudad y sus habitantes, por su estilo de vida americano al que todos amaban, por…

«Por el amor de Dios», suspiró derrotada. Estaba cenando con James porque lo deseaba, se confesó. Por puro egoísmo, por necesidad, por desesperación, pensó. A pesar de su reputación James Nash tenía algo que la hacía sentirse bien.

¿Qué era? se preguntó. De eso no tenía ni la más ligera idea. Apenas lo conocía, reflexionó. Según los miembros del comité, fans y admiradores de James, era un playboy, un hedonista, un canalla incapaz de tomarse nada en serio. Estaba claro que no tenía ningún futuro con él, recapacitó. ¿Quién se creía que era para sentirse subyugada por un hombre como él?, se preguntó. Y sin embargo estaba subyugada, reconoció.

De pronto, al pensarlo con detenimiento, comprendió. Él quizá fuera el ídolo de América, pero también era un hombre. Mientras guardara las distancias no tenía nada que temer, se dijo. Cenaría con él, le propondría ser el maestro de ceremonias y, tras su negativa, le daría las gracias por la velada y no volvería a verlo. Si, en cambio, decía que sí, recapacitó, tendría que llevarlo a todos los actos del festival, prolongar su relación durante horas, estar a su lado en multitud de ocasiones. Bueno, podía hacerlo, se dijo a sí misma poco convencida. Al fin y al cabo no era más que un hombre, un hombre realmente guapo, devastadoramente atractivo,

encantador, sexy, irresistible… fantaseó. Sólo eso.

Kirby tomó la copa sin recordar que no tenía costumbre de beber. Se llenó la boca con aquel dulce caldo y tragó sin darse tiempo siquiera a saborearlo. Luego, al ver la intensa mirada que le dirigía James, dio otro trago impulsivamente. Cuando dejó la copa vacía sobre la mesa y miró para arriba él seguía observándola y sonriendo.

—¿Te gusta el vino?

—La verdad es que no suelo beber, pero está muy bueno.

—Y si no bebes, ¿por qué me has robado el champán?

—Pues… —se ruborizó—… fue porque… porque la botella era muy bonita.

—No importa, considéralo un regalo. Pero recuerda, es mejor compartirlo —Kirby no respondió, sólo bajó los ojos—. Y dime, ¿cuál es ese favor tan grande que tienes que pedirme?

—No es tan grande —respondió Kirby sin mirarlo.

—Da igual, vas a sentirte en deuda conmigo, eso es lo importante. ¿Qué es?

Kirby levantó la vista y se encontró con una mirada demasiado atenta y seria. Si le pidiera que bailara desnudo en el centro de la plaza lo haría con tal de que ella le debiera un favor, pensó.

—Pues… yo… es decir, el comité… el comité de bienvenida a Bob, el comité del Bob Comet Festival… desearía invitarte a… de hecho… la verdad es que la ciudad entera desearía invitarte.

James giró la copa sobre la mesa. En sus ojos brillaba una chispa de luz lánguida, extremadamente erótica, ardiente.

—¿Dices toda la ciudad? Ah, bien, cada vez parece más importante, ¿no te parece?

—Bueno… nosotros… el comité —continuó Kirby ignorando su comentario—… quiero decir, hemos perdido al maestro de ceremonias del Parallax Parade, y…

—¿Que lo habéis perdido? —la interrumpió James—. ¿Y cómo se puede perder a un maestro de ceremonias?

—No ha sido nuestra culpa, Rufus…

—¿Rufus?

—Tuvo una oferta mejor, eso es todo.

¿Rufus? ¿Es. que aún queda alguien en el mundo con ese nombre?

—Rufus Laidlaw, es actor. Es un chico de Endicott que se marchó al oeste y se convirtió en una gran estrella y…

—No conozco a ninguna estrella que se llame Rufus Laidlaw —intervino James—. Y créeme, conozco a muchas estrellas. Acuérdate

de Ashley Evanston.

—Creí que habías dicho que no habías conocido a Ashley Evanston.

—Bueno, no la conocí en el sentido bíblico, pero la conozco. Y a muchos otros. Sin embargo nunca me sacarás ningún nombre, no sirve de nada tirarme de la lengua. No me parece correcto, ¿no crees?

—Supongo —confirmó Kirby sin saber qué pensar.

—Pues te aseguro que no conozco a nadie en Hollywood que se llame Rufus.

—Rufus Laidlaw es… bueno, es que va y viene —explicó Kirby.

—¿Qué cosas ha hecho?

—¿Recientemente?

—Sí, o hace tiempo.

—Pues… de hecho su carrera comenzó con un anuncio para la Corn Growers Association —contestó Kirby—. Creo que ahora sale en un anuncio a nivel nacional.

—Comprendo —murmuró James.

—Y… acaba de salirle una oferta importante, por eso es por lo que no puede ser el maestro de ceremonias. Kellogg's le ha contratado para promocionar un nuevo cereal.

—Un cereal —repitió James.

Kirby asintió y bajó los ojos para evitar su mirada. James la observaba como si fuera un pastel de queso y él se muriera por el postre. La inquietud que le causaba esa mirada la hizo tartamudear.

—Así que… como Rufus tiene que promocionar cereales… necesitamos a alguien para que haga de maestro de ceremonias… desde luego preferiríamos que fuera alguien de aquí… pero no tenemos más celebridades en Endicott… y… nos preguntábamos si… si tú querrías ocupar su lugar…

James observaba a Kirby con atención, escuchando apenas lo que decía. Estaba demasiado ocupado apreciando el brillo de su pelo a la luz de las velas, el azul de sus ojos oscureciéndose al mirarla, la tela de su camisa ajustándosele al pecho. Estaba demasiado ensimismado en la fragancia a lavanda que emanaba de ella, en la forma en que se le habían coloreado las mejillas y los labios a causa del vino. No podía dejar de preguntarse cómo sabría, cómo se sentiría con ella, cómo sonarían sus jadeos cuando le hiciera el amor. Porque estaba seguro de que antes de marcharse de Endicott le haría el amor.

Por otro lado también se preguntaba cómo reaccionaría Kirby si lo intentaba en ese preciso instante, si se levantaba de la silla,

arrojaba las cosas de la mesa y la desnudaba allí mismo para poseerla a la luz de las velas. Sin embargo, finalmente, decidió que sería demasiado precipitado.

—Disculpa —se excusó al ver que ella había dejado de hablar—, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué estabas diciendo?

—Pues… —comenzó a decir Kirby tratando de reunir coraje—. En nombre del comité de bienvenida al Bob Comet Festival y de la ciudad de Endicott, Indiana, tengo el placer de invitarte a ser el maestro de ceremonias del Paralllax Parade de este año.

James se quedó observándola con atención.

Desde luego estaba loca si pensaba que él iba a acceder a semejante petición, pensó. Siempre había tratado de evitar las multitudes, y ella lo invitaba a sentarse en lo alto de una carroza de cartón piedra y saludar. De ningún modo, se dijo. No obstante, a pesar de todo, contestó:

—¿Y qué tendría que hacer exactamente?

—Bueno, poca cosa —contestó Kirby ligeramente desilusionada por su respuesta a pesar de que no había dicho que no—. Serías la estrella del festival, eso es todo.

—¿Sí? ¿Eso es todo?

—Tendrías que estar presente en todos los actos y… —explicó Kirby.

Era extraño que ella se mostrara tan poco contenta, pensó James. Al fin y al cabo no le había dicho que no.

—¿Qué clase de actos?

—Bueno, el primero de todos es el Parallax Parade. Con él comienza la fiesta oficialmente, y se celebrará este sábado. Luego los actos más importantes son el Comet Stomp Dance, el Parsec Picnic, el Castor y Pollux Two-Legged Race y el Triton Tug-O-War.

James seguía girando la copa sobre el mantel, sorprendido de sí mismo por estar siquiera considerando la idea. De ningún modo lo haría, se dijo. Había viajado a Endicott para observar a Bob, y pretendía pasar el tiempo encerrado en la suite mirando por el telescopio. Si aceptaba se vería rodeado de gente, pensó, aturdido por la multitud. Pero ése era el precio que tenía que pagar por llevar la vida que llevaba, recapacitó. No tenía vida privada, ni secretos, ni amigos, ni ningún lugar al que llamar hogar. Todo el mundo se creía con derecho a saberlo todo de él.

Sin embargo nada más llegar a Endicott había girado el telescopio para mirar otro cuerpo, también celestial y de innegable belleza, y desde ese momento había sido incapaz de hacer otra cosa que girar en su órbita. Kirby era una Venus, una estrella nocturna,

pensó. Bella, etérea, inimitable, y tan sexy que podía derretir a un hombre en cuestión de segundos. Se había convertido en su satélite, concluyó. Kirby le había pedido algo imposible, pero aún quedaba una cuestión que exigía de su consideración.

—¿Y qué papel juegas tú exactamente en el festival, Kirby?

—Pues… —se ruborizó de inmediato—… mi trabajo en el comité es… se relaciona con… la hospitalidad.

—Hospitalidad —repitió James. Kirby asintió nerviosa, pero no dijo nada más. James continuó girando la copa sin dejar de observarla—. Define «hospitalidad».

Kirby pareció ponerse entonces muy nerviosa, lo cual no hizo sino incitar aún más la curiosidad de James.

—Soy… una especie de… R.P.

—¿No podrías ser un poco más explícita?

—Soy… la responsable de que las personas importantes… tengan todo lo que necesitan.

—¿Las personas importantes? —Mmmhmm.

James notó la tremenda inquietud de aquella respuesta sólo murmurada. Sonrió y se lanzó sobre ella. —¿Y.. hay alguna persona importante en especial a la que debas cuidar?

—Pues… supongo que sí. —¿Y quién es?

Kirby levantó los ojos rápidamente para luego mirar a su alrededor como perdida. —¿Quieres decir en concreto? —Sí, en concreto.

—Bueno, en concreto soy… la escolta del… maestro de ceremonias.

—¿La escolta? ¿En serio? Eso suena muy interesante. Quiero decir, esa palabra, «escolta», sugiere un montón de cosas, ¿no te parece? Tiene muchas… connotaciones.

—No, sólo quiere decir que sería tu escolta en los diferentes actos del festival. Tendría que asegurarme de que… tienes todo lo que necesitas.

Kirby parecía desfallecer a cada palabra, su inquietud crecía por momentos. James sonrió. Estaba realmente molesta de tener que acompañarlo en el festival, pensó. Aquello era extraordinario. Había ejércitos de mujeres en el mundo que habrían dado cualquier cosa por una oportunidad como ésa, recapacitó.

—Está bien, lo haré —dijo de pronto sorprendiéndose a sí mismo tanto como a Kirby.

—¿Qué? —preguntó ella incrédula mirándolo al fin.

—He dicho que lo haré.

—Pero no puedes estar hablando en ser… —comenzó Kirby a

decir atropellándose literalmente con las palabras—. Quiero decir… pensé que… he oído decir que no te gusta…

—¿Aprovechar la oportunidad de estar más tiempo con una bellísima y atractiva mujer que se comporta como si no quisiera ni verme a pesar de que sus ojos dicen lo contrario cada vez que me miran?

—Pues… no —contestó Kirby enrojeciendo profundamente y sacudiendo la cabeza—. Lo que quería decir era que creía que no te gustaban las multitudes.

—¡Ah, eso! —contestó James con una sonrisa—. Bueno, normalmente no. A menos que mi recompensa sea estar más tiempo con una bellísima y atractiva mujer que se comporta como si no quisiera ni verme a pesar de que sus ojos dicen lo contrario cada vez que me miran.

Ah.

James esperó a que Kirby dijera algo más, pero ella sólo volvió la cabeza hacia la ventana. El siguió la dirección de su mirada y apreció la vista de la ciudad. Luego la miró y comprendió que era la joya más bella de Endicott. Sólo tenía que extender la mano para tomarla, se dijo. Por alguna razón, sin embargo, eso era lo último que quería hacer. Deseaba a Kirby, la deseaba desesperadamente, pero no podía raptarla sencillamente y sacarla de aquel lugar. Además, recapacitó, Kirby era la primera mujer que huía de él. Sería divertido, para variar, perseguir a una mujer.

—Pensé que te agradaría que aceptara —comentó—. Después de todo has sido tú quien me ha invitado.

—No, yo no te he invitado, sólo te he transmitido la invitación de parte de Endicott.

—Sí, de Endicott y del comité, lo sé —contestó James molesto—. De todos modos creí que te complacería.

—No se trata de eso —contestó Kirby bajando la mirada.

—¿Entonces de qué?

Kirby se puso de pie de repente, recogió su bolso y abrió la puerta. James creyó que iba a marcharse sin despedirse siquiera, pero al final debió de recordar que actuaba en representación del comité, porque, mirando por encima del hombro, añadió:

—Me siento muy feliz de que haya aceptado usted nuestra invitación para ser el maestro de ceremonias de este año, señor Nash. Mañana por la mañana me pondré en contacto con usted para hablar sobre los detalles. Gracias por la velada.

Y tras aquellas palabras desapareció.

Capítulo 4

—Y entonces, ¿qué vas a hacer con James Nash?

Kirby dio un sorbo de café y miró a Angie Ellison sin saber qué contestar. Disfrutaban, junto con Rosemary March, de su almuerzo habitual. Según parecía Bob iba a concederles sus deseos, pensó. La noche anterior Angie había irrumpido en la casa de un hombre y se había visto cara a cara con un gángster. Y guapo además. ¿Qué otra cosa podía haber más excitante que ésa?, se preguntó Kirby. Willis Random, el compañero de la universidad de Rosemary, había vuelto a la ciudad para estudiar al cometa y estaba viviendo justo debajo de ella. Si aquélla no era su oportunidad para vengarse Willis jamás tendría su merecido, recapacitó.

¿Pero por qué no se cumplía su deseo si iban a cumplirse los de Angie y Rosemary?, se preguntó Kirby. Su sueño le había parecido siempre el más factible, y sin embargo estaba lejos de la realidad. El único hombre al que había conocido era James Nash, pero era incapaz de amar. Aquello no podía ser sino una broma intergaláctica pesada, pensó maldiciendo al cometa.

—¿Kirby?

—¿Qué? —preguntó ella saliendo de su ensimismamiento.

—¿Que qué vas a hacer con respecto a James Nash?

—Mantenerme alejada de él. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Te va a resultar difícil —señaló Angie—, sobre todo si es el maestro de ceremonias.

—Bueno, sabré manejarlo. Además a él no le gustan las multitudes.

—Y entonces, ¿por qué aceptó el cargo? —preguntó Rosemary.

—No tengo ni idea —contestó Kirby con sinceridad.

—Pues por lo que has contado no parece que él quiera mantenerse a distancia —comentó Rosemary—. Más bien parece que quiere estar muy cerca de ti.

—Bueno, eso es sólo porque es incapaz de aceptar que una mujer no se interese por él —dijo Kirby sacudiendo la cabeza—. No le cabe en su egocéntrica cabeza el ser rechazado.

—O quizá sea porque te ha visto desnuda —intervino Angie sonriendo maliciosamente—. Y lo mejor de todo es que ni siquiera has tenido que hacer nada para conseguirlo, Kirby.

Kirby se ruborizó. Cada vez que sus amigas lo mencionaban se sonrojaba, pero no porque se avergonzara como cualquier chica

decente, no. La idea de que James la hubiera visto desnuda la excitaba, reflexionó, la hacía temblar de un modo que nunca antes había experimentado. Su cerebro parecía incapaz de pensar en otra cosa.

—No, no lo creo. Simplemente no está acostumbrado a que las mujeres lo rechacen. Debo de ser una aberración para él.

—Kirby, eres virgen a los treinta años, eres una aberración para todo el mundo —intervino Rosemary con un gesto de incredulidad.

—Bueno, Rosemary, no es culpa suya, al menos lo ha intentado —le recordó Angie.

—Muchas gracias a las dos. Habláis como si hubiera tratado de arrastrar a todos los hombres de

Endicott a mi cueva —Rosemary y Angie se lanzaron una mirada cómplice—, y eso no es cierto —afirmó Kirby.

—Literalmente hablando no, claro —se corrigió Angie.

—Ni figurativamente tampoco —insistió Kirby.

—¿Y qué me dices de ese episodio del año pasado con Henry Monroe? —preguntó Rosemary.

—No, por favor. Eso fue un accidente, sólo trataba de… —se explicó Kirby.

—¿De seducirlo y llevártelo a la cama? —preguntó Angie terminando la frase por ella.

—¡Por supuesto que no! —volvió a insistir Kirby.

—¿Y ese otro incidente con Mark Benedíct hace unos meses? —preguntó Rosemary—. ¿Fue un accidente también? Estabas casi desnuda.

—¡Por supuesto que lo fue! ¿Qué otra cosa hubiera podido ser?

—¿Un intento de seducirlo y llevártelo a la cama? —contestó Angie solícita.

—Todo eso no son más que rumores, todo. Nunca he intentado…

—¿Seducir a los hombres y llevártelos a la cama? —volvió a preguntar Angie—. Porque eso es lo que parece que has estado haciendo durante los últimos dos años, Kirb. Parece que has estado tratando por todos los medios de despojarte de tu virginidad con el primer interesado.

—Sí —afirmó Rosemary—, pero el problema es que no había nadie interesado. Nadie quiere deshojar a la virgen local, eres demasiado preciosa para eso.

—Pero por favor, Kirby —se apresuró a añadir Angie—, corrígenos si estamos equivocadas.

Kirby respiró hondo y contó hasta diez. Cuando abrió la boca

para defenderse Angie la interrumpió:

—Sabes, Kirb, ese James Nash puede ser para ti una bendición.

—¿Pero qué dices? —preguntó Kirby frunciendo el ceño.

—Simplemente que… —se encogió de hombros como si fuera la cosa más natural—… ya sabes, los dos os podéis beneficiar mutuamente.

—No te entiendo.

—Angie, es una idea fantástica —intervino Rosemary, que sí la había entendido—. Sería perfecto.

—¿Qué es lo que sería perfecto?

—El que James te deshojara como a una flor —contestó Angie con poco tacto.

—¿Qué? —preguntó Kirby incrédula.

—Piénsalo, Kirby —comentó Rosemary—. Tú quieres perder tu virginidad, y James Nash evidentemente quiere… mmhmm… pasárselo bien mientras esté aquí. El no sabe nada de tu reputación, aunque de todos modos tampoco creo que le importara, para el caso. Quiero decir que, eso no sería una… objeción para él, por decirlo de algún modo. Es la solución perfecta para los dos.

—No es la solución perfecta —contestó Kirby indignada—. Durante estos dos años he tratado de hacer algo más que perder sencillamente mi virginidad. Mucho más.

—Así que entonces admites que lo has intentado —rió Angie.

—¡No es cierto!

—Venga, vamos, Kirby —volvió a reír Angie—. Ríndete, no puedes engañarnos. Te conocemos demasiado bien.

—Está bien —concedió Kirby al fin—, admito que durante los dos últimos años he estado… mmhmm alterando ligeramente mis conceptos sobre… la sexualidad

—Estás harta de ser la virgen de Endicott —la interrumpió Angie sonriendo.

—Estoy harta de estar sola, he estado buscando al hombre perfecto —la corrigió Kirby.

—Llámalo como quieras, en el fondo es lo mismo —comentó Angie cruzándose de brazos satisfecha.

—Pero… según parece ese hombre perfecto no existe —explicó Kirby sintiendo la frustración que la embargaba desde tiempo atrás —. Los buenos están emparejados, y los que quedan parecen buscar algo que yo no tengo. Experiencia, tal vez.

Kirby se reclinó en la silla apoyando los codos sobre la mesa y suspirando, tratando de vencer la amargura que invadía su corazón. Luego continuó:

—Hubo un tiempo en el que la virtud de una mujer se consideraba un premio, ¿sabéis? Ahora ya no. Ahora a cualquier mujer que se reserve para el matrimonio se la considera anormal. Es como un pez que se muerde la cola. ¿Cómo se supone que se puede perder la virginidad sí nadie quiere estar con una virgen? Quiero decir, ¿qué hay de malo en esperar a que aparezca un hombre especial, alguien a quien amar? ¿Es que es tan horrible? Porque, hablando en serio, no sé si voy a poder esperar mucho más. Odio esperar, me está volviendo loca. Completamente loca. Si tengo que seguir esperando mucho más creo que voy a… a… Me voy a volver absolutamente… completamente… irrevocablemente…

—¡Wow! —exclamó Rosemary—. ¡Y luego hablamos de mujeres al borde del clímax!

—Pero nadie la va a ayudar a disfrutarlo —asintió Angie—. Kirby, cariño, vas a tener que hacer algo, y rápido. De otro modo perderás la oportunidad.

—¿Pero es que no comprendes? —gritó Kirby incapaz de controlarse—. ¡Eso es exactamente lo que he tratado de hacer, perderla, pero nadie quiere ayudarme!

Entonces, cuando se dio cuenta de que todas las miradas se dirigían hacia ella y de que había confesado su más íntimo secreto a un billón de decibelios dejó caer la cabeza humillada.

—Ya te lo he dicho, esto de James Nash puede ser justo lo que necesitas —volvió a asegurar Angie.

A la mañana siguiente Kirby se despertó y se quedó en la cama con los ojos cerrados tratando de convencerse de que todo había sido un sueño. El consejo de sus amigas de que no dejara escapar a James Nash era absurdo, pensó. Acostarse con él para poder después entablar relaciones sociales más normales con los chicos de Endicott era una necedad. Completamente absurdo, se dijo. Salió de la cama y preparó café. Luego se dirigió al porche a buscar el periódico. Por desgracia el repartidor debía de haberse olvidado de ella, pensó.

Kirby miró a derecha e izquierda, despreocupada por completo de su atuendo, pero no lo encontró. Hasta que alguien tosió.

—¿Estás buscando esto?

Entonces se dio la vuelta y se encontró a james Nash sentado en el extremo opuesto del porche leyendo su periódico y bebiendo. Se llevó las manos a las caderas y preguntó:

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

James cerró el periódico y lo dejó a un lado antes de contestar:

—Cumplir con lo que de pronto se ha convertido en mi obligación. Esperarte.

—¿Por qué?

El sonrió lascivamente y Kirby se dio cuenta de que no la miraba a los ojos sino más abajo, a la altura de las piernas. Entonces recordó que iba en camisón y se ruborizó. ¿Podría algún día hablar con ese hombre con naturalidad, sin ruborizarse?, se preguntó.

—¿Que por qué? —repitió él—. Porque pensé que quizá pudiera comerte a ti para desayunar. —¿Quieres decir que pensaste que podrías desayunar conmigo?

—No —contestó James sacudiendo la cabeza despacio con la vista fija en sus piernas.

—Ya veo.

—Yo también, más de lo que esperaba. ¿Por qué no me invitas a entrar?

—¿Y por qué no me devuelves tú mi periódico? —Deberías de tener más cuidado con lo que te pones para salir por la mañana a recoger el periódico. Según la prensa hay una oleada de crímenes en el vecindario.

—¿Crímenes? —rió Kirby—. ¿En el vecindario? Estás de broma, ¿no?

James abrió el periódico por la página correspondiente y señaló el artículo:

—Aquí dice que los gángsters de Philadelphia se están trasladando a una compañía farmacéutica local.

—¡Ah, eso! —exclamó ella sin darle importancia. —¿«Ah, eso»? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? —No es tan terrible' como parece. El caso lo lleva

Angie.

—¿Angie?

—Sí, Angie Ellison, una amiga mía. Fue ella la

que escribió el artículo.

—¿Te refieres a la mujer de la que me hablaste, a la más crédula de América?

—La misma —confirmó Kirby. —¿Y dices que ella lleva el caso? —Exacto.

—Y entonces dime, ¿por qué crees que eso no me tranquiliza en absoluto?

James volvió a doblar el periódico sin mirarlo y sin apartar sus descarados ojos de las piernas de Kirby. Estaba ardiendo, se confesó ella, pero no de ira.

—Supongo que estás esperando a que te invite a entrar, ¿no?

—Por supuesto, pensé que estaba claro —contestó él levantándose y terminando la copa.

—¿De dónde ha salido eso?

—Tengo bar en el coche —explicó James con naturalidad.

—¿Y dónde está tu coche exactamente? —volvió a preguntar Kirby mirando a derecha e izquierda.

—No lo sé. Le dije a Omar que se tomara la mañana libre.

—Entonces supongo que estás aquí atrapado.

—Ah, es cierto, ni siquiera se me había ocurrido pensarlo. Estoy atrapado aquí contigo. ¿Y ahora qué voy a hacer?

Kirby sacudió la cabeza no tanto por James como por las lascivas ideas que aquella respuesta le sugería. Se le ocurrían miles de cosas que hacer los dos.

—No lo sé —mintió—, pero si me das mi periódico me arreglaré para desayunar.

—¿Te importa si… te acompaño?

Aquella pregunta era sencillamente una formalidad. En lugar de darle el periódico James lo dobló y se lo metió bajo el brazo mientras la seguía hacia la puerta. Era evidente esperaba que ella accediera, pensó jurando en silencio al comprender que estaba en lo cierto.

Kirby suspiró. Aquello era ridículo. Apenas lo conocía, y sin embargo había compartido con él mucho más de lo que hubiera compartido con ningún hombre jamás. Era una situación muy extraña, pensó.

—¿Kirby? —la llamó James haciendo un gesto para que entrara de una vez.

Kirby se rindió, tanto a James como a su creciente confusión mental. Al pasar por delante de él inhaló profundamente su fragancia empapándose de ella como si llevara tiempo sin respirar. Su olor era tan maravilloso como su aspecto, pensó. Masculino, cálido y potente. Era una combinación que la embargaba, por completo desconocida para ella.

—Iré… iré a vestirme, ¿de acuerdo?

—No, por mí no lo hagas. Así estás estupenda.

—Sí… bueno… teniendo en cuenta tu reputación no me sorprende que lo digas.

Quizá su reacción no hubiera sorprendido a Kirby, pero a James sí que le sorprendía. No el hecho de que la encontrara maravillosa en camisón, por supuesto. Era natural que fuera así teniendo en cuenta su belleza, pensó. Pero sí el que no hubiera podido pensar en

otra cosa más que en ella desde el primer momento en que la vio.

Todo el mundo sabía que él se enamoraba y se desenamoraba a la velocidad del rayo, y aunque eso no ocurriera constantemente siempre estaba dispuesto a saltar sobre una mujer. Y no era porque fuese una persona superficial e insensible, recapacitó. Aquella era simplemente su forma de relacionarse con la gente, la forma en que su círculo social hacía las cosas.

Pero Kirby Connaught lo desafiaba. A pesar de haberlo rechazado era incapaz de apartarla de su pensamiento ni un solo instante. Incluso mientras dormía ella bailaba en su imaginación como una Venus esperando el momento del amor.

Kirby estaba a su alcance en ese preciso momento, pensó James, y sin embargo se sentía impotente. Y la razón de ello era, de nuevo, algo completamente extraño en su forma de ser: con ella se sentía inseguro, no sabía ni qué decir. Su mente le gritaba que la tomara en sus brazos, que cubriera su boca en un largo beso, que deslizara aquellos tentadores tirantes del camisón por su piel y que la llevara al dormitorio, a la cama que aún conservaría su fragancia… James suspiró profundamente mientras saboreaba la idea, pero en lugar de llevarla a cabo sonrió y dijo:

—Te esperaré mientras te vistes. Luego podremos discutir sobre mis obligaciones como maestro de ceremonias.

—Sírvete un café —comentó ella antes de marcharse—, no tardaré.

James se dirigió a la cocina y observó detenidamente la casa. Era sencilla y de espacios abiertos, y producía una sensación de calma, de calidez. Exactamente igual que Kirby, pensó James.

Ella volvió a la cocina enseguida. Se había puesto un vestido amplio y suelto que no marcaba sus formas, con un estampado de flores. Le caía más allá de las rodillas y tenía miles de botones. También llevaba zapatos sin tacón y calcetines blancos. Resultaba la viva imagen de la inocencia, pensó James desilusionado.

—¿Te gustan los waffles para desayunar? —preguntó ella pasando por delante de James, que inhaló su fragancia a lavanda.

—Te preferiría a ti —murmuró él.

Kirby se dio la vuelta enfadada y contestó:

—Bueno, ya basta.

—¿Que ya basta? —repitió James sinceramente desconcertado —. ¿Qué he hecho?

—Como vamos a tener que vernos y pasar algún tiempo juntos… —continuó ella.

—¿Que vamos a tener que vernos? —repitió él indignado—.

Habla por ti.

—…quizá sea mejor que establezcamos algunas reglas desde el principio —prosiguió Kirby como si no la hubiera interrumpido.

—¿Qué clase de reglas?

Kirby respiró hondo y luego se cruzó de brazos. James frunció el ceño. Comprendía perfectamente el lenguaje del cuerpo, y no le gustaba nada lo que sugería el de ella.

—Regla número uno: la razón por la que voy a verte estos días no es para conocerte mejor en ningún sentido, sino por mi trabajo.

La voz de Kirby sonaba dulce, insegura, se dijo James. Parecía confiar poco en lo que estaba diciendo. Sin embargo no la contradeciría ni desafiaría de inmediato, pensó.

—Mi papel en el comité —continuó ella mirando al suelo— es asegurarme de que el maestro de ceremonias… tenga todo lo que necesita, de modo que no me queda más remedio que atenderte. Pero sólo estaré disponible en un sentido profesional —añadió mirándolo al fin.

—Vamos, Kirby, sabes de sobra que ésa no es la única razón por la que vas a estar conmigo. Te gusto. Disfrutas de mi compañía. Admítelo.

—Regla número dos —se apresuró a continuar Kirby ruborizándose y fingiendo que no le había oído—: como vamos a estar juntos por razones meramente profesionales espero que nuestro comportamiento sea profesional, por ambas partes.

James se mordió el labio tratando de contenerse. Por su parte, o al menos por parte de su cuerpo, que sentía incontrolable, no lo podía garantizar. Kirby esperó una respuesta, pero al ver que él no decía nada dejó vagar la mirada sin rumbo fijo. Aquello, unido a su expresión de inseguridad le hizo sospechar que no estaba en absoluto segura de semejante regla.

—Regla número tres. Yo no soy de ese tipo de mujeres a las que tú estás acostumbrado, así que ya puedes ir dejando toda esa dulce charla porque no te va a funcionar conmigo.

James abrió la boca incapaz de contenerse por más tiempo, pero Kirby levantó la palma de la mano para detenerlo.

—He vivido en Endicott toda mi vida, nunca he viajado lejos ni tengo gustos sofisticados. Para mí los placeres sencillos son los mejores. Soy una chica de una pequeña ciudad, en el mejor sentido de la palabra, y aunque me interesa tanto mantener una relación romántica como a ti… —James se ablandó ligeramente al oír eso y sonrió—… no eres en modo alguno la persona con la que yo desearía relacionarme.

Esa última frase desvaneció la sonrisa de James.

—Yo no soy como las chicas con las que sueles salir —volvió a repetir ella—. Créeme, déjalo pasar.

—Pero tienes dos cromosomas X, ¿verdad? —preguntó él escéptico.

—Sí, por supuesto —contestó ella suspicaz.

—Bien, entonces —sonrió él satisfecho—, eres del tipo de mujeres con las que suelo salir —concluyó James—. Femeninas.

—Y esas mujeres, ¿son vírgenes también? —preguntó Kirby sin poder contenerse cerrando los ojos de pronto al ver que le había revelado su secreto.

¿Cómo podía haberle dicho una cosa así a un hombre como él?, se preguntó. No sólo no era asunto suyo, sino que además lo peor que podía hacer era hablar sobre sexo con él. James exhalaba sexualidad por todos los poros, decir James Nash y decir sexo era una redundancia, reflexionó.

Aunque quizá, se dijo pensándolo con más detenimiento, revelarle su condición resultara finalmente beneficioso. Un hombre como él no podía estar interesado en una virgen, seguramente la sola idea le aterrorizara, pensó. Por desgracia, al abrir los ojos encontró una mirada atenta e interesada.

—Así que entonces es cierto —comentó James.

Kirby no estaba segura de que aquel comentario le gustara. Su tono de voz era de fascinación.

_¿Que si es cierto qué? —preguntó ella a pesar de saber perfectamente a qué se refería.

—Que nunca has experimentado… —su voz se desvaneció—… el sexo —terminó él abiertamente, con la voz más suave y dulce que Kirby jamás hubiera escuchado—. Que nunca has viajado a ese lugar tan increíble que cambia irreversiblemente a las personas…

—Pues… —Kirby tragó—… no, nunca he estado allí. Bueno… ya te he dicho que nunca he viajado lejos. Desde luego no he ido a… bueno, allí —contestó sin mirarlo.

La sonrisa de James se amplió enormemente por segunda vez.

—¡Qué… extraordinario!

Kirby no supo muy bien qué pensar de ese comentario. Antes de que pudiera responder, sin embargo, James añadió pensativo:

—Y según he oído estás deseando viajar allí, ¿no es cierto?

Kirby se lamió los labios de pronto secos. No quería mentir, pero tampoco parecer interesada.

—Pues…

—Porque ¿sabes, Kirby? Yo he estado allí muchas veces, para mí

es un territorio conocido —añadió mirándola a los ojos mientras ella sentía que se derretía—. Podría enseñarte las mejores vistas, llevarte a los mejores lugares para comer sonrió voraz—. Quiero decir, casi tengo las llaves de la ciudad.

Ah, pues…

—Una sola palabra y estás allí. Te garantizo que seré un excelente y entusiasta guía.

—Creo… creo… creo que será mejor si voy con otro… guía la primera vez —consiguió decir al fin—. Simplemente no he encontrado todavía al hombre apropiado.

—¿Y eso por qué será?, me pregunto.

—No hay muchos solteros en la ciudad —contestó ella a la defensiva.

—Pues eso no es lo que yo he oído decir —comentó James pasando a atacar en cuestión de segundos.

De modo que había estado haciendo averiguaciones en la ciudad, pensó Kirby horrorizada. Muy a su pesar, no pudo evitar preguntar:

—Y.. ¿qué es exactamente lo que has oído?

James se levantó de la banqueta en la que había estado sentado desde que ella entrara en la cocina y dejó la taza de café. Luego, con un brillo seductor en los ojos que producía estragos, se acercó a poca distancia de Kirby y, mirándola con interés, contestó:

—He oído que hay muchos solteros en Endicott, y que tú los conoces a todos —hizo una pausa para concluir—: Y he oído que ninguno de ellos te ha visto nunca desnuda, al contrario que yo, pero no porque tú no lo hayas intentado.

Kirby lo miró boquiabierta y ruborizada de la cabeza a los pies, fingiendo indignación, y James dio un paso adelante hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Su calor la rodeaba, la embargaba igual que su fragancia, su aura, todo su ser. Y entonces algo muy dentro de ella respondió a aquella proximidad de un modo primitivo. De pronto sólo deseaba acercarse y rodearlo por la nuca con los brazos, atraer su cabeza hacia ella y presionar los labios contra los de él para besarlo hasta dejarlo sin sentido. Las palabras de James, sin embargo, la detuvieron.

—En resumen, señorita Connaught —continuó él en un susurro —, he sabido, de muy buena fuente, que no eres tan dulce e inocente como la gente de Endicott parece creer.

Capítulo 5

El pulso de Kirby se aceleró. ¿Cómo que no era dulce e inocente?, se preguntó. ¿La última virgen en edad de procrear al norte del Ohio River no era inocente? Aquello desde luego constituía toda una novedad, se dijo. Si no era ni dulce ni inocente, ¿cómo era posible que tuviera tantos problemas para citarse con un hombre?, se preguntó.

—No sé de qué estás hablando —contestó con sinceridad—. Mi reputación no tiene pega.

—Bueno, eso no está en entredicho —contestó James asintiendo con una sonrisa cómplice—. Todo el mundo me ha asegurado que eres pura como la nieve. Pero hoy en día, entre la lluvia ácida y la polución, ni siquiera la nieve es completamente blanca.

—Te repito que no sé de qué estás hablando.

—En otras palabras, por el momento ningún hombre, de esta ciudad te ha tocado, pero ha habido ocasiones en las que se sabe que has tratado de… digamos seducir a algunos.

—¿Seducir? —repitió ella incrédula—. ¿Yo? Yo nunca he tratado de seducir a nadie. Ni siquiera estoy segura de saber cómo se hace.

—Créeme, Kirby, lo sabes muy bien.

—Sigo sin comprender…

—Henry Monroe —la interrumpió él cortante y con sencillez.

Otra vez, pensó Kirby. Era la segunda en dos días.

Vamos, por favor, es imposible que te hayas creído esa historia.

James asintió convencido, de modo que Kirby pensó que no serviría de nada negar lo sucedido. Sin embargo sí podía cambiar ligeramente la versión que corría por las calles de Endicott.

—Supongo que no es un secreto para nadie —concedió—. Es cierto que he intentado incitar el interés de un par de hombres de Endicott, pero no seducir —enfatizó.

—He oído decir —respondió James sonriendo ampliamente— que estuviste a punto de atraparlos en tus redes.

—Eso no es cierto —se defendió Kirby airada—. Sólo porque Henry Monroe se torciera el tobillo en una ocasión…

—Tratando de escapar.

—No estaba tratando de escapar, sólo vino a arreglarme el fregadero de la cocina y..

—Y, según mis informes, el señor Monroe aseguraba que estaba perfectamente bien.

—… y por accidente mi falda se enganchó con su caja de

herramientas y… se rasgó.

—Más bien se abrió —atacó James—. Por delante, hasta el final. A mí me parece bastante sospechoso. Suena a que tú querías que te arreglara también alguna otra cosa, ¿no crees?

Kirby apretó los puños. Aquello había sido un accidente, repitió en silencio. Desde luego había llamado a Henry con la esperanza de que, tras arreglarle el fregadero e invitarlo a cenar como muestra de agradecimiento, ocurriera algo entre los dos. Sin embargo, por desgracia, al pasarle una herramienta se le había enganchado la falda. Henry se había llevado tal susto que había salido corriendo, recordó.

—Fue un accidente —aseguró Kirby—. Podría haberle ocurrido a cualquiera.

—Un accidente, ¿eh?

—Sí, un accidente.

—¿Y qué me dices de Mark Benedict? ¿También fue un accidente?

—Ah, eso sí que de veras fue un accidente —insistió Kirby—. Vino el día que no era.

—Eso no es lo que dice él.

—¿Y cuándo has hablado tú con Mark Benedict?

—Esta mañana, al mismo tiempo que con Henry Monroe, en el Dot's Donut Hut. Omar y yo paramos a tomar café de camino aquí.

—Bueno, ¿pero es que no comprendes? Es una conspiración. Y además —añadió a la defensiva, cambiando de tema—, ¿qué estabas haciendo tú en el Dot's Donut Hut, señor don-Ídolo-Que-Huye-De-Las-Multitudes?

—¿Sabes? —contestó james ensimismado, cambiando de pronto de actitud—. Esta ciudad es extraña, nadie me ha perseguido —afirmó casi desilusionado—. Todos me reconocen, pero nadie ha tratado de hacerme nada. ¿Por qué será?

—¿Quizá porque no eres el maravilloso ídolo que crees? —sugirió Kirby encogiéndose de hombros.

—¿Cómo dices?

—¿O será que aquí somos más amables que en otros lugares?

—Sí, bueno, eso es cierto, pero no creo que sea ésa la razón.

—Quizá sea necesario algo más que una celebridad para impresionarnos.

—¿Y qué puede haber más impresionante que una celebridad? —preguntó James.

—Bueno, no lo sé. Actos heroicos, de extrema generosidad, algo así, quizá.

James pareció considerar esa respuesta durante unos minutos. Luego sacudió la cabeza, como si tratara de aclarar las ideas, y por último dijo:

—Dot's Donut Hut. No me importó entrar en un lugar público porque eran las 4 de la madrugada y pensé que estaría vacío. Imagínate la sorpresa que me llevé cuando me lo encontré lleno.

—Está cerca de la zona industrial —explicó Kirby—. El tercer turno de Peter Piper Picke Plant es numeroso.

—Dilo otra vez, tres veces seguidas y muy deprisa. Verás lo que ocurre —Kirby ignoró ese comentario—. Bueno, todo lo que sé es que los hombres que había allí parecían haber sobrevivido a tu seducción, y todos me advirtieron de que tuviera cuidado contigo.

—Apuesto a que sí.

—Y ahora hablemos del incidente con Mark Benedict, cuando vino a arreglarte el techo. Según tengo entendido saliste a abrirle la puerta en albornoz. Corto y además mojado por ciertas partes. Según parece decidiste ducharte en un momento muy conveniente.

—Acababa de salir de la ducha —explicó Kirby—, pero estaba esperando a Angie y a Rosemary, no a Mark. El tenía que haber venido el jueves, no el miércoles.

—¿Es que sueles salir a abrir la puerta en albornoz? —preguntó James mirándola suspicaz. Kirby no contestó. Sólo frunció el ceño recordando el día en que se conocieron—. Ah, es cierto. Sí que lo haces. Por eso no puedo dejar de preguntarme por qué me rechazaste ese día teniendo en cuenta lo desesperada que estás.

—No estoy desesperada —insistió Kirby—, es sólo que hay ciertos hombres a los que me gustaría conocer mejor, eso es todo.

—Y en cuanto los conozcas mejor perderás la virginidad, ¿no es eso?

—No —contestó Kirby ruborizándose—, no necesariamente.

James se quedó mirándola largamente, incapaz de comprender. Luego levantó las manos en un gesto de impotencia y preguntó:

—¿Por qué no tratas de seducirme a mí? Yo he dejado bien claro que estoy más que dispuesto a dejarme seducir —añadió apoyando las manos en la pared a los lados de la cabeza de Kirby y acercándose hasta que sus rostros casi se tocaron—. ¿Qué es exactamente lo que tienen Henry Monroe y Mark Benedict que no tenga yo, Kirby?

Kirby suspiró pesadamente. Hubiera deseado convencerlo de que no había tratado de seducir a nadie, pero era imposible, reflexionó. Durante el último par de años había intentado atraer a los pocos

solteros guapos que quedaban en Endicott. Siempre había creído que Bob cumpliría su deseo, un deseo del que aún no había perdido la esperanza, un deseo que debía de cumplirse en su ciudad, ¿pero cómo?, se preguntó.

—¿Qué es lo que tienen ellos que no tenga yo? —insistió James —. ¿Es un código secreto, algo que sólo conocéis en Endicott, es eso?

James ladeó la cabeza dejando que su cabello cayera a un lado. Por alguna razón Kirby deseó alargar la mano y tocar aquellos mechones sedosos, peinarlos con los dedos, tirar de su cabeza suavemente hacia ella. Pero se controló justo a tiempo. Lo observó y se preguntó en qué estaría pensando.

—El otro día, durante la cena, me dijiste que habías venido a Endicott para ver de cerca a Bob —dijo en un esfuerzo por acabar con el silencio que se apoderaba de los dos. James asintió—. Dijiste que eras fan de los cometas, ¿no? —de nuevo un asentimiento silencioso—. Entonces debes de conocer bien a Bob.

—Sí —contestó James al fin—, lo conozco.

—¿Y conoces el folklore local sobre el cometa, las leyendas, los mitos?

—Sí, me sé la lección.

—Entonces conocerás el mito de los deseos.

—Los ciudadanos de Endicott nacidos en el año del cometa pueden, supuestamente, pedir un deseo a Bob en su segunda visita, un deseo que se les concederá en la tercera aparición. Sí, conozco la leyenda. Es muy original.

—Y además es verdad.

—¿Te parece? —preguntó James dubitativo. ,

—Sí. Yo nací en el año del cometa.

Kirby se preguntó por qué estaría contándole todo eso a james Nash. Se trataba de sus más secretos anhelos, reflexionó. Quizá quisiera hacerle comprender lo importante que era para ella encontrar al hombre adecuado, quizá la dejara en paz cuando se diera cuenta de que el único deseo en su vida era casarse y tener hijos, pensó. Para él, indudablemente, eso sería como enterrarse vivo.

—La última vez que vino el cometa yo tenía quince años —añadió.

James la miró inquisitivo. ¿Qué podría haber deseado una mujer como ella a los quince años?, se preguntó. Trató de imaginársela de adolescente y pensó que probablemente sería muy diferente de como era en ese momento.

—¿Y le pediste un deseo a Bob?

—Sí.

—¿Qué le pediste?

—Le pedí amor de verdad —afirmó Kirby sin más preámbulos—. Un amor eterno, un amor en el que dos personas se comprometen para siempre con todo su corazón, hasta que la muerte los separe.

La reacción de James habría sido la misma si Kirby le hubiera dicho que se le estaba acercando un ogro por detrás: sorpresa, rabia, terror. Sorpresa por que una joven de tan sólo quince años planeara su boda, rabia por que hubiera desperdiciado

un deseo de un modo tan tonto, y terror por que Bob quisiera cumplirlo utilizándolo a él. Cuando finalmente consiguió articular palabra, James preguntó incrédulo:

—¿Podías pedir un deseo, y deseaste un marido e hijos?

—Sí, ¿y qué? —preguntó Kirby sin comprender su reacción.

—¿Desperdiciaste un deseo en algo como eso?

—No lo desperdicié —se defendió ella—, fue un deseo noble y…

—Kirby, ¿por qué pediste un marido e hijos, cuando de todos modos podías tenerlos si querías? ¡Por supuesto que fue un desperdicio!

—¿Y cómo iba yo a saber que de todos modos ocurriría? ¡Aún no ha ocurrido! Bob no ha cumplido mi deseo.

—Claro, porque le insultaste pidiéndole eso.

—Eso es ridículo.

—¿Ridículo? Eh, no fui yo quien malgastó una oportunidad perfecta haciendo el primo. Fuiste tú.

—Ah, ¿y qué le habrías pedido tú que lo tienes todo con solo decir, tu nombre? ¡James Nash, el hombre más deseado de América!

James no contestó. Contempló su rostro con atención, rasgo por rasgo, y finalmente dijo en voz baja:

—No tengo todo lo que quiero.

—¿Y qu… qué más podrías que… querer?

En lugar de contestar James se dio la vuelta y volvió a sentarse en la banqueta. Sentía, por alguna razón, que necesitaba alejarse de ella, pero no quería perderla de vista. Tomó la taza de café, pero en lugar de beber se quedó observándola como si fuera a encontrar en ella todas las respuestas a los grandes interrogantes de la vida. Cuando finalmente levantó la vista y miró a Kirby fingió estar de broma y trató de mostrarse seductor a pesar de no sentir deseo alguno de reír.

—Así que me estás diciendo que si fuera un chico de aquí no tendrías problemas para seducirme, ¿no es eso? Porque si se trata

de eso dame ahora mismo las páginas amarillas. En un momento me convierto en tu vecino de al lado. Literalmente.

—No es tan sencillo —contestó Kirby sacudiendo la cabeza.

—A mí sí me lo parece.

—Te lo parece porque crees que con fama y dinero puedes conseguirlo todo.

—Y es verdad.

—Quizá en el resto del mundo. Aquí, en Endicott, no —contestó Kirby sacudiendo la cabeza.

—Bueno, es cierto —se corrigió James dubitativo—. Fuera de esta ciudad a la que llamas tu hogar el mundo funciona de otra manera.

—Y ésa es exactamente la razón por la que no quiero marcharme de aquí.

—Nunca se sabe, Kirby —añadió James sonriendo con el corazón triste—. Puede que lo de fuera te gustara.

—Me gusta lo que tengo aquí, gracias.

Era curioso, pensó James. Estaba empezando a sospechar que Kirby miraba para abajo cada vez que mentía.

—¿Y por qué crees que me cuesta creerlo?

—Me has pillado —contestó Kirby mirando para abajo.

—No, aún no, pero estoy intentándolo.

—James… —suspiró ella.

No debía de saber muy bien qué decir, pensó él. Finalmente Kirby pareció decidir que era mejor volver a empezar como si nada hubiera ocurrido, porque levantó la cabeza con una mirada distante y un gesto de indiferencia. James juró en silencio, pero decidió seguir jugando. Al fin y al cabo faltaban aún unas semanas, pensó. Todavía había tiempo de que Kirby se diera cuenta de que lo que había entre ellos dos era ineludible.

—Así que… —suspiró Kirby—… nunca se sabe. ¿Te parecen bien los waffles para desayunar, sí o no?

—Estupendo. ¿Puedo ayudarte?

Kirby pareció sorprendida por el ofrecimiento, pero James se sorprendió más aún. Sin embargo no iba a echarse atrás, pensó. De repente no le importaba ayudar en la cocina mientras fuera a ella a quien ayudara. Aquello era otra novedad. Era la primera vez que preparaba un desayuno, reflexionó.

Había viajado a Endicott esperado encontrar magia, algo especial, pero siempre había pensado que esa magia provendría de Bob. El cometa era todo un espectáculo, una experiencia que sólo se repetía cada quince años, una fiesta para los ojos. Y sin embargo en

lugar del cometa era una rubia de amplios vestidos quien lo tenía encandilado, y aquello prometía, se dijo.

En sólo unos días Kirby le había hecho experimentar cosas nuevas para él. ¿Cómo iba a pagarle tanta nueva experiencia?, se preguntó. Nada más terminar de pensarlo se le ocurrió la respuesta. Quizá, sólo quizá, pudiera haber algo que él pudiera enseñarle a cambio, pensó. Apartó el rostro para que ella no pudiera ver su sonrisa y se dijo que aquello era mucho más que una mera posibilidad.

—Así que éste es el barco en el que irá el maestro de ceremonias, ¿no? —preguntó James apoyándose sobre el monstruo de cartón piedra aparcado.

Kirby había comenzado su trabajo como guía oficial enseñándole la carroza con forma de barco en la que iría sentado durante el Parallax Parade. Fuera, el Ohio River discurría pacífico hacia el sudoeste. Habían pasado cinco días desde que había accedido a ocupar el cargo, y James seguía preguntándose por qué lo habría hecho. Sobre todo teniendo en cuenta que Kirby había dejado bien claro que se mantendrían a una distancia prudencial. Era evidente que ella habría acompañado al maestro de ceremonias con más constancia y entusiasmo si hubiera sido otro, pensó. Se había estado escabullendo de sus obligaciones hasta que él la llamó e insistió en que le mostrara el debido respeto a su nombramiento. Quería que le enseñara la ciudad, y lo quería ya. La carroza, que no era sino un tractor cubierto de papeles, estaba aún sin terminar.

—¿Y qué ceremonias tengo que presidir antes del Parallax Parade?

—Bueno, ninguna hasta el sábado.

—Pero sólo faltan dos días. ¿Estás segura de que habrán terminado la carroza para entonces?

—No creo que tengan problemas.

James observó inquisitivo a Kirby. Una vez más llevaba un vestido suelto al estilo Laura Ashley con mangas grandes, flores grandes, y zapatos sin tacón. ¿Por qué insistía en ponerse esa ropa cuando tenía un cuerpo estupendo?, se preguntó. Aquello no tenía sentido, sobre todo si deseaba atraer a un soltero. Si creía que iba a conseguirlo vestida así entonces era más inocente de lo que él creía, se dijo.

—Bueno, sólo faltan dos días, así que no parece que vayamos a tener mucho tiempo para nosotros dos.

—¿Te he dicho ya que tengo una cita para comer? —se apresuró a preguntar Kirby mirando el reloj—. Y falta menos de una hora, se

me había olvidado. Voy a tener que irme si no quiero llegar tarde. Podemos ver la ciudad otro día, ¿te parece?

James estuvo a punto de decirle que las nueve de la mañana era un poco pronto para comer, pero entonces alguien abrió la puerta del hangar y los dos se volvieron. Un hombre alto y rubio entró. Aquello no interesó en lo más mínimo a james, que volvió a fijarse en Kirby. Ella, en cambio, sí parecía muy interesada. Incluso se había ruborizado, observó.

—Hola, Teddy —saludó Kirby con una leve sonrisa.

James se volvió justo a tiempo para ver la sorpresa del otro hombre que, al ver a Kirby de pie, sonrió.

—Hola, Kirby. La barca está quedando muy bien, ¿verdad?

Kirby asintió sin apartar la vista de Teddy. Algo en el interior de James se enervó al ver que ella se ruborizaba por segunda vez. Bueno, se dijo, el chico no estaba mal si a uno le gustaban los tipos nórdicos.

—Pues… —comenzó a decir Kirby tartamudeando. Entonces pareció recordar la presencia de James y añadió—: James, éste es Teddy Gundersen. Está en el comité. Teddy, éste es James Nash.

—Señor Gunderseri —lo saludó.

Ah, el maestro de ceremonias —asintió Teddy—. Encantado de conocerlo —dijo dirigiéndose luego a Kirby—. Así que, ¿qué te parece la barca?

Kirby se recogió nerviosa un precioso mechón de pelo por detrás de la oreja, y James sintió el deseo de volver a ponerlo en su lugar, cayendo como una cascada sobre sus hombros. En lugar de ello, en cambio, esperó a ver qué ocurría.

—Habéis hecho un trabajo magnífico —dijo Kirby.

—Sí, está quedando bien. Lo tendremos para mañana sin problemas.

—Me gustaría hacer algo para mostrarte mi gratitud —añadió Kirby nerviosa.

—No es necesario, nos lo hemos pasado muy bien. Los chicos han estado estupendos.

—No —contestó Kirby mirándolo con ansiedad—, me refiero a que me gustaría hacer algo para mostrarte mi gratitud a ti —insistió.

—No hace falta, Kirb —dijo Teddy encogiéndose de hombros—. Como ya te he dicho, todos hemos…

—No —lo interrumpió ella—. Yo quiero mostrarte mi gratitud a ti, no a los chicos. A ti.

—Pero si ellos…

—¿Qué te parece si te invito a cenar a mi casa? ¿La semana que viene? —preguntó Kirby.

James estuvo a punto de aplaudir cuando por fin Teddy comprendió. Su mirada de asombro fue toda una recompensa para James.

—Ah, comprendo. Pues… gracias, Kirb, pero… creo que… no es necesario.

—Pero a mí me gustaría hacer algo para demostrarte lo agradecida que estoy. Puedo hacer la cena, y tú podrías…

—¡No, a cenar no! —insistió Teddy dando un paso atrás.

—Pero…

—¡No! —gritó—. De verdad, no tienes por qué. —Pero Teddy…

—Tengo… tengo que irme.

Y sin más explicaciones el señor Gundersen se marchó. Durante unos instantes James y Kirby se quedaron callados. Luego él pensó que no podía dejar escapar la ocasión.

—¿Sabes? Tu técnica podría mejorar mucho. —¿Mi técnica? —repitió Kirby ausente, mirando la puerta.

—Sí, tu técnica de seducción —explicó James—. En otras palabras, es desastrosa.

—No sé de qué estás hablando —contestó Kirby volviéndose hacia él al fin.

—Nunca atraerás a ningún hombre de ese modo. Es un error.

—No estaba poniendo en práctica mi técnica con Teddy, como tú la llamas. Ni con ningún otro hombre de la ciudad, para el caso.

—Venga, vamos, Kirby —bromeó—. Te he visto, he oído los rumores, y tú misma me has confesado una serie de hechos sórdidos.

—¿Cómo te atreves a decir una cosa así? —preguntó Kirby indignada.

—Oh, lo siento —dijo James sin el menor asomo de disculpa en su tono de voz—. No pretendía sugerir nada, sólo trataba de ser franco.

Kirby le lanzó una mirada airada. James no supo muy bien qué le había impulsado a hablar de ese modo, sólo sabía que se sentía muy perturbado al verla tan encantadora con Teddy mientras a él lo mantenía a distancia.

—Ah, y supongo que tú eres un experto en ese tema —comentó Kirby.

—Pues sí, la verdad.

—¿Has conquistado a muchos hombres?

—No, pero sí mes lean conquistado en muchas ocasiones. Y te garantizo que las mujeres que lo hicieron eran mejores cazadoras que tú.

Estupendo, se dijo Kirby. Aquello era justo lo que necesitaba. Primero Teddy salía huyendo, y luego James Nash, un playboy, un libertino capaz de estar con cualquier mujer, le daba lecciones, pensó indignada.

—Podría darte unos cuantos consejos, ¿sabes? —añadió James.

—¿Y quién te ha dicho que los necesito? —preguntó ella petulante.

—Bueno, si quieres podemos probar en el Peter Piper Pickle Plant.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que todos esos hombres a los que has tratado de seducir…

—¡Te he dicho que no he tratado de seducir a nadie! —insistió Kirby.

—Seguro que ellos podrían enseñarte algo —terminó James—. Sin embargo, como todos salen huyendo nada más 'verte, parece que vas a tener que confiar en mí.

Kirby se sintió arder de rabia al ver la sonrisa burlona de James.

—Así que crees que puedes ayudarme —repitió tratando de convencerse a sí misma de que aquello no le interesaba.

—Sé que puedo ayudarte.

—No sabía que tuviera ninguna técnica.

—Pues créeme, después de ver esa escena con el señor Gundersen te garantizo que sí —hizo una pausa para añadir después —: Y no es nada buena.

—Disculpa, pero no creo que… —comenzó a decir Kirby indignada.

—Por suerte para ti, sin embargo —la interrumpió—, tienes a tu disposición a alguien que puede ayudarte a perfeccionarte.

—Estoy intentando decirte que no tengo…

—Pero lo primero de todo tienes que quitarte ese vestido.

Capítulo 6

—¿Qué? —preguntó Kirby atónita.

—Sí —continuó James sin prestarle atención—, ese vestido tiene que desaparecer. Y como decía siempre mi padre, cuanto antes mejor.

Kirby se quedó mirándolo sin comprender. ¿Qué significaba eso de que se quitara el vestido? ¿Y por qué? Bueno, se dijo, conocía muy bien la razón, él la había dejado bien clara días atrás.

—No, aquí no, ahora no —añadió James leyéndole el pensamiento y riendo—. Vamos, te lo enseñaré.

De pronto estaba sentada en el asiento de atrás del RollsRoyce . James presionó un botón y comenzó a sonar uno de los conciertos de Brandenburgo. Luego una mampara los separó del conductor. Vestido con una camisa sin cuello y un pantalón de color azul zafiro James estaba más guapo de lo que nunca lo hubiera estado, pensó. Y además la observaba con mucho interés. Con demasiado interés. De pronto se sentía como si fuera una estrella de Hollywood recién descubierta a la que un productor iba a lanzar a la fama después, naturalmente, de pasar por el sofá.

—Sí, ese vestido tiene que desaparecer —insistió James escrutando su cuerpo de arriba abajo.

—No lo creo —contestó Kirby llevándose la mano instintivamente al cuello—. Es uno de mis favoritos.

—No comprendo por qué.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada si tienes seis años y vas a la iglesia, pero tú eres una mujer, Kirby, y se supone que estás tratando de atraer a un hombre. Lo estás haciendo exactamente al revés.

—Bien, escucha —contestó ella—. Supongo que no sirve de nada tratar de convencerte, sobre todo después de haberte revelado el deseo que le pedí a Bob. Es cierto que quiero un hombre, pero no tal y como tú crees. En una relación hay mucho más aparte del sexo. Quizá sí, quizá no —comentó James con una expresión inescrutable—. Pero el hecho es que para tener una relación como la que tú deseas, digamos marital, el sexo es importante. No sé qué te contó tu madre sobre la vida, pero si quieres tener hijos…

—Sé de dónde vienen los niños.

—¿En serio? Fantástico. Eso facilita mucho las cosas.

—¿Qué cosas?

Nada más terminar de hacer esa pregunta Kirby se arrepintió. Había algo en los ojos de James que resultaba… demasiado calculador, pensó. James se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y juntó los dedos de ambas manos.

—Kirby, cariño —dijo volviendo la cabeza hacia ella—, vamos a conseguirte a un hombre. Uno que al menos parezca que va a amarte toda la vida, si es eso lo que quieres. Uno que se siente en el porche contigo a envejecer —añadió tragando como si le costara decir aquello—. Aunque no termino de comprender por qué deseas algo así.

Kirby ignoró la última parte de su comentario y preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que parezca que va a amarme toda la vida?

—Bueno, no estabas hablando en serio cuando dijiste que querías un amor eterno, ¿no? —rió.

—Por supuesto que hablaba en serio. ¿Por qué no iba a hacerlo? Se trata de algo muy serio.

—Porque eso no existe —contestó James volviendo a reír.

—Claro que existe —insistió Kirby.

—Pues yo no lo he visto nunca.

—No me sorprende considerando el tipo de gente de la que te rodeas. Te aseguro, señor Nash, que esa emoción existe de veras, y que la gente normal la experimenta al menos una vez en la vida.

—Presta atención a tus propias palabras. ¿Has dicho que la gente lo experimenta al menos una vez en la vida? Eso no tiene sentido. Si durara para siempre entonces la gente nunca lo experimentaría más de una vez, ¿no crees?

—No es eso lo que he querido decir.

—Entonces, por favor, explícate.

Kirby bajó la cabeza y la hundió en el regazo. En el dedo índice de la mano derecha llevaba un anillo de compromiso, el que su padre le había regalado a su madre treinta y cinco años atrás. Estaba convencida de que si hubieran vivido más tiempo ambos habrían seguido amándose hasta la vejez. Igual que los padres de Angie, igual que los padres de toda la gente de Endicott, pensó.

En Endicott la gente se enamoraba para siempre, el amor era algo muy serio, reflexionó. Nadie debería de tomárselo a la ligera. Sin embargo, se dijo, para gente como James, enamorarse y desenamorarse era una forma de pasar el tiempo como otra cualquiera.

—Simplemente quiero decir que todos tenemos una gran pasión en nuestra vida, a pesar de que quizá luego no vivamos de acuerdo

con ella. Todos tenemos alguien al que sabemos que nunca olvidaremos, alguien cuyo rostro reaparece desde lo más profundo de los sueños para asaltarnos cuando menos lo esperamos, alguien cuya voz, cuya fragancia… cuya sensación recordamos una y otra vez en sueños a lo largo del tiempo manteniéndonos despiertos.

Kirby miró para arriba buscando los ojos de James, pero no consiguió descifrar ni su mirada ni su expresión, de modo que continuó:

—Quizá no sea con la persona con la que nos casamos, ni tampoco la persona con la que envejecemos, pero a pesar de todo está ahí. Es un amor eterno, alguien a quien no se puede olvidar. Y a todo el mundo le ocurre eso en algún momento de su vida. —Pues a mí no me ha ocurrido —respondió James seguro y con rapidez.

—Aún no —contestó Kirby con una sonrisa triste. —Y nunca me ocurrirá —añadió él sacudiendo la cabeza resuelto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Porque eso no existe. —¿Cómo lo sabes? —Lo sé.

—Sí —insistió Kirby—, pero ¿cómo?

—Simplemente lo sé —respondió James, cuya sonrisa se había desvanecido de pronto—. Pero estábamos hablando de ti.

—Tú estabas hablando de mí —lo corrigió Kirby—, yo no sé de qué estabas hablando.

—Te lo he dicho. Vamos a conseguirte un hombre, y si no te lo proporciona Bob lo tendremos que hacer nosotros.

—¿Nosotros? ¿Y porqué nosotros?

—Porque Kirby, esto no lo puedes hacer sin mí. Yo voy a proporcionarte el ingrediente que te falta para asegurar el éxito de esta empresa.

—No estoy muy segura de que sea una buena idea —contestó Kirby sin preguntar a qué ingrediente se refería.

—Por supuesto que es una buena idea, confía en mí. Y ahora dime, ¿dónde te compras la ropa?

—En una pequeña boutique de la ciudad que se llama Rose's Romantic Reminiscences —respondió

Kirby suspicaz.

—Bien —contestó James presionando un botón a su izquierda—. ¿Omar?

—¿Sí, señor Nash?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —suspiró pesadamente—. Por favor, ¿quieres llamarme James? —Lo que usted diga, señor Nash.

James hizo un gesto de cansancio con los ojos y luego añadió:

—Omar, si ves una tienda que se llama Rose's Romantic Reminiscences aprieta el acelerador, ¿de acuerdo?

—Sí, señor Nash.

—James, mi nombre es James. —Sí, señor Nash.

Y ahora dime —continuó James soltando el botón del intercomunicador—, ¿dónde se compran la ropa las universitarias de esta ciudad?

Kirby estuvo tentada de decirle que no tenía ni idea, pero por desgracia lo sabía muy bien. Todas las mujeres se compraban la ropa en una tienda justo enfrente de su oficina, y como ella nunca tenía trabajo que hacer las veía por la ventana y se maravillaba de las cosas que se ponían.

—En un lugar llamado Wild Life —contestó al fin reacia— . Está en la esquina de la Tercera con Main. James volvió a presionar el botón del intercomunicador y le indicó al chofer la dirección.

—Sí, señor Nash.

—James —le corrigió—. James. —Sí, señor.

—Olvídate del tour por la ciudad —comentó él mirando a Kirby —. Hoy vamos de compras. Necesitamos unos cuantos anzuelos para poner la trampa.

James, de verdad que no me parece una buena idea.

James observó con suma atención la nueva imagen de «Kirby Rompecorazones Connaught», de pie en medio de la tienda, y pensó que tenía toda la razón. Aunque, por supuesto, las razones de ambos para pensarlo eran por completo diferentes. Kirby probablemente no se sintiera cómoda con aquella minifalda roja y aquel top ajustado, reflexionó. Y desde luego le costaría acostumbrarse a las sandalias de tacón y a los pendientes a juego.

Él tampoco estaba muy a gusto con la nueva imagen de Kirby. Mientras la observaba, partes de su cuerpo en las que no se le había ocurrido pensar comenzaron a tensarse y a excitarse. Resultaba todo un shock comprender que una mujer podía llegar a ser mucho más sexy vestida que desnuda. La imagen de Kirby sobre la tumbona palidecía en comparación con la de Kirby vestida de vampiresa.

—Bueno, no sé —contestó James evasivo llevándose una mano a la frente como para tomarse la temperatura—. No es una idea tan mala.

Kirby cruzó los brazos sobre el pecho en un inútil esfuerzo por cubrirse y contestó:

—Pero yo nunca he llevado este tipo de ropa —objetó—. Si hasta mi lencería es más generosa que esto —se ruborizó—. Es decir, lo era. La ropa interior que me has hecho comprar hoy…

James tragó, se esforzó por apartar los ojos de sus pechos y trató de pensar en algo diferente.

—Eso… —se aclaró la garganta—… eso es lo más importante, Kirby, es la razón por la que nunca has cazado un marido.

¡Venga, vamos! No puedes estar hablando en serio. Es imposible que no tenga marido sólo por culpa de la ropa. Ningún hombre es tan superficial, ni siquiera tú —señaló Kirby.

—Te aseguro que yo puedo ser muy superficial, pero tienes razón. Para atraer a un hombre hace falta algo más que una minifalda, aunque lo cierto es que el vestuario encabeza la lista de los requisitos que debe cumplir una mujer para cualquier americano de sangre caliente.

—Estás tan alejado de la realidad —comentó Kirby desilusionada.

—¿Que estoy alejado de la realidad? Disculpa, no soy yo el que se crió en Endicott, Indiana.

—No, desde luego —contestó Kirby apresurándose a cambiar de tema—. Todavía no puedo creer que me dejara convencer para hacer esto.

Lo cierto era que James tampoco acababa de creérselo.

—Me dejaste que te convenciera porque sabes muy bien que tus esfuerzos por conseguir un marido han resultado un fracaso. Con cometa o sin él —aseguró James—, yo soy lo único que tienes en este momento. Así que, ¿qué vamos a hacer esta noche?

Kirby cerró los ojos sorprendida por el giro que había tomado la conversación.

—Habla por ti, yo me voy a casa a quitarme esta ridícula ropa.

—Eso me parece perfecto —contestó James comenzando a desabrocharse los botones de la camisa—. Pensaba dejar esa lección para más tarde, pero si estás tan ansiosa por recibir tus clases no voy a ser yo quien…

—¡No! —gritó Kirby viendo lo que estaba haciendo—. No me refería a que tú te quitaras la ropa también. Sólo yo.

—Bueno, ¿y dónde está la gracia en eso? —preguntó James suspirando desilusionado.

James, estoy hablando en serio. Si no te abrochas ahora mismo la camisa…

—Al menos me vuelves a llamar por mi nombre de pila —la interrumpió él sin obedecer. De pronto sentía un inmenso calor—. Quizá te quede todavía alguna esperanza.

En lugar de responder Kirby volvió a cruzarse de brazos, y en consecuencia James volvió a quedarse mirando las curvas de su

pecho. Al menos no había abandonado la habitación, pensó. Dudaba de si no lo hacía porque estaba interesada en llevar a cabo el plan o porque tenía miedo de que él la siguiera. De cualquier modo, pensó, aquello la mantenía cerca de él.

—Y ahora, dime —comentó lamiéndose los labios de pronto secos—, ¿cuál es el mejor lugar para contactar con hombres solteros?

—¿La biblioteca? —contestó Kirby tras un rato de vacilación.

James cerró los ojos y sacudió la cabeza en un gesto de desesperación.

—¿La iglesia? —volvió a sugerir Kirby.

—No, desde luego que no. Inténtalo otra vez. —¿La frutería?

—No.

James abrió los ojos al fin. Kirby estaba mordiéndose el labio inferior, tratando de concentrarse.

—Sí, ya sé. Todos los meses, en la noche del segundo miércoles, hay un espectáculo en Peterson Booksellers.

—No, piensa —volvió a rogar James suspirando.

—Supongo que tienes razón, no estamos en el segundo miércoles del mes —comentó Kirby demostrando su ignorancia.

—Bares, Kirby, bares —sugirió James apiadándose de ella—. Los bares son los mejores lugares para contactar con hombres.

—Ah, no —afirmó Kirby—, de ningún modo. ¿Por qué iba a ir yo a un bar a contactar con hombres? Yo no bebo.

James recordó la botella de champán que le había robado, pero no la mencionó. En lugar de ello insistió:

—No, en serio, Kirby. Los bares son el sitio mejor, de verdad.

—¿En serio? —preguntó ella poco convencida.

—En serio.

—Bueno, no lo sabía.

James se preguntó si estaría soñando. Aquello comenzaba a ser algo habitual cuando estaba con Kirby, pensó. Supuestamente ella tenía amigas pero, ¿cómo era posible que la hubieran mantenido en tal ignorancia sobre la vida?, se preguntó. Entonces reflexionó. Si esas amigas se habían criado en Endicott era probable que fueran igual de inocentes.

—Bien, entonces, ¿sabes de algún bar al que vayan los hombres solteros?

—Bueno, vamos a ver… Bares, bares, bares… —Kirby se quedó pensativa presionando el dedo índice contra los labios, emborronándose el carmín.

—Kirby… —la llamó James—. Te estás corriendo la pintura de

labios.

—Vaya, lo siento —se disculpó retirando la mano de inmediato —. Es que no estoy acostumbrada —añadió tratando de reparar el daño y estropeándolo aún más.

James se levantó y sacó un pañuelo del bolsillo cruzando la habitación hasta donde estaba ella.

—A ver, déjame a mí —se ofreció.

Era mejor borrar los restos de carmín para volver a pintarle los labios de nuevo, pensó James restregándole la boca con el pañuelo. Sin embargo al terminar y ver sus labios desnudos, ligeramente abiertos, y tan de cerca, algo ocurrió en su interior. Algo que nunca antes había experimentado, un deseo incontrolable, absolutamente incontrolable. Nunca en toda su vida había perdido el control. Nunca hasta ese momento, reflexionó. Hasta ver a Kirby de pie, lista para ser raptada, con los ojos llenos de confianza, de deseo, de anhelo… y de algo más que no se atrevió a identificar. Y antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo inclinó la cabeza y presionó los labios contra los de ella.

Sólo un beso rápido, se prometió a sí mismo. Sólo eso le robaría. Necesitaba saciar su curiosidad, saber cómo sabía, sentirla. Y, fiel a su palabra, James sólo rozó aquellos labios abiertos delicadamente, con dulzura. Kirby era como una cucharada de azúcar, pensó vagamente mientras se apartaba. Pero él podría perfectamente hacerse adicto a ella, reflexionó. Se detuvo unos instantes antes de apartarse por completo, atraído por la forma en que el aliento de Kirby se mezclaba con el suyo, por la forma en que su respiración parecía acelerarse de pronto al compás de la suya.

Bueno, se concedió, dos besos. Uno más no iba a hacerle daño, pensó.

Entonces dio un paso adelante, curvó los dedos bajo su barbilla y levantó su rostro echándolo hacia atrás. Sus miradas se encontraron, los ojos azules de Kirby se volvieron sugerentes, profundos. De pronto James sintió que nunca volvería a recuperar el control. Ninguno de los dos habló mientras él inclinaba de nuevo la cabeza hacia ella. Cuando por fin la besó James en realidad la poseyó. Extendió la mano libre por su nuca, se abalanzó sobre ella, presionó su espalda para atraerla hacia sí y la tomó Magia. Eso fue lo que sintió James cuando besó a Kirby por segunda vez. Una sensación cálida, mareante e incoherente lo recorrió, como una nube cargada de electricidad. Y, una vez que había comenzado a besarla, James se dio cuenta de que no podía parar. La agarró de la barbilla y, metiendo los dedos por entre los mechones de su pelo,

levantó su rostro para profundizar en el beso.

Entonces notó vagamente que Kirby no hacía nada para detenerlo, que se unía a sus deseos. Vagamente sintió arder una zona erógena jamás visitada antes. La boca de Kirby era cálida, maravillosa, se mostraba deseosa, así que, ¿qué podía hacer?, se preguntó. Volver a besarla. Una y otra vez. Y otra, y otra…

Mientras la besaba dio un paso adelante juntando los cuerpos de ambos. Deslizó la mano con la que había estado acariciándole el pelo y abrazó su estrecha y adorable espalda. Kirby era tan… dulce, pensó. Y tan… suave. Y su fragancia era tan… sexy. Lo único que podía hacer era dejarse caer cada vez más en la profunda oscuridad de sus sentidos, vagar ciego por aquella parte de sí mismo que jamás había visitado.

Incandescencia, eso fue lo que sintió con Kirby en sus brazos. Sus cuerpos parecieron derretirse juntos, fusionarse en uno solo, unirse en un solo ser. Bajo sus dedos, el hombro desnudo de Kirby quemaba al contacto. James se preguntó si toda ella estaría ardiendo, así que bajó suavemente la mano por la espalda hasta encontrar el borde de la falda y tocar su carne desnuda para descubrirlo.

Sí, pensó. Allí también estaba ardiendo. Desplegó la mano por la suave piel buscando con el pulgar por el borde de la falda e introduciendo el dedo meñique en la cinturilla. Luego la atrajo más hacia sí y 2brió las piernas para presionarla firmemente contra él.

Uno de los dos gimió ante aquel contacto, pero James no estaba seguro de quién. Ninguno de los dos trató de parar aquella reacción química que amenazaba con quemarlos a ambos. James sintió que Kirby le acariciaba el pelo. Al principio con miedo, luego con insistencia, posesivamente. Acarició su piel desde la espalda hasta el cuello y luego dejó que sus labios siguieran ese rastro trazado con los dedos. Saboreó la espalda y la columna y luego abrió la boca para besar sus hombros.

—¡Oh, James! —susurró Kirby dejando caer la cabeza hacia abajo.

Entonces James aprovechó la ocasión para probar de nuevo su nuca mientras bajaba las manos hasta las cadera, atrayéndola hacia sí para continuar con la exploración. Al ver que ella seguía sin protestar James se envalentonó y deslizó las manos por la delicada curva de su trasero, abrazándolo con las palmas y presionándola con insistencia contra sí.

—¡Oh, James…! —volvió ella a repetir sin aliento.

James la hizo fijarse entonces en su vientre, contra el que tenía

que notar su sexo excitado a pesar de su inocencia. Esperó a ver si Kirby se sorprendía o se apartaba suponiendo que se sentiría sobrecogida, pero ella sólo se movió ligeramente a un lado y a otro como tratando de acomodarlo.

Aquella delicada fricción estuvo a punto de hacerlo estallar.

Tenía que retroceder, se dijo James en silencio. Sabía que con Kirby tenía que ir despacio, pero cada uno de sus instintos clamaba por terminar aquel erótico encuentro sin perder un instante, aprovechando la oportunidad que ella le ofrecía. Entonces recordó que ella nunca se había ofrecido a sí misma de ese modo, y pensó que posiblemente ni siquiera supiera lo que estaba haciendo. Enterró el rostro en la suave piel de su nuca y trató de calmarse.

La fragancia de Kirby estuvo a punto de saturarlo. Sólo una mujer como ella podía oler tan dulcemente a lavanda. Llenó los pulmones con su sabor, conteniendo el aliento en un esfuerzo por retenerlo en su memoria para siempre. Luego, medio mareado, la soltó a su pesar, seguro de que recordaría esos instantes para siempre.

Pero de pronto aquel pensamiento se desvaneció, porque Kirby lo rodeó por la nuca mientras ponía la otra mano sobre su pecho y extendía los dedos sobre su corazón acelerado. Era una caricia inocente, sincera, y tan increíblemente sugerente que tuvo que gemir de placer. No recordaba haberse sentido así con nadie, estaba atónito y aterrorizado.

—Kirby —susurró en voz baja y con miedo, suponiendo que si decía su nombre se rompería la magia.

—¿Hmm?… —murmuró ella con una mezcla de deseo y necesidad.

—Yo… uh…

James inhaló con fuerza y dejó escapar el aire antes de contestar. Luego se puso recto para poner la frente contra la de ella, y durante unos largos instantes sólo fue capaz de quedarse quieto, de abrazarla dejando las manos lánguidamente sobre su cuerpo, de gozar de su proximidad. Cerró los ojos, acarició su suave piel y la atrajo hacia sí.

—Oh… —murmuró ella de nuevo, en un susurro apenas audible.

Después, exactamente igual que la primera vez, ella respondió instintivamente con un movimiento de su cuerpo que sugería un contacto mucho más íntimo.

—Como ya te he dicho antes… —dijo James tratando de separarse de nuevo mientras una ola de calor lo invadía—… yo había planeado dejar esta lección para más tarde, pero si insistes en

saltarte las otras…

Aquellas palabras pronunciadas en voz baja y dulce fueron como un jarro de agua fría para Kirby. El deseo desapareció de sus ojos de inmediato. Los abrió y James pudo ver la ira y la traición reflejadas en sus profundidades. Los dedos que habían estado acariciando su pecho se tensaron y cerraron. Kirby sólo dejó los puños apoyados contra su torso unos instantes, pero enseguida lo empujó apartándolo de sí. James no deseaba que se alejase, de modo que se mantuvo firme y la agarró por las muñecas para atraerla hacia sí.

—James, suéltame —siseó Kirby.

Por un momento, por unos salvajes instantes James pensó sinceramente en la posibilidad de ignorar aquel ruego y saciar su hambre. Hasta ese punto de locura había llegado por ella, pensó. Luego, tras recapacitar, la soltó.

—Lo siento —se excusó sin lamentarlo en absoluto—. Debería de haberme dado cuenta de que esa lección era demasiado avanzada para ti.

Nada más soltarla Kirby se llevó la mano a la boca.

—Creo que… que necesito otro profesor —musitó—. Esa lección ha sido…

—¿Ha sido qué? —preguntó James en voz baja, conteniendo el aliento.

Kirby, no obstante, sacudió la cabeza y no respondió. James trató de sonreír, pero se sentía demasiado débil. No quería pensar en Kirby aprendiendo precisamente aquella lección de manos de otro profesor, al menos en ese momento. Fingió que no le importaba y volvió a asumir el papel de playboy.

—Bueno, entonces la aplazaremos para otro día, aún quedan cosas que hacer.

—Ya te he dicho que esa idea no me parece buena —insistió ella con los ojos llenos de confusión—. Creo que he cambiado de opinión.

James tragó. Le daba pánico pensar que ella pudiera rechazar su ofrecimiento con tanta facilidad.

—Me necesitas, Kirby. Necesitas mi ayuda, y lo sabes muy bien.

—Tu «ayuda», como tú la llamas, es lo último que necesito. Estaba perfectamente bien hasta que viniste tú.

—¿En serio?

Kirby no contestó. Sólo sostuvo su mirada en silencio. James volvió a respirar hondo, esperó hasta notar que su corazón se calmaba y añadió:

—¿Y si te prometo que nunca más volverá a suceder?

—No sé si debo de confiar en ti.

—¿Y no será más bien que en quien no confías es en ti? —volvió a preguntar él, incapaz de contenerse. Kirby no respondió, sólo sostuvo su mirada. James se calmó—. Escucha, puede que yo no sea muy bueno, Kirby, pero te aseguro que sé cumplir mi palabra. Y desde luego no soy de los que obligan a una mujer a hacer lo que no desean. Te prometo que nunca volverá á suceder. A menos que tú lo quieras —añadió tras unos instantes de vacilación.

—Bueno, es bastante seguro que no voy a querer.

—Perfecto. Si tú lo decides así se hará. Mientras tanto tenemos cosas que hacer si queremos que algún incauto caiga en tus redes.

Por un momento James pensó que Kirby iba a cambiar de opinión. Permanecía inmóvil y en silencio, como si estuviera tratando de prever cada paso que aquella empresa les iba a obligar a dar. Era una suerte, pensó. No sabía bien dónde iban a acabar a pesar de haber sido él quien lo hubiera planeado todo. Finalmente, cuando creyó que Kirby no iba a decir nada más, ella preguntó:

—¿Qué clase de cosas?

James decidió entonces que, una vez que habían transformado su vestuario, el mayor obstáculo a superar era su reputación.

—Tu reputación, por ejemplo.

—¿Mi reputación? —repitió Kirby confusa y ruborizada.

—Sí, por desgracia no tiene mancha en esta ciudad.

—Lo sé —sonrió insegura—, me ha costado mucho mantenerla. ¿Y qué?

—Pues que tendremos que hacer algo al respecto, ¿no crees?

—Algo… ¿como qué?

—Kirby, me temo que tendremos que arruinarla.

Kirby pareció asustarse, pero no dijo nada. James se inclinó hacia ella como si su cuerpo le obligara a hacerlo instintivamente.

—La razón por la que los hombres no se interesan por ti no es que no seas atractiva —afirmó.

—¿Tú crees? —preguntó Kirby con el rostro ligeramente iluminado.

—No , confía en mí. Eres atractiva, te lo aseguro. Es tu reputación inmaculada lo que mantiene a los hombres alejados. Ningún hombre desea ser el responsable de deshojar por primera vez una flor.

Bueno, casi ninguno, reflexionó James en silencio. Él, en cambio, lo encontraba… explosivo, suspiró. Y tremendamente excitante.

—¿Y entonces qué vamos a hacer? —preguntó Kirby sacándolo

de sus ilícitos pensamientos.

—¿Qué?

—Sobre mi reputación —le recordó—. Has dicho que es demasiado pura.

—Sí, alguien tendrá que hacer algo para arruinarla, y ese alguien voy a ser yo —añadió sonriendo amplia y maliciosamente.

Capítulo 7

Kirby no se preocupó demasiado por la forma en que la miraba James. Lo hacía como si fuera el gato más travieso de los tejados y ella una gatita de angora olvidada fuera de casa en un día de lluvia, pensó.

—Así que… arruinar mi reputación… —se ruborizó—. ¿Era eso lo que tratabas de hacer hace un momento?

—Sí, bueno —contestó James dando unos pasos hacia adelante —, pero el resultado no ha sido muy concluyente, ¿no crees? Además no lo hemos hecho en público. De ahora en adelante se impone hacer demostraciones públicas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella sin comprender.

—Quiero decir que si tenemos que arruinar tu reputación, y créeme, Kirby, lo vamos a hacer bien, entonces tendremos que asegurarnos de que todos los hombres de Endicott se enteran de que la inmaculada flor conocida con el nombre de Kirby Connaught ha sido finalmente deshojada.

En aquella ocasión en lugar de ruborizarse Kirby se puso pálida.

—¿Pero vas a… deshojarme?

—No a menos que tú lo quieras —sonrió James—. Ni a menos que tú me lo pidas por favor. En realidad lo que queremos es que los hombres de Endicott lo crean, que crean que ha ocurrido de verdad, y cuantas más veces mejor. En cuanto piensen que alguien ha hecho el trabajo sucio, con perdón, se pondrán en fila para participar en la acción.

—¿Tú crees?

—Te lo aseguro, es típico de los hombres.

—Pero esa forma de hablar… da la sensación de que los hombres son… rastreros, demasiado fáciles.

—Bueno, si eres su tipo…

—No sé… —contestó Kirby dubitativa.

Cada vez le gustaba menos el giro que iba tomando la conversación. De pronto la idea de seducir a un hombre de su propia ciudad le parecía menos atractiva que al principio, antes de que James se involucrara en ello. Kirby trató de convencerse de que la única causa de todo ello era la rastrera y animal imagen que él le estaba pintando de los hombres. ¿Quería realmente mantener relaciones íntimas con semejante especie?, se preguntó. Lo que una vez había sido su más ardiente deseo de pronto dejaba de serlo.

—¿De verdad crees que es absolutamente necesario arruinar mi reputación?

—Es esencial —asintió James.

—Pues… no sé…

James pensaba básicamente lo mismo que Angie y Rosemary, reflexionó, pero a pesar de todo necesitaba tiempo antes de contestar. ¿Qué era lo que acababa de ocurrir entre ellos dos?, se preguntó. El se había acercado para borrarle la pintura de labios, y de pronto ambos habían comprado un billete de ida hacia la mágica tierra de Erótica. Nunca había tenido una experiencia así, se dijo, nunca hubiera imaginado el calor, la pasión, el deseo que un cuerpo y un cerebro humano podían generar con sólo un ligero contacto. Aquello había sido como una explosión, recapacitó, y si ése era el resultado de un par de besos, ¿qué ocurriría si…? De pronto Kirby necesitaba desesperadamente averiguarlo.

—La elección es tuya, Kirby —escuchó a James.

Kirby se volvió hacia él. James había sido una persona fácil de interpretar hasta ese momento, se dijo. No había ocultado sus opiniones, sus pensamientos. Le había dicho con claridad qué deseaba exactamente en cada momento. En esos instantes, en cambio, su expresión era indescifrable, su rostro no revelaba nada.

¿Tenían razón Angie y Rosemary cuando le dijeron exactamente lo mismo que le estaba diciendo James? ¿Sería posible que su reputación fuera la causa de que no atrajera a ningún hombre?, se preguntó. Si los tres habían llegado a la misma conclusión debía de serlo, pensó.

—¿Qué decides, Kirby?

Aquella pregunta la sacó de su ensimismamiento, pero seguía sin saber qué responder. Miró a james en silencio y se sintió más confusa por momentos.

—Si quieres seguir siendo la virgen de Endicott durante el resto de tu vida —comenzó James de nuevo alentado por su silencio—, échame ahora mismo. Vuelve a Rose's Romantic Reminiscences y cómprate lo que quieras, escóndete en la biblioteca y finge que no te importa el mundo a tu alrededor mientras ves a los hombres pasar por delante de ti. Sin embargo —añadió acercándose a ella, que permaneció inmóvil—, si quieres dar un paseo por el lado salvaje de la vida… si quieres saber lo bien que se siente uno siendo malo… si tienes aunque sólo sea una esperanza de experimentar el singular éxtasis que acontece entre un hombre y una mujer…

Kirby levantó los ojos y vio la peligrosa marea que. se arremolinaba en las profundidades de los de él.

—¿que ocurre si quiero? —preguntó.

—Entonces soy tu hombre —contestó James sonriendo.

James notó la vacilación de Kirby nada más entrar en el barco de la señorita Pendleton Barclay. La Regolia Regatta, uno de los acontecimientos del Bob Comet Festival, estaba a punto de comenzar. La señorita Barclay tenía que abrir una botella de champán, y ellos tenían que dar el primer paso de la Operación Vampiresa. Al menos él estaba a punto de hacerlo, se dijo, en cuanto Kirby se quitara el maldito abrigo.

Habían pasado cuatro días desde que ella accediera a servirse de James como guía por la Avenida de la Mala Reputación, pero la regata iba a ser su primera verdadera oportunidad de poner el plan en acción. El día del Parallax Parade había llovido, y nadie había podido apreciar su vestido bajo el impermeable amarillo.

Aquel día hacía casi calor, pero a pesar de todo Kirby había insistido en ponerse un fino abrigo sobre el diminuto vestidito color púrpura. Pero aquello no podía durar, pensó James. La señorita Barclay los había invitado a ver la regata desde su barco, y en él el abrigo era innecesario, pensó, al menos si pretendían estar cómodos. Claro que todo era relativo con Kirby, reflexionó. James se preguntaba si alguna vez se sentiría seguro junto a ella.

—¿Me permites tu abrigo? —preguntó James por décima vez desde que abandonaron la casa de Kirby.

—¡No! —contestó ella de nuevo agarrándolo con fuerza.

James respiró hondo, contó hasta diez y soltó el aire lentamente.

—Kirby, quítate el abrigo. Si quieres que este maldito plan funcione tendrás que acabar haciéndolo. Este momento es tan bueno como cualquier otro —Kirby permaneció en silencio sin soltar el abrigo—. Kirby… —insistió James.

—Creo que he cambiado de opinión —dijo ella al fin—. No quiero hacerlo, debería marcharme y olvidarme de todo. De hecho creo que…

—Teddy Gundersen está aquí —la interrumpió James.

Kirby miró a su alrededor siguiendo la indicación del dedo de James. En el otro extremo de la habitación, hablando con una mujer, estaba el señor Gundersen en toda su nórdica gloria. James luchó contra un repentino ataque de náuseas y miró a Kirby, que se ruborizó de inmediato. Había aprendido que aquel repentino cambio de color en su rostro significaba que tenía pensamientos poco lícitos para una virgen. Juró en silencio y se preguntó por qué no sentiría ese mismo deseo, esa misma lujuria cuando lo miraba a él. Al fin y al cabo cuidaba de su cuerpo con regularidad, se dijo, y

se vestía de un modo impecable. Miró a Teddy, con vaqueros y una sencilla camisa desabrochada, y comprendió.

—Mira, Henry Monroe también está —añadió buscando cualquier posible objeto de atracción por parte de Kirby.

—¿Dónde? —preguntó ella mirando a su alrededor.

—Y Mark Benedict —comentó James, tragando—. Bien, ¿no crees que hoy hemos dado en el clavo?

—¿Dónde? —volvió a preguntar ella mirando en la dirección que James le indicaba.

—Bien, entonces, ¿qué decías del abrigo?

Los dedos de Kirby se aflojaron y comenzaron a dar vueltas alrededor del primer botón. Se dio la vuelta para mirar a James y se ruborizó. Tenía que estar fantaseando cosas muy lujuriosas sobre esos tres hombres, pensó él preguntándose cuál de los tres la excitaba más.

Cuando vio a Kirby desabrochándose James se dio cuenta de que no podía apartar la vista de ella. Uno por uno, despacio, fue soltándose los botones. Cuando se hubo desabrochado el último agarró el abrigo por los lados y comenzó a deslizárselo por los hombros.

¿Pero qué diablos le ocurría?, se preguntó James soltando el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo. De pronto se sentía mil veces más hipnotizado con Kirby desabrochándose el abrigo que con cualquier otra mujer quitándose una prenda íntima. Por alguna razón su imagen vestida, ocultando en lugar de revelando su cuerpo, resultaba mucho más erótica que la imagen de otras mujeres desnudas. James juró en silencio y reflexionó sobre lo fuerte que le había entrado.

Kirby se quitó el abrigo por completo y se lo tendió a James, que lo recogió tratando de ocultar el temblor de sus manos. Ella se quedó de pie, delante de él y del resto de personas de la habitación, con aquel vestido pegado al cuerpo que alargaba sus piernas y redondeaba maravillosamente su trasero, y de pronto todos los hombres del salón volvieron la vista sobre ella.

Teddy Gundersen dejó de hablar con la mujer y se quedó boquiabierto sin parpadear, Henry Monroe, que estaba comiéndose una gamba, se puso a toser, y Mark Benedict dejó caer la jarra de cerveza al suelo.

James, mientras tanto, apretó los dientes. —Bueno… creo que has conseguido captar su atención —dijo al fin.

—¡Kirby! —gritaron los tres hombres al unísono.

Los tres hombres se miraron alternativamente. Luego, mientras

trataban de recomponerse, comenzaron a acercarse a Kirby a pasos agigantados. La mujer, la gamba y la cerveza quedaron olvidados . Y, milagrosamente, pensó James, los tres lograron volver a meter la lengua en su sitio. Aquello era sorprendente, se dijo. No pudo evitar susurrar al oído de Kirby:

—Sé amable, Mata Hari. Ellos saben muy bien lo que les espera.

Entonces, comprendiendo que sería incapaz de mantener una actitud civilizada, James se marchó fingiendo indiferencia. Por desgracia, sin embargo, mientras lo hacía pensó que no tenía ni idea de a dónde ir. Quizá lo mejor fuera encerrarse en un servicio mientras durara la regata, reflexionó. De ese modo no tendría que observar cómo los tres hombres se abalanzaban sobre Kirby Connaught, ni se vería tentado a raptar a la dama para cabalgar con ella hacia la puesta de sol, fantaseó. Ni forzado a partir en dos a aquellos caballeros que no se merecían tal crisol de pureza y belleza, añadió en silencio.

James sacudió la cabeza incrédulo ante aquellas fantasías. ¿Desde cuándo se había convertido él en un dragón asesino?, se preguntó. Kirby no era ninguna dama en apuros, era la Vampiresa Connaught, recordó. Él mismo la había adiestrado, y ella había ganado la batalla con aquel único beso que ambos habían compartido.

Era un estúpido, se dijo. ¿En qué diablos había estado pensando, preparando a Kirby para dejarla en manos de uno cualquiera? De pronto se dio la vuelta decidido a rescatarla, o más bien a rescatar a los tres hombres. Y entonces vio a Kirby sonriendo tímidamente mientras ellos le ofrecían cada uno una taza de ponche.

Ponche, pensó. Ni vino, ni champán, ni whisky, que era lo que él le había advertido que pediría cualquier mujer sofisticada. No, Kirby, evidentemente, había pedido ponche. O quizá los tres hombres hubieran supuesto que eso era lo que ella deseaba, se dijo. Ponche, reflexionó. Sólo a una virgen podría gustarle aquel licor. Y entonces fue cuando James se dio cuenta de que para malograr la reputación de una mujer hacía falta mucho más que una falda corta. Por supuesto que las miradas de cualquier hombre se fijarían en aquellas piernas, se dijo, pero la inocencia de Kirby estaba tan profundamente arraigada en su interior que nadie se atrevería a abalanzarse sobre ella. Nadie, pensó deteniéndose a contemplar la escena.

Sí, todos parecían muy interesados, pero ninguno la miraba aún con ojos lujuriosos. Ninguno hacía comentarios estúpidos sobre su apariencia, ni se inclinaba para tener una vista más completa del

valle que discurría entre sus pechos y que su vestido no ocultaba. Todos se ruborizaban exactamente igual que ella, descubrió.

James sacudió la cabeza. ¿Qué diablos pasaba en aquella ciudad?, se preguntó. ¿Es que nadie se atrevía a hacer nada inmoral?

Aquello requería de una solución drástica, se dijo. Si quería arruinar la reputación de Kirby, cosa que de pronto se le antojaba absolutamente necesaria, tendría que actuar, y deprisa. De pronto James olvidó sus deseos de rescatarla y resolvió demostrarles a aquellos tres hombres que la dama en cuestión era cualquier cosa menos una dama, perfectamente digna de sus ilícitas atenciones. O al menos de las de él, se dijo.

James recapacitó. Tenía que poner en marcha todas sus técnicas y maniobras. Planeó una estrategia y se lanzó al ataque.

Kirby estaba más que ruborizada. Trataba de defenderse de las atenciones que le procuraban tres hombres a la vez, cuando en la vida había recibido las de uno solo. Sin embargo, por extraño que pareciera, darse cuenta de que Teddy, Mark y Henry se desvivían por complacerla cuando unas semanas antes no le prestaban ninguna atención no la hacía feliz. De hecho, cuando al fin el sueño se había convertido en realidad, ver a esos hombres ruborizarse, sonreír y parpadear la… irritaba, comprendió.

¿Quiénes se creían que eran?, se preguntó. Había tratado de atraerlos durante más de un año, y todos ellos habían salido corriendo. De pronto, de repente, sólo porque llevaba una falda corta y ajustada, todos querían conocerla. ¿Cómo podían ser tan superficiales?, se preguntó.

Pero por supuesto, se dijo, había otra razón para ese cambio: Bob.

Kirby maldijo al cometa en silencio. Se acercaba a la tierra a cada segundo que pasaba, y era evidente que estaba embotando los sentidos de todo el mundo en Endicott. Todos hacían cosas extrañas, reflexionó.

El padre de Angie había invitado a cenar a un gángster, Rosemary había estado sugiriendo que Willis Random comenzaba a gustarle… recordó. Y todos aquellos hombres la miraban como preguntándose qué llevaría debajo del vestido, si llevaba algo, claro.

Kirby comenzó a preguntarse si no sería ella misma una víctima de Bob. ¿Cómo sino explicar su fascinación por James Nash? ¿Cómo sino explicar las fantasías que la invadían día y noche?, se preguntó.

Era muy probable que aquellos tres hombres estuvieran tratando de seducirla sólo por culpa del cometa, se dijo. Porque aquellos

hombres, indudablemente, estaban tratando de seducirla, reflexionó. De nuevo volvió a preguntarse cómo era posible que hubiera accedido a aquel plan, y entonces, como conjurado por aquel pensamiento, vio a James acercándose. Y lo hacía con una decisión alarmante, pensó.

—Estás aquí, Kirby, cariño —gritó cuando aún estaba a unos diez pasos.

¿Cariño?, repitió Kirby para sus adentros. Aquel tratamiento era tan sorprendente que tuvo que mirar a su alrededor para asegurarse de que se dirigía a ella.

—Eh… ¿sí… cariño? —respondió siguiendo el juego.

James llevaba dos vasos en las manos y le tendió uno que parecía de agua. Ella lo agarró automáticamente.

—Bien, bien, bien, bien… —comentó James mirando a los tres hombres uno por uno. Luego le lanzó a Kirby una mirada asesina y añadió—: Te dejo un segundo para ir a por bebidas y mira lo que ocurre; estos chicos invaden mi territorio. ¡Y yo que pensaba que aquí en el medio oeste se respetaba la propiedad privada! Eso debía de ser cuando aún vivían las viejas generaciones.

¿Estaba llamándola su «propiedad»?, se preguntó Kirby. ¿Qué creía James que estaba haciendo? Los tres hombres miraron de reojo a James, pero no se atrevieron a hacer nada de momento.

James… —dijo ella esperando que él comprendiera el aviso.

—Bueno, no importa —comentó él abriéndose paso a codazos entre Henry y Teddy para ponerse al lado de Kirby. Luego pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia sí—. Vamos, amorcito, bébetelo. Sé cuánto te gusta. Y Dios sabe que nunca te pondré obstáculos para que consigas… tu refresco.

Kirby, aún confusa, agarró el vaso con fuerza dando gracias a Dios por poder apoyarse moralmente en algo que no fuera el cuerpo de James Nash. Tenerlo tan cerca le hacía fantasear cosas poco adecuadas para un lugar público. Levantó el vaso y se lo llevó a los labios. Apenas prestaba atención a lo que bebía, sólo pensaba en los dedos de James. Se llenó la boca con aquel líquido transparente y tragó, pero inmediatamente comenzó a toser.

—Lo siento —se disculpó James dándole golpecitos en la espalda —. Debería de haberte avisado que no es lo que sueles beber. Sé que te encanta el tequila, pero no tenían en el bar, así que te pedí ginebra. Doble —añadió—. Bebes como una cosaca.

Kirby hubiera deseado gritarle, preguntarle qué demonios estaba haciendo, pero el fuego que ardía en su garganta comenzó a bajar directamente por el esófago. James le dio otros golpes más y la

urgió a que diera otro sorbo.

—Toma otro trago, si decides que no te gusta le pediré al barman que vaya a por una botella de tequila.

—Pues…

Kirby no pudo protestar. James la animó a beber de nuevo, pero lo último que deseaba era ingerir otro trago de aquel líquido, de modo que sacudió la cabeza.

—Está bien, está bien —suspiró James—. Ya sé cómo te pones cuando no consigues lo que quieres —añadió atrayéndola hacia sí y apoyando la cabeza en su nuca para posar un enorme beso en su cuello. Antes de que Kirby pudiera protestar, él se apartó ligeramente y susurró—: Y a pesar de que no puedo negar que me encanta cuando estamos solos, no me parece adecuado que te portes así delante de tanta gente, ¿no crees? Te traeré tu tequila. ¿Chicos? —añadió dirigiéndose a los tres hombres mientras se marchaba—, ¿puedo confiar en vosotros mientras estoy fuera?

A pesar de las lágrimas que invadían sus ojos Kirby pudo ver el movimiento de cabeza de los tres hombres, que asentían ante la pregunta de James. Sólo podía pensar en el placer que le iba a causar estar a solas con él, cuando lo despellejara vivo, centímetro a centímetro, por lo que le estaba haciendo.

Por el momento, sin embargo, tenía que seguirle el juego, pensó. No tenía ni idea de cómo contraatacar, y además la gente no le quitaba el ojo de encima. Tenía que calmarse, se dijo. Lo último que deseaba era montar una escena. Después de todo estaba en juego su reputación, reflexionó.

La fiesta de la Regolith Regata fue una completa estupidez, igual que la carrera Castor and Pollux Two-Legged Race y el Triton Tug-O-War. Todo eran tonterías, se dijo Kirby mientras se miraba al espejo en los servicios de la universidad. James había seleccionado un vestido para ella para cada ocasión, y en todas ellas la había lucido con orgullo sin soltarla un momento, como una posesión.

Pero lo peor de todo había sido su comportamiento, pensó. A cada sitio que iban se hartaba de proclamar a todo aquél que quisiera escuchar que Kirby y él estaban muy unidos. Unidos, por supuesto, en el sentido en el que la gente se une en la intimidad para propagar la especie.

James se había empeñado en mantenerla a su lado continuamente, extendiendo un brazo posesivamente alrededor de su cintura. O alrededor del cuello, del hombro, de la espalda…

recordó cerrando los ojos y rememorando algunas de las formas en que la había abrazado en la última semana. A pesar de saber que debería de estar enfadada, Kirby tenía que admitir que en lo más profundo de sí misma aquello le gustaba.

Había sido divertido ser una chica mala para variar, aunque sólo fuera un farsa, se dijo. Le gustaba que la gente la mirara murmurando, que Henry, Mark y Teddy corrieran con la lengua fuera tras ella como perros. Le gustaba saber que era el blanco de las habladurías de todo el pueblo por algo distinto de sus buenos actos. Se sentía bien retirando de sus hombros el manto de la pureza inmaculada para vestirse con otro atuendo para variar. Aunque sólo fuera temporal, reflexionó.

Por desgracia, sin embargo, todo tenía un fin, todo era una farsa. Seguía siendo virgen, seguía ruborizándose, seguía incómoda con aquellos vestidos… suspiró. Ella no era la sirena de Endicott que todos creían, y desde luego tampoco era el objeto más codiciado por James Nash, pensó.

Aún le quedaba, no obstante, una semana, reflexionó. Una semana de festival antes de que James se marchara a otros parajes más exóticos que Endicott, Indiana. Una semana para representar a la virgen caída cuya inocencia quedaría para siempre manchada. Una semana, se dijo, para engañarse a sí misma pensando que él quizá se enamorara. Una semana para engañarse tratando de convencerse de que no estaba enamorada.

Tenía que sacarle a aquella noche todo el partido que pudiera, se dijo a sí misma mirándose al espejo. Era la noche del tradicional Comet Stomp

Dance de la Universidad, un baile en el que Kirby y James se habían apuntado como pareja.

Fuera, apoyado contra la pared, esperándola, estaba James. Con su traje negro, su camisa sin cuello y su coleta, Kirby aún no lograba comprender cómo podía ser tan guapo, tan sexy y tan sofisticado. Y tampoco lograba comprender cómo era posible que, habiendo tantas mujeres deseables en Endicott y siendo ella una del montón, James pudiera sin embargo estar sólo con ella.

Bob, ésa era la respuesta, reflexionó. Era la única respuesta que tenía sentido. El cometa tenía que estar afectando a James igual que a los demás. Aquél era el fin de semana en el que se acercaría más a la Tierra, el fin de semana en el que las quinceañeras pidieran sus deseos mirando al cielo. Era un momento mágico, recapacitó, y no se vería desilusionada.

Por un momento recordó lo sucedido quince años atrás, cuando ella, Angie y. Rosemary se tumbaron en el jardín y miraron al cielo. Amor eterno, rememoró suspirando y observando a James en toda su gloria. El se apartó de la pared, se metió las manos en los bolsillos y se acercó a Kirby con aquella sonrisa que tanto la perturbaba. Entonces Kirby, de repente, se dio cuenta de algo que hasta ese momento no había pensado.

Bob había cumplido su deseo, estaba enamorada de James Nash, comprendió de pronto. Total, irrevocablemente enamorada, con un amor eterno que permanecería invariable hasta el día de su muerte, reflexionó.

Capítulo 8

No sabía cómo había ocurrido ni cuándo, pero estaba tan segura como de su nombre. Amaba a James, se dijo Kirby, y probablemente lo amara desde el mismo momento en que la acorraló en la biblioteca acariciándola con aquella ternura, con aquella suavidad tan… distinta al resto de los hombres.

Él iba a ser la gran pasión de su vida, reflexionó, el hombre al que nunca olvidaría, la imagen, la voz y la fragancia que la asaltarían en sueños. Amaría a james durante el resto de su vida, y lo sabía a ciencia cierta. Bob había cumplido su sueño, y no obstante aquello no la hacía feliz, recapacitó.

Lo que ella deseaba era un camino de ida y vuelta, se dijo en silencio. Se suponía que el hombre al que amara debía también de limarla a ella. Entonces Kirby vaciló, creyó recordar que no había especificado con claridad aquella parte de su deseo quince años atrás. No obstante, se dijo, Bob tenía que haberla entendido. Bob tenía que comprender lo doloroso que resultaba amar sin ser amado, pensó. Era imposible que el cometa deseara gastarle una terrible broma cósmica.

—¿Estás lista? —preguntó James—. ¿Preparada para seguir el juego?

El juego, repitió Kirby en silencio. Así era como ambos llamaban a la Operación Vampiresa. Pero se suponía que los juegos tenían que ser divertidos, reflexionó, y ella no se estaba divirtiendo.

—Sí, lista, pero sólo si me prometes que bailarás una pieza conmigo.

—¿Sólo una? —preguntó James sorprendido—. Amorcito, tengo la intención de no soltarte en toda la noche. Vas a destrozar unos cuantos corazones con ese vestido.

—¿Destrozar corazones? Se supone que lo que tengo que hacer es coleccionarlos.

—Sí, es cierto —contestó James con una expresión indescifrable —. Tienes que coleccionarlos, eso era lo que quería decir.

Kirby permaneció en silencio unos momentos, pero luego preguntó:

—Y dime, si el objetivo de la Operación Vampiresa es coleccionar hombres, ¿por qué cada vez que uno se me acerca me reclamas como si fuera sólo tuya?

James la observó pensativo durante unos instantes, pero no

contestó. La pregunta era acertada y merecía una respuesta, se dijo. Sin embargo James no disponía de ella. Últimamente todo en su mente eran preguntas, miles de preguntas.

Como por ejemplo por qué no deseaba que aquella operación tuviera éxito, o por qué le molestaba tanto que los hombres cayeran rendidos a los pies de Kirby cuando ése era precisamente el objetivo que se habían propuesto, o qué sentido tenía seguir con aquella farsa cuando él mismo deseaba ser el hombre al que ella sedujera. O, peor aún, ¿se estaba volviendo loco al desear permanecer en la cama para siempre con ella?, se preguntó.

Porque eso era exactamente lo que le estaba sucediendo, se confesó. Cuanto más tiempo pasaba con Kirby más la deseaba. Al principio sólo la había deseado para un rato, recordó. Había planeado pasar tres semanas en Endicott y había supuesto que, en ese tiempo, se saciaría de ella. Aunque desde luego también había supuesto que bastarían unas cuantas horas para poseerla. Pero lo importante no era eso, recapacitó. Lo importante era que él, el ídolo de Norteamérica, playboy consumado, el hombre más deseado por las mujeres, había perdido la cabeza por Kirby Connaught.

Nunca antes había perdido la cabeza, pensó. Y, sinceramente, no sabía qué hacer. Así que decidió utilizar un truco que nunca le había fallado: no pensar en ello.

—¿James?

Escuchar su nombre pronunciado con aquella dulzura, no obstante, le obligó a recapacitar. Kirby no iba a dejar pasar aquella pregunta, comprendió, le gustara o no.

—¿Qué?

—¿Por qué ahuyentas a todos los hombres que se interesan por mí?

—Pues… porque… bueno, porque…

James trató de contestar, pero era imposible, de modo que Kirby volvió a atacar:

—El objetivo del plan era encontrar a un hombre que se enamorara de mí para siempre, ¿no?

—¿Oyes eso? —preguntó él cambiando de tema—. Están tocando una de mis canciones favoritas —añadió tomándola de la mano—. Vamos, baila conmigo.

Kirby pareció reacia a seguirlo, y por un momento James pensó que no iba a moverse hasta que no obtuviera una respuesta. Contuvo el aliento y finalmente la vio sonreír. Sin embargo algo en su sonrisa lo inquietó. No era una sonrisa de felicidad, recapacitó James. Era una sonrisa de aceptación de lo inevitable, como si

pensara que por fin iba a terminar una experiencia dolorosa. Era extraño, pensó. ¿Qué podía ponerla tan triste?, se preguntó. Todo el mundo en Endicott hablaba de ella, y según los rumores todos estaban maravillados con su cambio. La gente especulaba sobre las causas de esa transformación: ¿sería Bob, o James Nash?, se preguntaban.

De un modo u otro su reputación estaba en entredicho, pensó. Nadie podía asegurar nada, pero todos parecían deseosos de averiguarlo. Sólo restaba que algún lugareño de Endicott tomase el relevo cuando él se fuera, se dijo.

Seis meses, doce a lo sumo. Ese era el tiempo que, suponía James, tardaría Kirby en estar casada. Pero ésa era una cuestión en la que, para su sorpresa, no deseaba pensar. James miró a Kirby, se dejó llevar por sus ojos azules, por el brillo de su pelo y por sus esculturales rasgos. Poco a poco fue bebiéndolos uno a uno, y al final sólo fue capaz de repetir:

—Baila conmigo.

Kirby dio un paso hacia él, y luego otro y otro. En cuestión de segundos estuvieron en la pista del gimnasio. Se escondieron en la oscuridad, se apretaron el uno contra el otro y sus frentes se tocaron. Y luego bailaron lánguidamente a su propio ritmo, sin hacer caso del ritmo rápido de la música.

Kirby no sabía si la gente los había visto o no, y a pesar de ser ése su principal objetivo tampoco se preocupó. Sólo sabía que estaba con James, que estaba cerca de él y que por el momento era suyo. Al menos durante esa noche, se dijo. Y, si le sonreía la suerte y Bob estaba de su parte, quizá lo fuera durante una semana entera. Entonces decidió que aprovecharía al máximo aquella oportunidad.

Quizá James no la amara para siempre, admitió, pero al menos Bob sería generoso.

Formaban una estupenda pareja de baile, pensó. Sus cuerpos parecían responder al unísono de manera instintiva. Eran como poesía en movimiento. James dio un paso adelante rodeándola por la cintura, atrayéndola hacia sí cuanto podía.

Kirby notó su masculinidad excitada contra su vientre y comprendió que aquel lento mecerse lo afectaba tanto como a ella. Bailaban cerca de una puerta abierta, y no obstante Kirby sentía calor. El calor de James la envolvía, se mezclaba con el de ella aumentando la temperatura hasta niveles de combustión. Entonces Kirby supo que la combustión espontánea sería inevitable.

Decidió, por tanto, estrecharse contra él y rodearlo con los brazos por la espalda. Luego, sintiendo el enorme riesgo que aquello

implicaba, movió la pelvis para rozarse contra él. A un lado y a otro, a un lado y a otro. Saboreó sus profundos gemidos de placer como una niña traviesa.

—Kirby —susurró James sorprendido, comprendiendo el peligro.

En lugar de ceder ante su aviso, ella se apretó contra él dejando que sus manos bajaran hasta la cintura, hasta las caderas…

—Kirby —repitió él en un susurro, en un tono cauto y ligeramente estrangulado.

—¿Hmm? —murmuró ella acariciándolo con las manos y bajando hasta su trasero brevemente.

—¡Oh, Kirby…!

El corazón de Kirby comenzó a acelerarse al escuchar el anhelo en la voz de James. Él parecía tan desesperado como ella, recapacitó.

—¿Sí, James? —preguntó sorprendiéndose ante su propia calma.

—Tú… eh… ¿quieres decirme qué estás tratando de hacer?

Kirby se apartó ligeramente para mirarlo a los ojos y luego sonrió tan maliciosamente como pudo.

—Estaba tocando tu trasero —contestó con sinceridad conteniendo la risa—. Lo siento, ¿es que no lo he hecho bien? Soy nueva en esto, nunca había tocado ningún trasero masculino antes.

James rió en voz baja, largamente.

—Entonces quizá debas hacerlo otra vez, sólo para asegurarte de que lo haces bien.

Kirby sonrió una vez más, curvó los dedos en su espalda y sintió el calor que emanaba de él a través de la camisa. Luego, despacio, bajó las manos dejándolas unos instantes en su cintura antes de continuar. Entonces puso ambas palmas sobre su trasero y lo atrajo hacia sí.

—¡Oh, sí! —susurró él respirando hondo—. Lo haces muy bien. Nunca hubiera imaginado que era tu primera vez.

—Bueno, tengo que confesar que… alguien me ha enseñado.

James sonrió satisfecho. Luego comenzó a llevarla al ritmo de la música fuera de la pista , hacia la puerta abierta, hacia la oscura noche de septiembre y hacia la huida. Kirby no tenía ni idea de adónde iban, pero estaba ansiosa por llegar. Paso a paso continuaron bailando hasta que la música cesó. Para cuando las luces volvieron a brillar en el gimnasio dando paso a un ritmo rápido ellos ya habían cruzado el dintel de la puerta. Estaban bajo la oscuridad de la noche, completamente solos.

James cerró la puerta y la miró a los ojos. Luego la obligó a girar y la acorraló contra la pared fría del gimnasio. Aquel muro

helado aliviaba el calor de sus cuerpos. James apoyó ambas manos contra los ladrillos a la altura de su cabeza y acercó su cuerpo al de ella.

Y entonces la besó. Muy despacio. Vorazmente, profundamente. Su boca la poseyó, y Kirby abrió los labios invitándolo, saboreándolo tan intensamente como lo hacía él. Una y otra vez él aplastó los labios oblicuamente contra los de ella penetrándola desde distintos ángulos, incapaz de saciar su hambre de ella. Kirby sólo pudo agarrarlo de la camisa con ambos puños y sujetarse mientras durara aquella carrera.

Lo sentía en todas partes, desde los dedos que acariciaban su pelo hasta los labios que la succionaban, desde el pecho que la presionaba hasta las caderas en movimiento. Y en cada parte que él tocaba Kirby se sentía arder. Nunca había experimentado ese fuego, ese poder, ese desbordamiento, pensó James había encendido el fuego que ardía en su corazón, y las llamas se extendían como la pólvora por cada célula de su cuerpo.

Entonces él introdujo una pierna insinuante entre las de ella, y Kirby jadeó. Cuando la presionó contra su parte más íntima su corazón palpitó. Kirby gritó ante la invasión de aquel poderoso músculo en una zona tan sensible, y al hacerlo James bajó la cabeza hasta su nuca comenzando a besarla y a morderla por todo el cuello hasta la clavícula.

James bajó una mano hasta su cadera y la sujetó con fuerza mientras movía la pierna arriba y abajo, frotándola contra ella. Kirby se inclinó hacia adelante instintivamente, sintiendo aquella pierna en toda su longitud hasta enloquecer. Entonces James metió la mano por debajo del vestido, por detrás, levantándolo cada vez más, dejándola desnuda hasta que sus dedos encontraron la prenda interior y se introdujeron por dentro. Le abrazó el trasero con ambas palmas de las manos y la obligó a menearse contra su pierna, pero esa vez con más insistencia. Kirby se frotó contra él una vez, dos, tres, sintiendo olas de placer que, la invadían.

—¡Oh…! —gimió—. ¡Oh… por favor… oh… James!

—Dime lo que quieres —dijo él con voz tan ronca como la de ella, con el corazón tan acelerado como el de ella.

—A ti —consiguió Kirby susurrar, sin ni siquiera recordar cuándo había tomado aquella decisión, sabiendo sólo que era la correcta—. Te quiero a ti.

James inclinó de nuevo la cabeza hasta su nuca y comenzó a besarla rápida y suavemente mientras la sujetaba con fuerza de los muslos y la obligaba a restregarse contra su pierna.

—¿Me quieres a mí para qué?

—Te quiero para… para…

James soltó sus piernas despacio, levantó ambas manos lentamente acariciándola todo el cuerpo, parando unos instantes en las caderas, en la cintura, en la curva de sus pechos. Kirby se inclinó sobre él, alentándolo inconscientemente a que siguiera aquella exploración. Pero James sólo rozó su cabeza con la barbilla, respiró hondo y continuó acariciando sus pechos.

Entonces Kirby esperó, conteniendo el aliento, a ver si él proseguía, y cuando vio que James aguardaba una respuesta puso ambas manos sobre las de él y las movió arriba y abajo por encima de su pecho. Presionó ambas palmas contra sus manos y, en silencio, lo llevó a explorar a su antojo.

—¿Me quieres para…? —volvió James a preguntar.

¿Cómo podía mostrarse tan frío y controlado?, se preguntó Kirby. ¿Y por qué se empeñaba en que pronunciara en voz alta lo que deseaba de él, cuando tenía que saberlo? ¿Acaso no era obvio? ¿Acaso era tan inocente que ni siquiera conseguía hacerle comprender sus deseos?, se preguntó.

De algún modo consiguió reunir coraje y levantar el mentón para mirarlo a los ojos. Pero lo que vio en los de James estuvo a punto de colapsar su corazón.

Fuego. Hambre animal. Un deseo desenfrenado. Kirby se preguntó una vez más qué se creía que estaba haciendo, jugando con un hombre como él. Luego se recordó a sí misma que aquello no era un juego. Al menos no lo era para ella, se dijo.

Respiró hondo y contuvo el aliento hasta que notó que su corazón se calmaba. Entonces se esforzó por sonreír y, confiando en aparentar más seguridad de la que sentía, contestó:

—Te quiero para que arruines mi reputación.

James sonrió y acarició con el pulgar la punta erecta de su pecho. Kirby gimió. Oleadas de placer la invadían cada vez que él tocaba alguna parte de su cuerpo. Kirby sólo sabía que nunca, nunca quería dejar de sentirse así.

—Eh —dijo él en voz baja llamando su atención—, por si no te habías dado cuenta eso está casi hecho. Para la gente de Endicott tu reputación es algo dudoso.

—Bueno —asintió ella—, ¿y para qué vamos a dejarlos en la duda? Una vez que hemos comenzado, ¿para qué vamos a dejarlo a medias?

James la miró pensativo unos instantes, como considerando lo que ella acababa de decir. Kirby no comprendía qué era lo que

requería de tanta reflexión. Para ella lo que estaba a punto de ocurrir era tan inevitable como que el sol saliera al día siguiente. Sin embargo James seguía pensativo. Entonces, cuando Kirby comenzó a sospechar que la iba a desilusionar, él murmuró:

—¿Estás segura de lo que me estás pidiendo?

—Sí —contestó ella decidida, sin esperar un instante.

—Vas a tener que despedirte de algo que has estado conservando durante treinta años —señaló.

—Lo sé.

—Y no para dárselo a ningún chico de Endicott que te construya una casita en la que vivir.

—Eso también lo sé.

—Me lo vas a dar a mí, a james Nash.

—Sí.

—Es decir, a… ¿cómo me llamabas?

—Playboy promiscuo y fisgón.

—Eso es, se lo vas a dar a un promiscuo y a un playboy

—Sí.

James continuó observándola. Su voz carecía de toda emoción.

—A un conocido y famoso chico de mala reputación —añadió.

—Sí —afirmó Kirby despreocupada.

—A un hombre que no se merece en absoluto lo que le estás ofreciendo. Kirby, entonces, prefirió no contestar. Permaneció callada y sostuvo su mirada en una invitación firme y silenciosa.

—Yo no puedo darte ese amor eterno que tú deseas, Kirby —dijo él al fin tratando de asegurarse de que ella comprendía lo que hacía.

Lo había dicho con los ojos oscurecidos, pensó Kirby, como si para hacerlo hubiera tenido que recordarse a sí mismo la clase de tipo que era. Una parte de ella murió al darse cuenta de que decía la verdad.

Hubiera deseado explicarle que ya tenía suficiente amor con el que había en su corazón, pero sabía que si lo hacía él huiría como el resto de hombres de Endicott. Kirby trató de controlarse y rogó ansiosa por que él comprendiera cómo se sentía, esperando una respuesta.

—¿Me has oído? —preguntó él en voz baja alzando la mano que permanecía sobre su pecho para agarrarla dulcemente de la barbilla y acariciarla—. No puedo amarte, Kirby. Sólo te amaré esta noche, o como mucho esta semana. O quizá otra semana más, con suerte. Yo no estoy hecho para eso.

Kirby tragó, pero no parpadeó.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

Kirby no sabía cómo responder a esa pregunta, pero finalmente consiguió decir:

—Esta noche no, ni esta semana. O quizá tampoco la semana que viene.

James asintió en silencio, pero no pareció más contento con aquella respuesta de lo que lo estaba ella. Sin embargo sonrió. Fue una sonrisa rápida, forzada, pensó Kirby. Pero era suficiente, tenía que serlo, se dijo.

James la acarició la mejilla por última vez, se apartó y entrelazó los dedos de ambos tirando de ella para separarla del muro, y luego preguntó:

—Entonces, ¿tu casa o la mía?

—La tuya —decidió Kirby deprisa.

De ese modo los recuerdos no seguirían asaltándola continuamente cuando James se hubiera ido, pensó. Él asintió despacio y luego extendió una mano señalando el camino.

—Muy bien, vamos.

Kirby se mordió la lengua tratando de contener las palabras que hubiera querido pronunciar, algo relativo a los deseos de ambos haciéndose realidad. Pero eso sólo era cierto en parte, reflexionó. Bob iba a cumplir su deseo, pero ella había olvidado pedirle que aquel amor fuera correspondido. Demasiado tarde, se dijo. A pesar de todo no pudo evitar dirigir la vista al cielo para buscar una débil luz a la derecha y rectificar un deseo pedido quince años atrás.

Capítulo 9

James trató de mantener las manos quietas mientras Omar los llevaba al Admiralty Inn. Hacer el amor en el coche, con el chofer observándolos, nunca había sido una de sus fantasías, pensó. Y estaba seguro de que Kirby no deseaba audiencia en su primera vez. Sobre todo teniendo en cuenta su inquietud. No dejaba de mirar en todas direcciones excepto hacia él.

Al otro lado de la ventana Endicott pasaba ante su vista. Sus numerosas casas de estuco se enfilaban a los lados de camino al centro de la ciudad. El centro, reflexionó James en silencio. Ni siquiera el centro de Endicott parecía transformado por los tiempos modernos. Aquél era un lugar distinto por completo del resto de sitios que hubiera visitado, pensó, un pedazo de América lleno de inocencia, de bondad, de decencia. Endicott era un oasis al que huir de un planeta enloquecido, un lugar en el que los deseos de las quinceañeras se hacían realidad. Y Kirby Connaught pertenecía a él, recapacitó.

Aquel pensamiento lo estremeció, aunque James no supo muy bien por qué. Sólo sabía que no iba a dejar escapar lo que había entre Kirby y él. Ocurriera lo que ocurriera, se dijo, era algo que estaba previsto desde el primer momento en que la vio por el telescopio. Era el destino, pensó, algo inevitable, y no iba a dejar que nada se interfiriera.

Sin embargo aquélla era la primera vez que iba a estar con una virgen, recapacitó. Aquel pensamiento no dejaba de rondar por su mente. No quería hacerle daño, no quería que ella mirara atrás con desilusión. Quería que lo recordara con placer, que, con el correr del tiempo, Kirby rememorara su pasado sentada en el porche con una sonrisa en los labios, que recordara feliz las semanas locas que había pasado con el hombre con el que lo hizo por primera vez.

Pero James no sabía qué hacer para asegurarse de que las cosas fueran así, para asegurarse de que ella experimentara un éxtasis profundo, uno como jamás volviera a sentir. Él nunca había sido el primero para ninguna mujer, se confesó. De pronto otro pensamiento cruzó por su cerebro, rápido como un rayo.

Aquélla iba a ser también una primera vez para él. Y, sin embargo, en lugar de molestarlo, aquello lo calmó. Él sería el primer amante de Kirby, y ella sería su primera virgen. Aquello lo cambiaba todo, reflexionó. De pronto todo le parecía más sencillo.

James se volvió para mirarla y la encontró sumida en la contemplación de las calles. Levantó una mano y siguió con los dedos la curva de su elegante barbilla. Kirby se sobresaltó y giró para mirarlo a los ojos. Estaba asustada, pensó James. Aquello lo calmó. ¿Por qué iba a ser él el único que se asustara por lo que iba a suceder?, se preguntó.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en voz baja.

—Te daré tres pistas —contestó Kirby sonriendo.

—¿En la estabilidad de los mercados financieros? —Kirby sonrió sacudiendo la cabeza en una negativa—. Hmm… Entonces tienes que estar pensando en si los Colts ganarán la Super Bowl este año.

—No —rió ella sacudiendo la cabeza de nuevo—. Tampoco.

—Bien, entonces sólo puede ser en una cosa.

James no dijo nada más, y Kirby levantó la vista para mirarlo a los ojos. Él se sintió aliviado al comprender que se le había pasado el miedo y que sus ojos sonreían, le agradaba ser la causa de su sonrisa. Kirby lo miró interrogativa.

—En mí —añadió James con sencillez. Kirby sonrió, asintió y volvió a bajar la cabeza—. ¿Hay algo en especial que te preocupe? —volvió él a preguntar.

Quería que Kirby hablase, que dijera algo, cualquier cosa con tal de asegurarse de que aquello no era un sueño, de que no era una fantasía de su mente calenturienta.

—Bueno, hay un par de cosas —admitió ella.

James iba a continuar con el interrogatorio, pero el coche paró delante del Admiralty Inn y la conversación tocó a su fin. Omar salió del coche y ayudó a Kirby a salir. El portero del hotel les sostuvo la puerta. James miró con una sonrisa cómplice a ambos hombres mientras la escoltaba a ella. Era algo que había hecho miles de veces, en miles de lugares, con miles de mujeres diferentes. Y sin embargo nunca había sentido aquella inquietud, pensó, ni su pulso había latido tan acelerado. Nunca se había sentido enamorado de la mujer que llevaba a su lado, reflexionó.

Era la primera vez, se dijo repitiendo esas palabras en su mente una y otra vez. Ninguno de los dos pronunció palabra mientras el ascensor subía hasta la planta doce, ni mientras caminaron por el pasillo hasta la habitación. La suite estaba en silencio, levemente iluminada. Sobre la almohada, dos chocolatinas en forma de corazón. Al cerrar la puerta James vio el cartel de no molestar. Lo colgó del picaporte por el lado exterior y cerró con cuidado.

Luego se volvió y vio a Kirby de pie, en medio de la habitación, mirando la cama como si fuera un dragón. Se acercó a ella

despacio, por detrás, puso las manos sobre sus hombros y la estrechó.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó conteniendo el aliento mientras esperaba una respuesta.

—Sí —afirmó ella de inmediato, sin el menor asomo de duda. Kirby se dio la vuelta y extendió las manos por su pecho. Luego las levantó lentamente hacia los hombros y por último lo rodeó por el cuello—. Nunca he estado tan segura de nada en mi vida —añadió—. Me siento tan… no puedo explicarlo, pero sé que es lo correcto. Es lo correcto. Siento como si todo esto tuviera necesariamente que ocurrir. ¿Tiene algún sentido para ti?

—Sí, lo tiene —asintió James.

Kirby dio un paso adelante, entrelazó los dedos por detrás de la nuca de James y se estrechó contra él lo suficiente como para sentir los latidos de su corazón y llenar los pulmones con su fragancia. James puso las manos instintivamente sobre su cintura, rozando con los dedos la seda de su vestido y recordando que, por debajo, su piel era aún más suave. No dijo nada, sin embargo, ni hizo ningún otro movimiento. Esperaba que ella le diera la señal.

—¿Y bien? —preguntó Kirby al fin mientras una sonrisa comenzaba a asomar a sus labios.

—Y bien, ¿qué? —contestó él frunciendo el ceño, sin saber qué decir.

Kirby dio otro paso más hacia él dejando que los cuerpos de ambos se tocaran, enredando los dedos en su coleta a la altura de la nuca, haciéndolo temblar. Luego se puso de puntillas y acercó la boca a la de él y, con mucha suavidad, dijo:

—¿A qué estás esperando?

James no pudo sino sonreír. Deslizó las manos por sus caderas, por la parte posterior de sus muslos, y finalmente por su trasero. Creyó entonces oírla gemir excitada, pero no estuvo muy seguro. Quizá fuera desilusión, se dijo mientras desplegaba los dedos por las suaves curvas de su vestido.

—¿Que a qué estoy esperando? —repitió él. Kirby asintió, pero no dijo palabra—. Supongo que estoy esperando a que me digas cómo quieres que lo haga.

—¿Y cómo voy yo a saberlo? —dijo ella en un susurro—. Yo nunca lo he hecho. Se suponía que tú eras el experto.

—Contigo no, amorcito —contestó James sacudiendo la cabeza resuelto y atrayéndola hacia sí un poquito más—. Contigo estoy tan verde como un recién nacido.

Kirby sonrió. James sabía, no obstante, que ella no se lo había

tomando en serio. Era perfecto que no se diera cuenta de que decía la verdad, pensó. No había ninguna necesidad de que supiera que aquélla era la primera vez también para él. Sobre todo cuando parecía tan confiada, pensando que al menos uno de los dos sabía lo que se hacía, se dijo.

Kirby lo observaba con atención, deseosa de aplazar algo sobre lo que nada sabía. James tuvo que ahogar el deseo que renacía dentro de él. Kirby confiaba en él, se dijo maravillado. Confiaba en que él la iniciara, en que no la decepcionara. Confiaba en que él haría de aquella ocasión algo memorable, reflexionó.

«Despacio», se ordenó a sí mismo. «Tómate tu tiempo». Tenía toda la noche, «toda la noche, toda la noche…».

Jame renunció a seguir controlándose y se rindió. Inclinó la cabeza hacia ella y la besó en la boca.

Y entonces sintió que todo en su interior estallaba a una nueva vida.

Kirby salió a su encuentro devolviéndole los besos con una voracidad y una urgencia que rivalizaban con las de él. Su respuesta era instintiva, primitiva, vital. Él era un hombre, y ella una mujer, y todo lo demás carecía de importancia, se dijo James. Sólo importaba aquel instante, aquel momento. Kirby era todo lo que deseaba, todo lo que necesitaba. Y esperaba con todo su corazón merecerla, pensó.

Pero de pronto, cuando ella le soltó la coleta, James dejó de pensar. Su pelo cayó suelto por los hombros envolviéndolos a ambos hasta que ella se lo recogió y se lo echó hacia atrás. Luego Kirby tomó su rostro entre ambas manos y, ladeando la cabeza, lo besó con pasión.

Kirby no comprendía qué la poseía, qué la impulsaba a actuar de ese modo tan audaz, a tomar la iniciativa frente a James. Sólo sabía que de pronto no deseaba otra cosa en el mundo más que unirse a él. En todos los sentidos: física, emocional, espiritualmente. Y estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de conseguirlo. Su respiración comenzó a acelerarse al sentir la boca de James sobre la suya, de pronto todo le parecía poco, necesitaba estar muy cerca de él. Se estrechó contra su enorme cuerpo y sintió cómo él le devolvía los besos. Suspiró contra su boca cuando él levantó las manos poniéndolas sobre sus caderas, sobre su trasero, para finalmente encontrar el borde de su vestido y rozar su piel. Por un momento sintió bailar aquellos dedos por su carne, como si él tratara de imprimir en su mente el recuerdo de aquel contacto. Luego, James desvió las manos hacia la cremallera del vestido y, sin vacilar, con

un susurro, comenzó a desabrochárselo.

Ella se quedó muy quieta en sus brazos, e inmediatamente él se detuvo. Apartó los labios de ella, pero no se alejó. Kirby no podía ver su rostro, no podía ver la expresión de sus ojos, estaba demasiado cerca como para adivinar lo que estaba pensando. James apoyó la frente sobre la de ella y, durante unos instantes, esperó como si creyera que ella había cambiado de opinión.

Después acarició una última vez la sedosa piel de su trasero con las puntas de los dedos, y Kirby estuvo segura de que él se estaba preparando para alejarse. Entonces, cuando por fin comprendió su intención, acercó su cuerpo más al de él indicándole que continuara.

Y James continuó. Antes de que tuviera tiempo siquiera de pensar James hundió el rostro en la curva de su cuello y hombro, rozando con los labios suavemente su piel mientras bajaba el resto de la cremallera. Poco a poco el vestido fue soltándose para caer a sus pies. Entonces él arqueó los dedos sobre sus caderas y Kirby lo oyó suspirar.

Agarró con los puños la camisa de él y enterró el rostro en su pecho, atemorizada casi de sentir que la veía desnuda. De nuevo supo que él esperaba una señal, una indicación para continuar. Era como si James estuviera librando una batalla en su interior, una batalla en la que tenía que decidir si disfrutar de cada lento y erótico momento o tomarla por la fuerza tal y como su cuerpo, supuso, se lo exigía.

Para su propia extrañeza Kirby casi deseó que la poseyera de inmediato, cuanto antes. Su respuesta provenía de lo más profundo de ella, de algún lugar que nunca antes había explorado. En parte estaba aterrorizada, pero por otro lado no dejaba de preguntarse cómo era posible que hubiera tardado tanto. Ese pensamiento la dominaba, estaba ansiosa por descubrirlo todo, por aprender los secretos que hasta ese momento— se había negado a conocer. Y deseaba que fuera James quien la iniciara en aquellas revelaciones.

—¿Kirby? —preguntó James posando la barbilla sobre su cabeza —. ¿Va todo bien?

Kirby asintió en silencio. Se quitó los zapatos despacio y se quedó en ropa interior. Sin embargo seguía abrazada a él, estaba demasiado inquieta como para apartarse. Tenía miedo de que James no la encontrara bella. Al fin y al cabo él había estado con muchas mujeres, se dijo melancólica. ¿Cómo iba ella, una virgen, a compararse con alguna de las expertas de las que él había disfrutado?, se preguntó.

—Quiero verte —dijo él—. Necesito verte, por favor.

—¿Y no podríamos hacerlo en la oscuridad? —murmuró ella contra su pecho.

James rió, y ella sintió un ligero alivio al ver relajada en parte la tensión.

—No, rotundamente no. ¿Es que no me has acusado miles de veces de ser un fisgón?

—Entre otras cosas.

—Sí, es cierto, pero sólo me confieso culpable de lo de fisgón —contestó James—. ¿Cómo podría convencerte? Soy una persona muy orientada hacia el sentido de la visión, aunque… —añadió mientras introducía las manos seguras entre los cuerpos de ambos y acariciaba sus pechos—… lo cierto es que habría mucho que decir del sentido del tacto también.

—¡Oh! —gimió Kirby mientras él cerraba las manos abrazando sus pechos—. James, me siento tan…

Kirby no terminó la frase, pero estaba segura de que él comprendía. El hecho de que sus manos temblaran al desabrocharle la camisa era, sin duda, una buena señal, pensó.

—De pronto tengo la sensación de que vas demasiado vestido —dijo Kirby desabrochando el primer botón.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó él sin apartar las manos de su pecho.

Kirby sacudió la cabeza mientras desabrochaba el segundo botón, pero no dijo nada más. En más de una ocasión estuvo a punto de sucumbir al placer que le producían los dedos de James acariciando su piel por encima del sujetador. Y luego otra vez, cuando él abrazó sus pechos con ambas manos, y de nuevo cuando rozó sus puntas excitadas. Con manos hábiles encontró el broche delantero de la prenda mientras ella le sacaba la camisa de dentro del pantalón. Antes de que él tuviera tiempo de quitársela ella se apartó indicándole que se desnudara.

Y en cuanto él lo hizo, inmediatamente, sus ojos se fijaron en el vello que cubría su torso, en las formas de los músculos de su cuerpo. En silencio, él se quitó los zapatos y se bajó los pantalones por las poderosas piernas. Se quitó los calcetines al mismo tiempo y se quedó en ropa interior, exactamente igual que ella. Aquella escasa ropa apenas ocultaba su excitación, pensó Kirby maravillada, comprendiendo que ella era la causa de su emoción. ¿Acaso había sido capaz de hacerlo ella sola?, se preguntó.

Kirby escuchó la risa de James y levantó la vista para mirarlo a los ojos. Entonces comprendió que había estado examinándolo sin

disimulo. Sin embargo, en lugar de ruborizarse como era su costumbre, sólo sonrió. Había esperado sentirse inhibida, cohibida, insegura, incluso asustada. No obstante no sentía nada de eso al lado de James. Había llegado a conocerlo bien, pensó, mucho mejor que a cualquier otro hombre.

James siempre había hablado abiertamente, con honestidad, reflexionó, y no estaba muy segura de que se pudiera decir lo mismo sobre otros hombres. En consecuencia no sentía ningún escrúpulo al desnudarse delante de él, ni figurativa, ni literalmente.

James sonrió interpretando su mirada. Su rostro expresaba auténtico orgullo.

—Has sido tú —dijo en voz baja—. Eres una mujer realmente sexy —Kirby sacudió la cabeza en una negativa silenciosa. James volvió a asentir tendiéndole una mano y dando un paso adelante—. Es cierto, confía en mí. Ninguna mujer ha conseguido excitarme tan rápido como tú. Con sólo mirarme, con sólo decir mi nombre con cierto tono de voz, con sólo… —rió—… simplemente entrando en la misma habitación. Sólo de pensar que tú estás viva, respirando en algún lugar de este planeta, me vuelvo loco.

Kirby no dijo nada. Sólo rozó su piel con los dedos, dejando que la atrajera más cerca, que la estrechara contra sí. La sensación que le provocaba el contacto de sus cuerpos medio desnudos le aceleraba el corazón, la inundaba de deseo. El roce de su vello contra el pecho, de sus dedos en la espalda, las caricias de sus labios en el cuello…

Entonces sintió su boca succionando el monte de sus pechos por encima del sujetador. Luego James se lo desabrochó y lo retiró, y antes de que Kirby pudiera darse cuenta de cuáles eran sus intenciones su cálida boca le lamió el pezón. Kirby sintió que las rodillas le fallaban.

James la abrazó con fuerza por la cintura para que no cayera, acarició un pecho con una mano y volvió a besarle la punta del otro con la boca, lamiéndola con la lengua y succionándola por entero. Kirby gritó, sentía un tremendo calor invadiéndola, tenía el pulso acelerado. Él estuvo besándola con la lengua, con los labios, y ella sólo pudo agarrarse a su pelo y sujetarse con fuerza.

Pero en lugar de satisfacer sus deseos aquellas caricias sólo lograron intensificar el anhelo de James. Con hambre voraz besó el otro pecho, y en respuesta Kirby se mostró igualmente salvaje, exigiendo más.

Kirby pronunció su nombre entre gemidos, y él la izó en sus brazos y la besó en la boca profundamente. Ella le devolvió los

besos. Sus bocas luchaban por dominarse la una a la otra, sus lenguas se cruzaban en una batalla por la posesión. Kirby no se dio cuenta de a dónde la llevaba hasta que no rozó la sábana con la espalda, pero incluso entonces el asalto continuó.

James se colocó encima de ella, apoyó los brazos a los lados de su cabeza y dejó que el peso de su cuerpo recayera sobre ella. Aquel peso la excitaba más que cualquier otra cosa, de modo que levantó las piernas y lo abrazó con ellas. Posesivamente. De nuevo se sintió embargada por la sensación de tenerlo sobre ella, presionándola de la cabeza a los pies, y fantaseó con fundirse en él para constituir un solo ser.

James apartó la boca de ella y comenzó una exploración hacia abajo, saboreando su cuello, sus hombros, sus pechos, sus costillas… y luego siguió vagando y besando más abajo, hasta el ombligo.

—James —susurró Kirby al comprender que la había abandonado—, ¿qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

—Quieres que te haga el amor, ¿verdad? —Kirby asintió sin decir palabra, no confiaba en su propia voz—. ¿Es que acaso he olvidado mencionar lo concienzudo que soy como amante? —preguntó mientras un brillo travieso inundaba sus pupilas y una sonrisa pícara asomaba a sus labios. Kirby volvió a asentir—. Bueno, entonces —añadió James tirando de su prenda íntima inferior—, considérate avisada.

James, ¿qué vas a ha…?

—Kirby se interrumpió cuando él le quitó la prenda pasándola por encima de sus caderas y de sus piernas para arrojarla al suelo. Luego, lentamente, muy lentamente, comenzó a bajar la cabeza hasta el mismo corazón cálido de su ser. Kirby abrió los ojos tremendamente, llena de sorpresa y de excitación. No era posible, se dijo. Él no iba a… No, se dijo, no podía ser.

Pero James lo hizo.

Antes de que pudiera articular protesta alguna, antes de que pudiera reaccionar, él cubrió aquella zona sensible con su boca lamiendo el interior de sus muslos y moviendo la lengua suavemente, más suavemente que las alas de una mariposa, saboreándola más íntimamente de lo que Kirby jamás hubiera soñado. Y entonces sólo pudo exclamar:

—¡Oh, James…!

El rió en voz baja, presionó las palmas de las manos contra sus muslos y la obligó a abrirse para él. Una y otra vez su cabeza descendió, su boca lamió y su lengua bailó alrededor de ella. Kirby

echó la cabeza hacia atrás en la almohada, cerró los puños con fuerza agarrando la sábana y se dejó llevar por el éxtasis. Una y otra vez.

Y justo cuando creía que no iba a poder soportarlo más James volvió a su lado y la atrajo hacia sí. Besó su cuello, abrazó sus pechos e introdujo una pierna entre las suyas presionándola en la parte más sensible. Y una vez más, instintivamente, ella se estrechó contra él y se frotó contra el musculoso muslo. Sólo que en esa ocasión no había barrera entre los dos, y el contacto de su piel contra la de él le resultó insoportable.

Casi insoportable, pensó.

Entonces James rodó por la cama y se colocó de nuevo encima de ella apoyándose sobre los codos. En esa ocasión, sin embargo, en lugar de besarla tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos. Kirby sintió su masculinidad excitada presionando su vientre y se preguntó si podría contenerla en su interior. Luego, mientras una repentina calma invadía su alma, descubrió que estaba a punto de averiguarlo.

Para James no había otra mujer más bella, más sensual ni más apasionada que la que tenía en sus brazos. La respuesta de Kirby a sus caricias había sido completamente espontánea, sincera. No había en ella ningún fingimiento, comprendió. Ningún hombre la había tocado ni saboreado como lo había hecho él, y saberlo le producía una sensación inigualable, algo que nunca antes había experimentado. También sus respuestas, se dijo sorprendido, habían sido sinceras.

—Kirby —la llamó en voz baja con el corazón acelerado mientras observaba el brillo de sus ojos—. ¿Estás absolutamente segura de que esto es lo que deseas?

James esperaba en parte que contestara que no, pero cuando la vio asentir en silencio la satisfacción inundó su corazón. Bajó la mano hasta el lugar que había estado saboreando y notó que estaba húmeda, cálida, excitada esperándolo. Cuando introdujo un dedo con suavidad penetrándola hasta el fondo ella cerró los ojos y suspiró. Luego introdujo otro dedo más, y ella levantó las caderas para recibirlo excitada.

El cuerpo de Kirby era pequeño y estrecho, pero estaba abierta y preparada para él. James sintió que ella tomaba su sexo entre las manos y comenzaba a investigar. Y entonces fue él, en esa ocasión, quien cerró los ojos y suspiró de placer, alentándola en silencio a acariciarlo a su antojo. Aquellas tentativas caricias, no obstante, fueron casi su perdición. Temeroso de responder demasiado aprisa,

James la rodeó por la cintura y apartó su mano. Ella pareció comprender, porque sonrió.

—¿Quieres que lo haga despacio? —preguntó él cuando por fin pudo gobernar su voz—. ¿O prefieres deprisa?

Kirby escrutó su rostro unos instantes antes de responder. El corazón de James martilleaba en su pecho repleto de emociones mientras la observaba y esperaba una respuesta.

—Deprisa, creo —dijo ella al fin—. Quiero sentirte dentro de mí. Ahora.

James tragó. Se sentía agradecido y a punto de desfallecer al mismo tiempo. Deseaba estar dentro de ella, pero no quería hacerle daño. Sabía, sin embargo, que era poco probable que pudiera evitarlo. Cumpliría el deseo de Kirby a pesar de todo, reflexionó. Si ella le hubiera pedido la luna también se la habría alcanzado.

Kirby lo observó apartarse de ella para ponerse un preservativo. Extendió los brazos invitándolo a volver y James se tumbó sobre ella una vez más y la penetró.

Deprisa, a fondo y con decisión. Kirby cerró los ojos y gritó al sentir que él atravesaba la última barrera de su inocencia. Sus ojos derramaron una única lágrima. Aquella lágrima despertó en James algo profundamente dormido en su interior. La enjugó con una caricia y, durante unos breves instantes, Kirby yació en silencio con los ojos cerrados. Su pecho se levantaba necesitado de aire, sus puños estaban cerrados con fuerza contra la espalda de James, y sus piernas lo abrazaban por las caderas.

Y entonces ella se sacudió contra él. Movió las caderas hacia adelante ligeramente, y James respiró hondo. Lentamente, observándola morderse los labios y esperando que fuera de placer en lugar de agonía, James se retiró. Luego volvió a empujar hacia adelante, despacio en esa ocasión, hasta que estuvo en lo más profundo de ella. Estaba tan cerrada, lo abrazaba interiormente con tal tensión que el placer de James aumentó. Se esforzó por moverse a un ritmo regular y sólo aceleró cuando vio que ella comenzaba a relajarse.

Pero nada más comenzar a relajarse el cuerpo de Kirby se tensó de nuevo, en esa ocasión en respuesta al placer en lugar de al dolor. Poco a poco escalaron juntos la plenitud. El la penetró cada vez más deprisa, y ella salió a su encuentro cada vez con más insistencia. Hasta que, finalmente, una explosión los inundó a ambos al llegar al clímax.

En la cresta de la euforia ambos gritaron al unísono, deleitándose al llegar al culmen de su unión, maravillándose ante la

novedad de los sentimientos que los embargaban. James quedó exhausto, tendido sobre Kirby, agotado ante la inmensidad de aquella experiencia. Aquello lo era todo, de pronto Kirby lo era todo para él, pensó. Nada le importaba en ese momento sino ella. Nunca antes había experimentado esa sensación, y darse cuenta de ello era simplemente sobrecogedor.

James rodó por la cama para tumbarse al lado de Kirby, la atrajo a sus brazos apretándola contra sí y la hizo callar cuando trató de hablar, abrazándola y manteniéndola quieta cuando trató de volver el rostro hacia él.

—Duerme —susurró apenas sin voz—. Mañana —añadió esperando que ella le comprendiera.

Y debió de hacerlo, pensó, porque se acurrucó a su lado tiernamente abrazándolo por la cintura. James levantó una pierna por encima de sus caderas y la estrechó posesivamente. Luego, vaciando su mente de todo pensamiento excepto de ella, de su fragancia y de su piel, cerró los ojos y se durmió.

Kirby se despertó sintiendo un letargo placentero y lánguido. Partes de su cuerpo que habían permanecido dormidas comenzaron a despertar a la vida llenas de deseo y satisfacción. Otras, en cambio, la urgían a seguir durmiendo. Sin embargo sabía que no podría dormir. No, se dijo, lo que deseaba, más que nada en el mundo, era que James se despertase y sonriera, que le hiciera el amor de nuevo y…

Y que le pidiera que se casara con él, comprendió.

Por desgracia, sin embargo, recordaba perfectamente sus palabras de la noche anterior, cuando le dijo sin rodeos que eso era completamente imposible.

Abrió los ojos y se dijo la vuelta. James estaba a su lado, profundamente dormido, inconsciente por completo del tumulto que asaltaba su mente. La noche anterior había hecho el amor por primera vez en su vida, pensó, y aquello la había cambiado irrevocablemente. Ya no era la misma mujer, y nunca volvería a serlo. Y no sólo por el cambio físico ocurrido en ella, pensó, sino por el cambio emocional.

Amaba a James, se confesó. Lo amaba incluso más que antes de hacer el amor, más de lo que nunca le hubiera parecido posible amar. Y siempre lo amaría, se dijo, de eso estaba segura. Su deseo se había hecho realidad. Bob había cumplido su promesa, recapacitó con tristeza.

Entonces James comenzó a despertarse. Respiró hondo y se estiró. Kirby sintió pánico durante unos instantes. Tiró de la sábana para cubrirse el pecho y la agarró con fuerza. Un montón de preguntas se agolpaban en su mente: ¿qué les ocurría a dos personas después de hacer el amor? ¿Qué se suponía que debía de hacer, qué debía decir? ¿Cómo se comportaría James? ¿Esperaba de ella algo en particular?

No obstante James abrió los ojos y esbozó una amplia sonrisa, y entonces todas sus dudas se desvanecieron. Kirby sonrió también y él levantó un brazo para acariciar su mejilla y dibujar sus labios. Ella besó impulsivamente el dedo y él rió. Luego se apoyó sobre un codo, se retiró el pelo de la cara y la miró sonriendo.

—Buenos días —dijo en voz baja.

La calidez de aquel saludo, de su voz ronca y adormilada, la inundó.

—Buenos días —contestó Kirby.

James alargó una mano para tocarla, como si fuera incapaz de quedarse quieto a su lado. Acarició su cuello, sus clavículas, el brazo desnudo hasta abajo y luego, de vuelta, recorrió de nuevo todo el camino. Aquel contacto cálido la excitaba, el calor se extendía por todo su cuerpo. Kirby levantó una mano para peinar su cabello con los dedos maravillándose de su suavidad.

Lo echaría inmensamente de menos cuando se marchara, recapacitó. Entonces sus miradas se encontraron y los ojos de él se oscurecieron preocupados.

—¿Te encuentras bien? ¿Te… te hice daño anoche?

Kirby lo tomó de la barbilla. No quería mentirle, pero tampoco causarle una impresión equivocada.

—Sólo al principio —contestó—, sólo un momento-se apresuró a añadir al notar que él lo lamentaba—. James, yo… —se mordió el labio tratando de contener el chorro de palabras que se agolpaban en su boca, de ideas que inundaban su mente y que, con toda seguridad, se dijo, él no quería escuchar.

—¿Sí?

—No, nada —sacudió la cabeza—. Anoche fue… —suspiró dejando que su mano cayera sobre el pecho de él y se enredara en su vello—… fue increíble —dijo al fin—. Nadie podría haberlo hecho de un modo tan especial como tú.

James la observó atentamente, dejando los dedos quietos durante unos instantes, pensativo. Kirby sólo podía imaginar lo que estaba pensando.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó con sinceridad—. Nunca lo olvidaré. Y tampoco te olvidaré a ti —añadió tras vacilar un instante.

Algo ensombreció entonces los ojos de James, pero fue tan breve que Kirby no tuvo tiempo de interpretar su significado. Esperó ansiosa a que él dijera algo, pero James permaneció en silencio. Aquella no era una buena señal, pensó, pero… ¿qué otra cosa esperaba?, se preguntó.

—Yo… mmm… —comenzó a decir, cohibida ante su desnudez por primera vez. Tiró de la sábana y añadió—: Creo que debería marcharme.

—¿Marcharte? ¿Por qué? No hay previsto ningún acto público hasta mañana, creo.

—No, del festival no, pero tengo que ir a… hoy tengo que ir a una boda.

—¿Y quién se casa? —preguntó James sorprendido.

—Mi amiga Angie.

—¿La que entró en la casa del gángster?

—Sí, la misma —sonrió Kirby relajándose en parte—. Sólo que se casa con el gángster.

—¿Y cómo es que yo no me había enterado? —volvió a preguntar James perplejo.

—¿Será porque no me lo preguntaste? —se encogió Kirby de hombros—. Es una larga historia, muy larga, pero lo importante es que al final Bob ha cumplido el deseo de Angie. Y con creces. Ella quería que ocurriera algo excitante, ¡y por Dios que le ha ocurrido!

Kirby bajó los ojos. Su corazón martilleó acelerado al ver una mancha de sangre en la sábana. Tiró de la otra para taparla y esperó que él no se hubiera dado cuenta.

—Además me parece que también le ha concedido mi deseo —añadió.

—Una boda, ¿eh? —preguntó James con una expresión indescifrable—. Entonces habrá baile y todo eso, ¿no?

—Sí, será una unión perfecta.

—Será como ponerse una cuerda al cuello, querrás decir.

—No, es como si dos personas hicieran público su amor —contraatacó Kirby dolida por el comentario de James.

Él, sin embargo, en lugar de seguir discutiendo, sólo contestó:

—Así que Angie está enamorada de un gángster, ¿no es eso?

Kirby asintió, pero no dijo nada más. ¿Qué sentido tenía discutir sobre la existencia del amor con alguien que no creía en él?, se preguntó.

—¿Quieres venir conmigo? En la invitación pone que puedo

llevar una pareja. Te lo hubiera preguntado antes, pero creí que no te gustaría mucho asistir a una boda. Ya sabes, son algo muy personal —añadió sin atreverse a mirarlo por miedo a lo que pudiera ver en sus ojos.

Kirby se quedó absorta observando las sábanas y esperando una respuesta. Esperó, y esperó, y esperó.

—Creo que no —contestó James al fin sin explicar por qué.

Toda esperanza de que James se quedara con ella, en Endicott, se desvaneció en ese instante. Ella no era más que una estúpida, se dijo Kirby. Al fin y al cabo él había hablado con claridad la noche antes. James le había asegurado sin vacilar que no estaba hecho para el amor, se había pasado dos semanas enteras demostrándole la clase de persona que era. Desde el principio sabía que ni él era de los que se casaban, ni podría llegar a ser nunca la respuesta a sus deseos.

Él era James Nash, recordó. Trotamundos, ídolo de América, y amante de todas las mujeres. Hacía falta algo más que un simple cometa para hacerle cambiar de opinión, recapacitó.

—Muy bien —respondió Kirby sorprendida ante su propio autocontrol, sintiendo en su interior que estaba hecha pedazos.

Tiró de la sábana y se la enrolló. Sus ropas seguían por el suelo. Iba a tener que salir a plena luz del día con un vestido de noche, pensó. Pero no importaba. Así remataría la operación de terminar con su reputación. Los hombres podían ir haciendo cola frente a su puerta aquella misma noche, se dijo. ¿Acaso no era eso lo que deseaba?, se preguntó irónica.

Recogió sus cosas y se dirigió al baño, y entonces James la llamó. Kirby se volvió. James seguía tumbado en la cama, pero estaba de espaldas a ella.

—Creo que… —comenzó a decir en voz baja, sin molestarse siquiera en volverse y dar la cara—… creo que voy a acortar mi estancia en Endicott. Me iré esta misma tarde.

Kirby sintió la amargura y el dolor invadir su corazón. Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Esta tarde? Pero si esta noche es la más importante, es cuando Bob pasa más cerca de la Tierra. Pensé que querrías verlo.

—Sí, pero… creo que ya he visto todo lo que quería ver —contestó James aún de espaldas.

Aquella traición era tan fría y profunda como un cuchillo atravesándole el corazón. Kirby cerró los ojos tratando de mitigar el dolor. No pudo, sin embargo, decir nada más. Entró en el baño, se duchó y se vistió tan deprisa como pudo.

Tenía la intención de salir de aquella habitación sin mirar atrás, sin decir palabra, sin mostrarle siquiera a James lo profundo de la herida, pero al agarrar el picaporte de la puerta se dio cuenta de que no podía dejar las cosas de ese modo. James Nash había sido su primer amante, su primer amor. Y lo seguiría siendo para el resto de su vida, recapacitó. Quizá incluso fuera para siempre el único. No estaba dispuesta a ensombrecer aquella primera vez con una amarga despedida.

Se volvió y vio que James se había levantado y se había puesto un albornoz. Estaba de pie, mirando por la ventana, cerca del enorme telescopio. Y entonces, de pronto, se dio cuenta de dos cosas. La primera que era cierto que la había visto desnuda el primer día, y la segunda que, a pesar de lo que él hubiera dicho o hecho, siempre lo amaría.

—Te echaré de menos, James —dijo en voz baja.

James se volvió. Parecía incapaz de seguir dándole la espalda ante aquella confesión. Kirby no pudo adivinar qué estaba pensando, la distancia que los separaba hacía imposible que interpretara su expresión. No obstante él permaneció en silencio, y eso hundió su corazón.

—Siempre te recordaré —confesó.

James bajó los ojos, hasta el suelo. Como si se sintiera culpable, pensó Kirby. No obstante no dijo nada. Nunca volvería a verlo, reflexionó, de modo que si había sido capaz de confesar aquello, bien podía confesarle toda la verdad.

—Me alegro de que fueras tú el primero —dijo girando el picaporte y dando un paso al frente. Luego dio otro, y otro, y otro, hasta que casi cerró la puerta. Pero entonces, incapaz de contenerse, añadió—: Y me alegro porque no todo el mundo puede decir que estuviera enamorada la primera vez, y yo sí.

Y entonces se marchó, exactamente igual que James: para siempre.

Capítulo 10

La boda de Angie transcurrió sin incidentes. Kirby estaba segura de que entre ella y Ethan Zorn todo iría bien. La forma en que ambos se miraban era toda una revelación, pensó. Sencillamente estaban enamorados, enamorados para siempre. Si alguien pudiera convencer a Ethan de que se dedicara a otro negocio… suspiró.

Por un momento, mientras los novios cortaban la tarta, Kirby deseó que James la hubiera mirado alguna vez como Ethan miraba a Angie. Entonces ella habría permanecido en su habitación hasta el final, se dijo echando un vistazo al reloj. Eran casi las cuatro y media. Si eso hubiera ocurrido en ese preciso instante estaría sola , recapacitó. James estaría ya en el avión.

Se miró el vestido, suelto y estampado, y sintió que no estaba a gusto. Se sentía más mujer, más experta, más humana. Y no por haber perdido la virginidad, pensó, sino por haber navegado por las profundidades del amor.

—¿Kirby? —la llamó Teddy Gundersen sonriendo.

Kirby lo observó. Aquel muchacho de Endicott era mucho más apropiado para ella que James, recapacitó. ¿Por qué, sin embargo, no sentía ningún deseo de conocerlo mejor?, se preguntó.

—¿No has venido con James Nash?

—No… creo que ha tenido que marcharse.

—¿Antes incluso de que acabara el festival? —preguntó Teddy sorprendido—. Pero si es el maestro de ceremonias, aún falta una semana. Además… pensé que él y tú u voz se desvaneció.

Kirby se encogió de hombros ignorando la última parte de su pregunta.

—Según parece hacía mucha más falta en algún otro sitio que en Endicott, así que tendremos que conformarnos sin maestro para lo que queda de festival.

—Entonces… ¿quieres bailar?

No había nada de inapropiado en aquella pregunta, ni en su modo de hacerla, pensó Kirby. James había conseguido que los hombres la vieran de otro modo, pero según parecía no había arruinado su reputación. Al menos la gente la seguía tratando igual, recapacitó.

—No, gracias —sonrió—. Quiero encontrar a Rosemary antes de que Angie y Ethan se marchen.

—¿Te parece bien que te llame alguna vez? —insistió Teddy.

Hubiera deseado decir que no. Sabía que no volvería a estar de humor durante mucho tiempo, así que sencillamente contestó:

—Si quieres…

Teddy asintió y señaló a alguien detrás de ella. Su corazón se aceleró.

—Mira, ahí vienen Rosemary y Angie —comentó Teddy.

Por un momento Kirby había pensado que quizá fuera James, pero al volverse su corazón se hundió. James se había marchado, recordó. Era estúpido que siguiera concibiendo esperanzas.

—Nos vamos —dijo Angie sin más ceremonias.

—¿Que os vais? ¿Pero qué hay de Ethan? Ahora eres su mujer —comentó Kirby.

—No, quiero decir que Ethan y yo nos vamos, no Rosemary y yo. Nos vamos al hotel.

—Ah.

—Yo también me voy —añadió Rosemary—. Willis y yo nos vamos a casa ahora que la ceremonia ha terminado.

Kirby asintió. Angie se marchaba a la suite del Admiralty Inn, pensó, y Rosemary a su casa, en la que vivía junto a Willis. ¿A dónde iría ella?, se preguntó. A su casa, a celebrar con una botella de champán robada que Bob había cumplido tres deseos, se dijo en silencio.

—Que os divirtáis —musitó.

—Kirby, ¿te encuentras bien? —preguntó Angie—. Pareces distinta, y no me refiero sólo a la ropa, ésa que te ponías últimamente era ridícula. Me refiero a… pareces… —hizo una pausa— no sé, diferente.

—Sí, estás distinta —confirmó Rosemary observándola atentamente—. Ya sé, lo has hecho ¿a que sí?

—¿Hacer qué? —preguntó Kirby ruborizándose.

—Sí, lo has hecho —continuó Angie con una amplia sonrisa—. ¿Con James Nash?

Kirby sonrió tristemente.

—Sí… con James Nash —admitió.

Angie asintió y dividió el ramo de rosas blancas de su bouquet en tres.

—¿Pero no se supone que tienes que tirarlo? —preguntó Kirby.

—De ningún modo, es mi boda, y yo le doy el ramo a quien quiera. Toma, uno para ti —dijo tendiéndole una parte a Rosemary —, otra para ti, y otra para mí. Tengo que marcharme. Me está esperando… ¡mi marido! —añadió corriendo hacia él.

—Yo también tengo que marcharme —dijo Rosemary mirando

hacia el otro extremo de la habitación, en donde la esperaba Willis —, a mí también me están esperando —añadió dándose la vuelta y comenzando a caminar. Kirby asintió, pero Rosemary vaciló un instante y se dio la vuelta una vez más para preguntar—: Kirby, ¿de verdad te encuentras bien? —Kirby asintió sin decir palabra, mirando el ramo de flores—. Ah, sí, ya veo que sí que vas a estar bien. Hasta luego, que te diviertas.

¿Que se divirtiera?, repitió Kirby en silencio, extrañada por la ironía.

—Hasta luego —se despidió.

Cuando levantó la vista del ramo para saludar a Rosemary con la mano la vio desaparecer junto a Willis por la puerta. Pero entonces su corazón casi se paró. Había otro hombre esperando: James Nash.

Con su traje negro, su camisa sin cuello, su coleta en la nuca y una rosa en el ojal, permanecía de pie, mirándola. Igual que todos los demás. Al darse cuenta de que ella lo miraba esbozó una ligerísima sonrisa, como si se la dedicara sólo a ella, pensó Kirby. Entonces comenzó a caminar con paso seguro hacia ella.

—Hola —dijo con sencillez, como si acabaran de conocerse.

—Hola —respondió ella de manera automática.

Al menos su corazón latía de nuevo, pensó Kirby. Sólo que lo hacía a marchas forzadas. El silencio de la habitación resultaba extraño, recapacitó. Era como si todos estuvieran esperando a ver qué ocurría con la virgen y el vagabundo. James miró a su alrededor comprendiendo que todos los observaban y por fin preguntó:

—¿Llego demasiado tarde para la boda?

—Sí —confirmó Kirby sin dejar de mirarlo, temiendo que si lo hacía él volvería a desaparecer—. Angie y Ethan acaban de marcharse.

—No, no me refería a esa boda —contestó James esbozando aquella sonrisa perturbadora que la hacía temblar—. Me refiero a la otra.

—¿A qué otra? —preguntó Kirby confusa.

—A una que hay a las cinco en punto en el Ayuntamiento —comentó él.

—Pero si hoy es sábado, el Ayuntamiento está cerrado.

—No si eres una celebridad y el propio alcalde es tu fan.

El corazón de Kirby pareció pararse de pronto, pero luego comenzó a latir a doble velocidad. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Entonces… ¿de quién es esa boda? —consiguió preguntar.

James sonrió de nuevo, sacó las manos de los bolsillos del pantalón y le enseñó una pequeña caja de terciopelo negro.

—La nuestra.

Kirby contuvo el aliento mientras él abría la caja. En ella había un anillo con un diamante en forma de corazón. Ni muy grande, ni muy pequeño, lo justo para una mujer de buena reputación, pensó. Cuando Kirby levantó la vista y miró a James lo vio por completo borroso. Por unos instantes creyó que aquello no había sido más que un sueño que se estaba desvaneciendo, pero luego sintió las lágrimas correr por sus mejillas.

—¡Oh, James…!

Kirby se estrechó contra él, lo rodeó con los brazos por la nuca con fuerza y lo besó apasionadamente, tal y como besaría una mujer irrevocablemente enamorada. Pero lo mejor de todo fue que James le devolvió aquel beso exactamente con la misma pasión. La sostuvo en sus brazos muy cerca, la levantó del suelo y la besó. Durante unos instantes permanecieron así, unidos, por completo inconscientes de los silbidos y aplausos de la gente que los animaba a seguir. Cuando por fin ella se dio cuenta de que tenían audiencia se ruborizó y se apartó, tratando de respirar y de aclarar sus ideas.

¿Por qué? —preguntó Kirby manteniendo los brazos alrededor del cuello de James.

Él rió nervioso, inseguro, pensó Kirby. Luego tragó

¿Qué quieres decir con eso de por qué? ¿Es que no quieres casarte conmigo?

—¡Estás loco! ¡Pues claro que sí! —aquella respuesta borró toda duda del rostro de James, y sólo entonces Kirby comprendió que él tenía miedo de que dijera que no—. Es decir… esta mañana, en la habitación, pensé que… pensé que tú…

—Sí, es cierto, no era capaz de razonar —la interrumpió él—. Tenía tanto pánico que no conseguía pensar.

—No te comprendo —contestó Kirby sacudiendo la cabeza.

James respiró hondo y estrechó a Kirby con más fuerza. No podía creer que hubiera estado a punto de perderla, de desperdiciar una de las cosas que más había deseado en la vida por culpa de una estúpida ceguera. Al oír a Kirby decir que lo amaba, justo antes de salir de la habitación, había comprendido lo que le ocurría. Sólo entonces, recapacitó.

—Cuando Bob pasó por aquí la última vez yo también tenía quince años —explicó.

—¿Naciste en el año del cometa? —preguntó Kirby sonriendo.

—Sí, nací en el año del cometa, pero no en Endicott. Quizá sea

por eso por lo que siempre me fascinaron los cometas. Sea por lo que sea, a los quince años conocía muy bien a Bob. Conocía todas las leyendas, y conocía el mito de los deseos. Y la última vez que vino yo también levanté la vista al cielo y pedí un deseo.

—¿En serio? —preguntó Kirby con la mirada perdida.

—No estaba en Endicott en ese momento, estaba en España con mis padres, en un tren camino de alguna parte. Era media noche, y mis padres discutían delante de mí, sin importarles mi presencia. Discutían sobre el último amante de mi madre, gritaban y gritaban, y yo me sentía cada vez más solo.

—¡Oh, James!

—Entonces miré por la ventana, hacia el cielo, y supe que la luz que veía era Bob. Le pedí un deseo, le pedí algo que sólo un chico solitario de quince años podría pedir.

—¿Y qué fue? —preguntó Kirby tras vacilar unos instantes.

James la miró a los ojos y le retiró el pelo de la cara para luego contestar:

—Le pedí una vida normal, feliz, entre gente que me amara. Quise ser una persona normal con una familia normal en lugar normal. No quería ser el hijo de una pareja rica y excéntrica que sólo se ocupaba de satisfacer sus extravagantes deseos en lugar de cuidar a su único hijo. Deseé ser feliz, Kirby, deseé que alguien me amara por lo que era, tal y como era. Eso fue lo que le pedí a Bob.

—¡Oh, James…!

—Pero claro, como ni había nacido en Endicott ni había pedido mi deseo aquí siempre pensé que no se cumpliría —añadió acariciando el pelo de Kirby y apoyando su frente contra la de ella —. Y no se hizo realidad hasta que no vine a Endicott. Pero eso sí, en cuanto llegué Bob cumplió su promesa. El te dio a mí, Kirby, tú eres mi deseo hecho realidad.

—¡Oh, James…!

James rió en voz alta, inclinó la cabeza para besarla y añadió:

—¿Es eso todo lo que vas a decir durante el resto de nuestras vidas? ¡Oh, James!

Kirby se restregó los ojos, hizo un ruido extraño como de hipo, y volvió a repetir:

_¡Oh, James…!

Luego se echó a reír y se estrechó contra él.

—Esta mañana, cuando te oí decir que me amabas, de pronto lo comprendí. Era muy sencillo, estaba todo muy claro, y sin embargo yo había estado completamente ciego.

Kirby apoyó la cabeza contra su pecho y lo acarició.

—Bueno, pues lo siento —comentó ella—, pero yo no lo veo todo tan claro, así que tendrás que explicármelo.

James rió y la estrechó entre sus brazos.

—Te estoy diciendo que Endicott, Indiana, es un sitio normal y corriente, como otro cualquiera. La gente de aquí es feliz, tan feliz que ni siquiera necesita abalanzarse sobre un ídolo americano en cuanto lo ven. Te estoy diciendo que yo podría llevar una vida normal y feliz aquí, Kirby.

—¿Gracias a la gente de Endicott?

—No, gracias a una persona de Endicott, a una persona que me ama tal y como soy. A ti.

—¡Y yo, mientras tanto, acusándote todo el tiempo de ser un fisgón, un promiscuo y un playboy…!

—Pero eso es porque traté de convencerte por todos los medios de que lo era. Tú, sin embargo, no te dejaste engañar. Enseguida te diste cuenta de quién era.

—Sí —rió Kirby—, supongo que sí. Y me enamoré del maravilloso hombre que vi.

—Yo también te amo, Kirby —prometió James poniendo la barbilla sobre su cabeza—. No he podido decírtelo antes porque no lo sabía, no supe reconocer ese sentimiento. Nunca había amado a nadie. Esta mañana, sin embargo, mientras estaba en la habitación del hotel, solo… el vacío que me invadió al sentir que no estabas a mi lado, al pensar que nunca más iba a verte… fue terrible. Me asusté. Nunca más quiero volver a sentirme así, Kirby. Cásate conmigo, por favor.

Durante unos largos minutos ella no contestó. Sólo miró a james a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas, y enredó los dedos en su pelo. Luego sonrió, lo besó y dijo:

—Bueno, bien, si eso te hace feliz.

James sonrió, sacó el anillo de la caja y lo deslizó en su dedo. La observó mirarse la mano a la luz y escuchó:

—Es precioso.

—No, tú eres preciosa.

—Brilla una barbaridad —añadió ella. —Como el fuego —respondió él. —Como Bob —rió Kirby.

—Como mi amor por ti —afirmó James.

—Te quiero, James —contestó Kirby, poniéndose de puntillas y besándolo en la boca.

—Y yo te quiero a ti, Kirby. Y ahora vamos, casémonos y llevemos una vida normal, larga y feliz.

James y Kirby no consiguieron la suite nupcial del Admiralty Inn

aquella noche, así que fueron a casa de ella. La verdad era que a James no le importó. No tendría que volver a trotar por el mundo buscando algo que ya había encontrado, pensó. Sólo deseaba desnudar a su mujer cuanto antes, pero por fortuna Kirby tampoco parecía desear otra cosa. Nada más cerrar la puerta ella se afanó en desabrocharle los botones de la camisa, de modo que, ¿qué otra cosa podía hacer?, se preguntó James.

—¿Sabes? Acabo de darme cuenta de que eres mi mujer y todavía no sé dónde está tu dormitorio.

d-La última puerta a la derecha —contestó ella sin dejar de desabrocharle.

James la estrechó con fuerza y caminó en esa dirección. Al llegar la dejó en medio de la habitación y comentó:

—La alcaldesa March fue muy amable abriendo el Ayuntamiento en sábado sólo para nosotros, ni siquiera hemos tenido que esperar por los papeles. La verdad es que no podía estar ni un día más sin ti.

—Sí —rió Kirby sin dejar los botones—, y también fue muy amable llamando a la prensa para que vinieran a filmar la boda y a emitirla vía satélite, ¿no crees? Sé que está muy ilusionada por la fama que adquirirá Endicott, pero a pesar de todo… Ahora que todo el mundo sabe que estás casado y ha visto tu boda dejarás de ser el hombre más deseado de América.

—Bueno, seguiré siendo un hombre deseado en América, sobre todo en Indiana.

—Sí, por supuesto, pero sólo porque yo te amo, James, no lo olvides.

Al fin James había logrado desabrochar unos cuantos de los innumerables botones del amplio vestido de Kirby. Lo deslizó por sus caderas dejándolo caer a los pies y entonces lo que vio le cortó la respiración. Bajo el vestido estampado estilo Laura Ashley Kirby llevaba una combinación rosa a la antigua, atada con un lazo, a juego con el sujetador.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Pero era eso lo que llevabas de ropa interior cada vez que te ponías uno de esos vestidos?

—Sí —contestó ella encogiéndose de hombros y haciendo que sus pechos bailaran dentro del escaso atuendo.

—¿En serio? —volvió a preguntar él sin apartar la vista de aquellas formas femeninas y aquella ropa interior tan erótica.

—¿Es que no te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Kirby…!

En lugar de explicarle con palabras el efecto que aquella lencería le causaba James decidió demostrárselo. Y mientras lo hacía ella le

quitó la chaqueta y la camisa y comenzó a desabrocharle el cinturón. En pocos segundos él estaba tan desnudo como ella. Los corazones de ambos latían con fuerza.

—Esta vez te toca a ti —dijo James—. Ahora ya eres una mujer con experiencia.

—Creo que lo primero es quitarme esto —sonrió Kirby.

Lenta, delicadamente, ella desató el lazo rosa y dejando que la combinación se abriera. Luego retiró los tirantes de sus hombros y la tela quedó enrollada en la cintura. Después se desabrochó el sujetador. James observó cada uno de sus movimientos como si fuera el testigo de un suceso único.

—Creo que necesitaré ayuda —pidió Kirby con una ligera sonrisa.

No fue necesario que se lo pidiera dos veces. De una sola zancada James cruzó la distancia que los separaba y puso ambas manos sobre sus brazos. Le retiró la ropa y besó sus pechos, ya excitados, arrodillándose para acariciarla. Kirby puso las manos sobre las de él y lo urgió a continuar la exploración hacia abajo.

James se dejó llevar, pero una vez desnuda lamentó haberla dejado tomar la iniciativa. Había un montón de cosas que, de pronto, deseaba hacerle.

—Y ahora quítate la ropa tú —ordenó Kirby con una sonrisa.

James se quitó la ropa interior y preguntó:

—Bien, ¿y ahora?

En lugar de contestar Kirby se quedó observándolo con interés. Aquella mirada excitaba aún más a James. Luego se acercó y ambos cuerpos se rozaron mientras ella alargaba una mano para rodear su masculinidad. James cerró los ojos y respiró hondo. Ella lo acarició despacio, una y otra vez, encendiendo en él un fuego que se extendió por todo su cuerpo. Entonces él dejó de pensar y sucumbió al placer. Pero de pronto ella se detuvo y James abrió los ojos.

Estaba arrodillada delante de él, preparada para acariciarlo tan íntimamente como él lo había hecho con ella la noche anterior.

—Kirby —susurró entre gemidos cuando comprendió sus intenciones—, no hace falta que…

—Quiero hacerlo —lo interrumpió ella antes de que pudiera terminar—. Quiero hacerlo, James.

James quiso protestar, decir algo más, pero no encontraba las palabras. Kirby comenzó a besarlo y él se sintió abrumado por una vibración que le martilleaba todo el cuerpo. Bajó las manos y acarició su pelo sedoso, quedándose quieto y perdiéndose en ella. Total, irrevocablemente.

Justo cuando aquellas sensaciones estaban a punto de hacerle perder el control Kirby se levantó. Dejó que su lengua trazara un sendero por todo el torso y besó sus pechos enredando los dedos en el vello. Luego se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Aquello, finalmente, llevó a James al delirio. La abrazó por la cintura y la levantó del suelo, y luego dio vueltas y más vueltas mientras le devolvía los besos. Ambos cayeron sobre la cama. James se colocó boca arriba y puso a Kirby sobre él. Por unos instantes yacieron muy quietos, entrelazados, con las bocas fusionadas en una exploración íntima y apasionada. Luego él se apartó y comenzó a besarle el cuello, la barbilla, las mejillas. La levantó hasta colocarla de rodillas sobre él y tiró de nuevo de ella para besarle los pechos. Ella enredó los dedos en su pelo y ambos gimieron de excitación.

James acarició su espalda y lentamente fue bajando hasta el trasero para abrazarlo con ambas manos. Entonces introdujo los dedos en su interior y la acarició. Kirby jadeó de placer. Luego la levantó por las caderas sobre su vientre y pecho y la acercó a su boca para saborearla apasionada, profundamente.

Kirby jadeó, estuvo a punto de perder la conciencia. Se sentía abrumada por la excitación. Disfrutaba de las manos de James abrazando su trasero, presionándola con insistencia para lamerla y saborearla con la boca. Echó una mano hacia atrás instintivamente y alcanzó su masculinidad. Apenas podía contener la satisfacción.

Nunca había soñado que pudiera sentirse tan bien, pensó. Física, emocional y espiritualmente. Se sentía completa. James le daba placer, la amaba, y ambos se consumían de pasión. Una ola de éxtasis la embargó, lentamente al principio y más profundamente después, hasta casi colapsarla en una turbulencia erótica. Segundos más tarde, de algún modo, estaba de nuevo de rodillas sobre él.

—Esta vez tú decides el ritmo —dijo James en un murmullo ronco.

Antes de que pudiera darse cuenta James la había izado por las caderas y comenzaba a penetrarla. Kirby descendió lentamente, con las palmas de las manos sobre su pecho, respirando hondo. Despacio, muy despacio, Kirby se movió sobre él saboreando todo su poder mientras la penetraba hasta el final. James también estaba sobrecogido por la intensidad de la unión, suspiraba de placer.

—¡Oh, me siento tan bien! —murmuró él.

—Más —asintió ella—. Quiero más.

Entonces James la agarró de las caderas con urgencia y la presionó contra él arqueando el cuerpo para recibirla. La penetró profundamente, hasta que sus cuerpos se unieron por completo.

Durante unos instantes Kirby se quedó inmóvil, disfrutando de la novedad de aquella sensación, de aquel fuego que ardía en su interior.

James bajó las caderas hasta la cama y ella lo siguió. Luego volvió a levantarlas hasta llenarla y de nuevo bajó. Kirby siguió sus movimientos impaciente, acelerando el ritmo poco a poco. Una maravillosa sensación de placer, nueva para ella, comenzó a expandirse por todo su cuerpo. Se levantó y volvió a bajar, cada vez más rápido, mientras se aceleraba su respiración. Alargó una mano y agarró el resto de él para masajearlo. Entonces, inmediatamente, él explotó en su interior, llenándola, apaciguándola.

Instantes después yacían juntos, en silencio, esperando a que sus corazones se calmaran, maravillados ante lo ocurrido y dando gracias a Dios.

Epílogo

El Galaxy Ball, un baile que se celebraba el fin de semana siguiente en la casa de la señorita Pendleton, sirvió para celebrar varios acontecimientos: la marcha de Bob, la vuelta a la normalidad de las gentes de Endicott, las bodas de Angie y Kirby y el compromiso de Rosemary. Las tres amigas compartían la mesa en el salón junto con sus tres hombres.

—Bien, bien… así que, ¿tenéis fecha para la boda? —preguntó Kirby a Rosemary y Willis.

—Creo que primero iremos a Boston, y luego, en diciembre, volveremos a Endicott para casarnos —contestó ella.

—Sí, queremos encontrar una casa grande para que Rosemary pueda poner su estudio. Está a punto de mandar su primer cuento para niños a un editor —añadió Willis.

—Vamos a echaros de menos —continuó Rosemary—, pero ya sabéis cuánto he deseado siempre viajar.

—Bueno, podéis volver cuando Willis tenga vacaciones —intervino Angie—. Y nosotros también iremos a visitaros, así que tened siempre la nevera llena.

—Bueno, ahora que voy a ser vicepresidente de la Ellison Pharmaceuticals y que mi suegro va a ser mi jefe no creo que vayamos a tener mucho tiempo, Angie —comentó Ethan.

—Confía en mí —aseguró su mujer—, yo convenceré a papá. Con él siempre he conseguido todo cuanto me he propuesto, y además ahora vivimos muy cerca. Kirby, creo que voy a necesitar una decoradora para la casa nueva.

—Si tengo tiempo… —contestó Kirby encogiéndose de hombros.

—¿Tiempo? Creía que eso era precisamente lo que te sobraba —dijo Angie sorprendida.

—Eso era antes de que estuviera casada —sonrió Kirby.

Sí, Kirby y yo tenemos planes —intervino James jugando con el lazo de su vestido—. Hemos comprado la vieja casa de Jensen en Marigold Street, y hay mucho trabajo que hacer.

—¡Pero si esa casa es enorme! —exclamó Rosemary—. ¿De verdad creéis que necesitáis tanto espacio? Es decir, pensé que vosotros viajaríais mucho y…

—Sí —confirmó James—, viajaremos, cuando nos deje la familia.

—¿La familia? —preguntaron Rosemary y Angie a coro.

—Bueno, James y yo estamos trabajando en ello —explicó Kirby.

—Willis, nosotros todavía no hemos hablado sobre ese asunto. ¿A ti qué te parece? —preguntó Rosemary.

—Que tenemos que marcharnos ahora mismo, hay algo que debemos hacer —bromeó él.

—Nosotros también nos vamos —se apresuró Angie a añadir—, pero os veremos esta misma semana, ¿de acuerdo?

—Sí, por el momento nos seguiremos viendo —prometió Kirby —. No pensamos irnos durante una buena temporada. Somos una pareja perfectamente normal y feliz que lleva una vida normal.

—¿Y qué mejor lugar para ello que Endicott? —rió Angie—. ¡Aquí nunca ocurre nada!

—¡Cierto! —confirmó James riendo.

Ethan y Angie se marchaban segundos después de Rosemary y Willis. Entonces Kirby escuchó casualmente la conversación de la mesa de al lado:

—¿Que le habéis pedido un deseo a Bob?

—Sssh…, habla en voz baja, estas cosas hay que mantenerlas en secreto —explicó un joven de unos quince años—. Los deseos no se cumplen si los oyen otras personas, a pesar de haber nacido en el año del cometa.

—¡Es increíble…! —exclamó un tercer chico—. ¿Y qué le habéis pedido?

—Yo le he pedido a Bob que algún día Marcy Halton me llegue a ver como a algo más que un simple granjero.

—Pues yo le he pedido un millón de dólares —confesó otro.

—Yo le he pedido que, aunque sea sólo por una vez, ocurra algo interesante en esta ciudad —reveló un tercer chico.

Kirby no pudo contenerse por más tiempo. Se volvió hacia la mesa contigua y comentó:

—Será mejor que tengáis cuidado con lo que pedís, chicos, porque, ¿sabéis? puede que se haga realidad.

Y, tras decir aquello, James y ella se levantaron de la mesa y siguieron el mismo camino de las otras dos parejas.

Elizabeth Bevarly - Serie Bob, el cometa 3 - Un hombre ideal (Harlequín by Mariquiña)